

Salmos 105—109

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 29, N.º 10

SALMOS 105—109

Autor:
Eddie Cloer

El Dios que cumple
las promesas (105) 3

Una gracia
abrumadora (106) 13

Libro 5: Salmos 107—150 26

El Dios que
nos libera (107) 27

Un corazón firme (108) 37

El juicio del mal (109) 43

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



«Cambia la tempestad en
sosiego, y se apaciguan
sus ondas» (107.29).

Dios y el hombre pagano (Sal 105)

Cuando Dios envió a Moisés y Aarón a Egipto para liberar a Su pueblo de la esclavitud, es claro que iban únicamente como un conducto del poder de Dios. Fue Dios quien hizo que los israelitas crecieran y se multiplicaran (v. 24); fue Él quien había cambiado el corazón de los egipcios para que aborrecieran a los israelitas (v. 25); fue Él quien dio poder a Moisés y Aarón para que hicieran «sus señales, y sus prodigios en la tierra de Cam» (v. 27). Con quizás la mayor demostración de Su poder divino en todo el Antiguo Testamento, sacó a Israel de Egipto, llevando «plata y oro» cuando salieron (v. 37). Éxodo no enfatiza a Moisés, el gran legislador, ni a Aarón, el gran orador; la narración se centra en Dios, el gran libertador y defensor de Su pueblo, que usó a Sus siervos para liberar a Su pueblo de la esclavitud.

Entretejido en lo que hizo Dios está el interesante drama de Dios confrontando al hombre pagano. Mediante esta contienda de poder divino contra deidades paganas y artes mágicas, Dios les enseña a las personas que no creen en Él o que se oponen a Él. Se deben considerar de manera cuidadosa los detalles de lo anterior.

Dios honra la libre elección. Es la práctica de Dios permitir que cada persona decida sobre su propio destino. El Dios Todopoderoso no fabrica robots para Su servicio. Él busca una familia que le ame y elija libremente entregarle su corazón. Incluso cuando se requiere sacrificio, cuando Su pueblo está sufriendo, no elimina la libre elección moral de quienes están en contra de Él. Con una paciencia que hace que el mundo se maraville, Dios permitió que Faraón, como les permite a todas las personas, decidiera por sí mismo que debía hacer.

Dios enseña a quienes no le conocen. Les presenta evidencias. Las plagas no solo demostraron Su poder, también proporcionaron bases para la fe en Él para cualquiera que estuviera dispuesto a ver, aprender y creer. En amor, Dios dio pruebas suficientes para que cualquiera en Egipto creyera. Ilustró que la enseñanza se clasifica como una de las obras más elevadas y nobles.

Las plagas no sólo reflejan el respeto de Dios por la capacidad del hombre para decidir, también expresan Su paciencia con los incrédulos y Su dedicación a proporcionar la evidencia necesaria para que se tomen decisiones que transforman la vida. Él convirtió sus aguas en sangre. Cubrió su tierra con ranas, moscas, mosquitos y langostas. Envío granizo y tinieblas sobre ellos. Hirió a todos los primogénitos en su tierra para revelar Su soberanía (vv. 28–36; vea Ex 7–11).

Dios juzga a quienes rechazan Su evidencia. Se da tiempo para un análisis de la prueba, pero el día de la paciencia tiene un ocaso. La muerte del primogénito siempre llega. Dios ha decretado que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He 9.27).

Dios habló con Faraón, le enseñó, le dio tiempo para decidir si obedecer o desobedecer, y luego lo juzgó. Así actúa Dios. Él hace que cada hombre rinda cuentas. «De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Ro 14.12). Venimos de Dios, vivimos bajo Su autoridad y regresaremos a Él.

Algunos dicen: «La justicia siempre gana». No; Dios, el Dios justo, siempre gana. Toda batalla que se libra contra Dios se pierde. Así fue con Faraón, y así sucede con todo aquel que se opone a la voluntad de Dios. No sólo gana, sino que gana abrumadoramente. Nuestro texto dice: «Los sacó con plata y oro; y no hubo en sus tribus enfermo» (v. 37). Al final de la contienda, Egipto oró para que Israel se apartara de ellos. «Egipto se alegró de que salieran, porque su terror había caído sobre ellos» (v. 38).

Dios siempre es victorioso. Sin embargo, Él no completa Su victoria hasta que haya dado libertad, haya dado claramente Su verdad y haya extendido Su invitación a «todo aquel que quiera» ser salvo.

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2026 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU.

www.biblecourses.com

El Dios que cumple las promesas

El sobrescrito: Ninguno.

Salmos 105 no es sólo un salmo de alabanza, también es un salmo histórico. Extrae lecciones de la historia para alentar y amonestar a quienes han llegado a adorar al Dios verdadero. Salmos históricos similares son el 78, el 107, el 114 y el 136.

Parte del salmo (vv. 1–15) se encuentra en 1º Crónicas 16.8–22, donde David alabó a Dios cuando el arca del pacto fue llevada a Jerusalén. Esta conexión con la gran celebración en Jerusalén es la única pista de su autoría.

Como himno de alabanza, el salmo da voz a dos temas principales, el de ensalzar a Dios por Sus obras maravillosas y el de regocijarse en Él por Su providencia en la historia. Es predominante el uso de la segunda persona en referencia a Dios a lo largo del texto.

En su enfoque en la actividad de Dios durante los viajes de Su pueblo, este salmo hace una distinción con respecto al anterior. Salmos 104 describe la operación de Dios en la creación y el sostenimiento del mundo natural, mientras que este salmo muestra la fidelidad de Dios al pacto que había hecho con Abraham. En cuanto a su alcance, la historia de Israel descrita por el autor comienza en los días de Abraham y culmina con la ocupación de Canaán por parte de Israel. Está vinculado a Salmos 106 por medio de la referencia que cada salmo hace a la historia de Israel y mediante la reprimenda de los fracasos del pueblo de Dios que cada uno supone.

Como himno histórico y de alabanza, el salmo abre y cierra con alabanzas al gran Dios que ha guiado, bendecido y corregido a la nación de Israel. El impulso general del salmo enfatiza a Dios como un Dios que cumple promesas.

«CANTADLE SALMOS» (105.1–7)

¹Alabad a Jehová, invocad su nombre;
Dad a conocer sus obras en los pueblos.

²Cantadle, cantadle salmos;
Hablad de todas sus maravillas.

³Gloriaos en su santo nombre;
Alégrese el corazón de los que buscan a Jehová.

⁴Buscad a Jehová y su poder;
Buscad siempre su rostro.

⁵Acordaos de las maravillas que él ha hecho,
De sus prodigios y de los juicios de su boca,

⁶Oh vosotros, descendencia de Abraham su siervo,
Hijos de Jacob, sus escogidos.

⁷Él es Jehová nuestro Dios;
En toda la tierra están sus juicios.

Versículo 1. Se da una invitación a adorar al Señor, especialmente dirigida a la «descendencia de Abraham» y a los «hijos de Jacob» (v. 6). Una serie de imperativos proporciona los detalles específicos del llamado. Los mandamientos —once en número— tienen una amplia gama de énfasis. Se exhorta a los adoradores a «Alabar a Jehová» (v. 1), a «invocar su nombre» (v. 1), a «cantarle» (v. 2), a «cantarle salmos» (v. 2), a «hablar de todas sus maravillas» (v. 2), a «gloriarse en su santo nombre» (v. 3), a «alegrarse» en Él (v. 3), a «buscar [...] su poder» (v. 4), a «buscar siempre su rostro» (v. 4), a «acordarse de [Sus] maravillas» (v. 5), y a «Acordarse de las maravillas que él ha hecho, [y] de sus prodigios y de los juicios de su boca» (v. 5).

Entre requerimiento y requerimiento, se dan seis razones para expresar alabanzas a Dios: las «obras» del Señor (v. 1), Sus «maravillas» (v. 5),

«sus prodigios» (v. 5), «los juicios de su boca» (v. 5), Su condición de «Jehová nuestro Dios» (v. 7) y el hecho de que Sus juicios están «en toda la tierra» (v. 7). Una exhortación como esta presenta un caleidoscopio de la adoración, revelando las motivaciones importantes que deben estar activas cuando el siervo de Dios se acerca para alabar al Señor.

Alabad a Jehová. (Vea el v. 1 de Salmos 107; 118; y 136.) No se puede adorar sin la actitud de agradecimiento, porque cualquier pensamiento acerca de Dios tiene una conexión inmediata con los actos bondadosos de misericordia que Él ha realizado. La palabra **יָדָה** (*yadah*), la palabra para «alabad», contiene el espíritu de confesión. La verdadera gratitud confiesa nuestra dependencia de la gracia de Dios y de las bendiciones que Él nos ha otorgado.

Invocad su nombre. La adoración no es sólo acción de gracias, también es súplica y atribución. Es una súplica de petición a Dios. También le atribuye a Dios las cualidades reveladas en Sus nombres descriptivos. La palabra **קָרָא** (*qara'*) es una palabra hebrea típica para pedir o solicitar. Literalmente, la frase es «te invoco en Su nombre». En nuestra alabanza a Dios, le agradecemos, le pedimos que nos recuerde con Su misericordia, reconocemos la bondad que le pertenece y le llevamos nuestras peticiones.

Dad a conocer sus obras en los pueblos. Alabar a Dios también trae renovación. La exhortación «dad a conocer sus obras» usa **יָדָה** (*yada'*) en el Hiphil o reflexión causal. En nuestros cantos, lecturas y oraciones, anunciamos las maravillas de Dios y nos comprometemos nuevamente a contar «en los pueblos» lo que Dios ha hecho por nosotros. No es sólo el Dios de los israelitas, también el Dios del mundo gentil. El versículo 7b dice: «En toda la tierra están sus juicios».

Versículo 2. La adoración, como la oración, es dirigida a Dios. **Cantadle, cantadle salmos; hablad de todas sus maravillas.** En el centro de la adoración, le cantamos a Él; en el carácter de la misma, le cantamos salmos a Él; y en el contenido de la misma, «[hablamos] de todas sus maravillas». Esta tercera frase utiliza la palabra **שִׁיחַ** (*siach*), una palabra que puede querer decir «reflexionar» o «meditar» así como «hablar».

La palabra hebrea para «maravillas» es la forma plural de **פֶּלֶא** (*pala'*). Algunas versiones han utilizado una traducción de dos palabras para el término: «obras maravillosas», «actos maravillo-

sos» u «obras asombrosas» para ser más expresivos en cuanto al significado.

Versículo 3. El salmo les pide a sus lectores: **Gloriaos en su santo nombre.** «Gloriaos» en este contexto transmite «exaltar, magnificar, hacer grande». La palabra **הָלַל** (*halal*) es una de las palabras hebreas para «alabanza» que tiene el carácter de jactancia. Una asamblea alaba a Dios cuando el pueblo se jacta (en el sentido de ensalzar Su nombre de alguna manera) con sus labios y corazones. La alabanza es una manera de intensificar el significado, la belleza y la gloria del nombre de Dios.

El adorador viene a la asamblea para regocijarse en Dios, para expresar su alegría de conocerlo y vivir en Él. **Alégrense el corazón de los que buscan a Jehová.** Hablar con Dios, contar Sus obras de bondad y ensalzar Sus atributos trae gran gozo al alma justa. El resultado natural de la adoración en el corazón del adorador es el júbilo por la presencia y aprobación de Dios.

Versículo 4. Sin embargo, la adoración sincera requiere participación activa, no solo observación pasiva. El autor usa la palabra «buscar» **דָּרַשׁ** (*darash*), una palabra que expresa determinación y energía. **Buscad a Jehová y su poder.** La asamblea no es solo un lugar para darle alabanza a Dios, sino también un lugar de búsqueda, un lugar donde se hace oración para que «su poder» sea concedido a quienes se acercan a Él. Los justos buscan el poder habilitador de Dios para sus vidas, servicio y trabajo.

El pueblo de Dios busca el **rostro** de Dios **siempre**. Esta palabra **בָּקַשׁ** (*baqash*), otra palabra hebrea para «buscar», quiere decir rogar por Su presencia y Su mirada favorable hacia quienes lo adoran. Si bien la palabra difiere de la de la primera línea, las dos palabras son casi sinónimas. El siervo del Señor anhela la aprobación y la comunión de Dios. (Vea 2º Cr 7.14.)

Versículo 5. Alabar a Dios también requiere una mirada atrás. Si no nos **[acordamos] de las maravillas que él ha hecho**, no tenemos contenido personal en nuestra alabanza a Él. «Acordarse» consiste en una revisión consciente del pasado; como tal, constituye un elemento necesario de la adoración. Dios ha estado obrando en la nación de Su pueblo. Ha habitado entre ellos, los ha librado de sus enemigos y les ha provisto sustento.

Mientras se contempla a Dios en la asamblea, las mentes de los adoradores vuelven a pensar en lo bueno que Él ha sido con ellos. Se sienten inspirados a repasar la forma en que Él los ha rodeado

con Sus dones y los ha protegido de los desastres que podrían haberlos plagado. Constreñidos por el recuerdo, ensalzan **sus prodigios y los juicios de su boca**.

Versículo 6. La adoración tiene lugar dentro de los confines de Su pacto. ¿A quién se le está pidiendo que adore a Dios? El pueblo del pacto es nombrado: **Oh vosotros, descendencia de Abraham su siervo, hijos de Jacob, sus escogidos**. En 1º Crónicas 16.13, se inserta «Israel» en lugar de «Abraham». Son expresiones figurativas que simbolizan a la nación de Israel. Los adoradores a los que se dirige siguen la línea de «Abraham», el «siervo» de Dios. Son la nación que llegó a existir por medio de los descendientes de «Jacob». Las principales verdades que se entonan en la primera parte del salmo enfatizan que Dios no ha olvidado Su pacto con Su pueblo y que Su pueblo lo adora como el Dios que guarda el pacto.

Versículo 7. La verdadera adoración implica una relación personal con el único Dios. No se rinde culto a un dios, sino a **Jehová nuestro Dios**, el único Dios viviente, el que hizo un pacto con Israel. Este Dios es personal y habita en medio de Su pueblo; pero es más, porque **en toda la tierra están sus juicios**. Él habla y juzga a toda la tierra; es el Dios de todos los hombres.

A ABRAHAM (105.8–15)

⁸Se acordó para siempre de su pacto;
De la palabra que mandó para mil genera-
ciones,

⁹La cual concertó con Abraham,
Y de su juramento a Isaac.

¹⁰La estableció a Jacob por decreto,
A Israel por pacto sempiterno,

¹¹Diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán
Como porción de vuestra heredad.

¹²Cuando ellos eran pocos en número,
Y forasteros en ella,

¹³Y andaban de nación en nación,
De un reino a otro pueblo,

¹⁴No consintió que nadie los agraviase,
Y por causa de ellos castigó a los reyes.

¹⁵No toquéis, dijo, a mis ungidos,
Ni hagáis mal a mis profetas.

Versículo 8. Con el presente versículo comienza el contenido histórico del salmo. El tema es trazado mediante una combinación de eventos desde la vida de Abraham, quien recibió primero la promesa

divina, hasta el cumplimiento de la promesa bajo Josué cuando la nación se estableció en Canaán.

Se hace alusión a Moisés y a la Ley en los versículos 26 y 45, pero se omiten en otros casos. Hacia el final del salmo, se incluye otra garantía de que Dios se ha acordado de la «santa palabra» que dio «a Abraham su siervo» (v. 42).

De gran importancia para este cántico es la verdad de que Dios es fiel a lo que ha dicho. **Se acordó para siempre de su pacto**. En 1º Crónicas 16.15, la frase «hace memoria» está en forma imperativa¹, una exhortación al pueblo. Aquí la palabra es una reflexión pasada, que cuenta lo que Dios había hecho.

El autor une dos ideas en relación con el acordarse de Dios: «pacto» y perpetuidad. La palabra «pacto» (בְּרִית, *brith*) es la palabra significativa para un acuerdo vinculante entre Dios y Su pueblo: **De la palabra que mandó para mil generaciones**. «Mil generaciones» (לְאַלְפֵי דּוֹר, *l'elep dor*), una frase de continuidad, se encuentra en Deuteronomio 7.9 en relación con la elección que Dios hizo de Israel para que fuera Su nación. Moisés les dijo: «Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones». Esta descripción de la eternidad transmite un tiempo extenso y duradero, pero no un tiempo sin fin. El compromiso de pacto de Dios con Israel se extendería desde el tiempo de Abraham hasta la vida terrenal de Cristo (Ga 3.16).

Versículo 9. Dios hizo este pacto de amplio alcance con Abraham en Harán (Gn 12.1–3). **La cual concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac**. Fue a la vez un «pacto» (בְּרִית, *brith*) y un «juramento» (שְׁבוּעָה, *sh'bu'ah*). Estas dos palabras enfatizan la inmutabilidad o inalterabilidad del acuerdo. (Vea He 6.13–20; Gn 22.16, 17; 28.13; 35.10–12.) Para acentuar la promesa que se estaba haciendo, el texto (Gn 12.1–3) presenta a Dios como el sujeto de los verbos en varias instancias: «haré de ti...», «te bendeciré», «engrandeceré tu nombre», etc. El pacto se basaba en la integridad y el propósito eterno de Dios, y no en la fidelidad de Israel. La promesa encuentra su cumplimiento último en Cristo (Hch 13.16–39; Ga 3.7, 28; He 10.15–22). ¿Fue Dios fiel en cumplir esta prome-

¹ N. del T.: La versión del autor, NASB, consigna 1º Crónicas 16.15a como un imperativo dirigido al pueblo: «Recuerda Su pacto para siempre», mientras que la Reina-Valera dice «Él hace memoria de su pacto perpetuamente» con Dios como el que «hace memoria» de Su pacto.

sa? Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento enfatizan que la cumplió.

Versículo 10. El pacto, debido a su carácter continuo, fue heredado de un patriarca a otro. Después de que Dios lo estableció con Abraham e Isaac, **[10] estableció a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno.** Es decir, lo hizo firme (עֲמִידָה, *'amad*). Lo estableció en el sentido de que lo anunció a estos tres patriarcas, haciendo de cada uno una parte integral de él (Gn 28.12–14). La palabra «decreto» (פֶּקֶד, *choq*) o estatuto, que aparece paralela a la frase «pacto sempiterno», sugiere aún más la naturaleza vinculante del acuerdo. Aunque no es eterno en el sentido de que jamás termina, se extendió a lo largo de los tiempos del Antiguo Testamento hasta la muerte de Cristo (Col 2.13, 14). Los dos nombres «Jacob» e «Israel» son equivalentes en connotación. Por elección soberana de Dios, Abraham, Isaac y Jacob fueron las personalidades clave del pacto en el libro de Génesis.

Versículo 11. El aspecto físico inmediato del pacto fue la promesa de la tierra que estaba incluida en él (Gn 12.7). Dios le dijo a Abraham y posteriormente a Isaac y Jacob: **A ti te daré la tierra de Canaán como porción de vuestra heredad.** Una parte de la promesa se cumplió cuando Israel finalmente fue llevado a Palestina y se le dio esta tierra como posesión para todos sus descendientes. Dios le dijo a Josué, mientras esperaba instrucciones en el lado oriental del Jordán: «Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel» (Jos 1.2, 3).

Versículo 12. La promesa comenzó a cumplirse con un pequeño grupo de israelitas, de setenta a setenta y cinco personas. (Vea Ex 1.5; Hch 7.14.) **Cuando ellos eran pocos en número, y forasteros en ella.** No sólo eran «pocos en número», sino que fueron trasladados a Egipto, donde, aunque fueron extranjeros por un tiempo, rápidamente se convirtieron en una gran multitud. Éxodo 1.7 dice que, durante el tiempo de su esclavitud, la tierra de Egipto estaba llena de ellos: «Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra».

Versículo 13. Al principio, las semillas de esta nación escogida tenían que convertirse en un tipo de pueblo nómada. Para ser más específicos,

andaban de nación en nación, de un reino a otro pueblo. Fueron de Harán a Canaán, de Canaán a Egipto, de Egipto a Gerar, y de Egipto de vuelta a Canaán. Pasaron por el dominio de reyes y reinos. Aunque migraron de un lugar a otro, caminaron bajo la supervisión de Dios y vivieron como el despliegue gradual de la promesa de Dios.

Versículo 14. Dios le había dado a Abraham esta reconfortante seguridad: «Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré» (Gn 12.3). Dios cumplió esta parte de Su promesa en que **no consintió que nadie los agraviase, y por causa de ellos castigó a los reyes.** A nadie se le permitió interferir con Su pueblo escogido. Los reyes fueron anulados, bendecidos y a veces maldecidos por Dios debido a su conexión con Abraham. (Vea Gn 12.17; 14.18; 21.22.)

Versículo 15. Los israelitas, propiedad privada de Dios, fueron protegidos incluso del «toque» de otras naciones. Les dijo a todos los que pudieran molestarlos: **No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas.** A los patriarcas se les llama «ungidos» (מָשִׁיחַ, *mashiach*), término del cual proviene «Mesías», y «profetas» (נָבִיא, *nabi'*) debido a la misión especial que Dios cumplió por medio de ellos. Abraham fue llamado Su «profeta» en Génesis 20.7. Aunque no escribieron ningún libro que haya sido incluido en la Biblia, fueron, en su tiempo, los portavoces escogidos por el Dios viviente. Estaban haciendo la voluntad de Dios, y Dios estaba logrando Su propósito divino por medio de ellos. Dios hizo de ellos una nación a la que llamó Su «reino de sacerdotes, y gente santa» (Ex 19.6).

A ISRAEL (105.16–24)

¹⁶Trajo hambre sobre la tierra,
Y quebrantó todo sustento de pan.

¹⁷Envío un varón delante de ellos;
A José, que fue vendido por siervo.

¹⁸Afligieron sus pies con grillos;
En cárcel fue puesta su persona.

¹⁹Hasta la hora que se cumplió su palabra,
El dicho de Jehová le probó.

²⁰Envío el rey, y le soltó;
El señor de los pueblos, y le dejó ir libre.

²¹Lo puso por señor de su casa,
Y por gobernador de todas sus posesiones,
²²Para que reprimiera a sus grandes como él
quisiese,

Y a sus ancianos enseñara sabiduría.

**²³Después entró Israel en Egipto,
Y Jacob moró en la tierra de Cam.
²⁴Y multiplicó su pueblo en gran manera,
Y lo hizo más fuerte que sus enemigos.**

La promesa que Dios le hizo a Abraham tenía que ser transmitida, de hombre a hombre, a la familia de Israel. Génesis revela que Dios trazó una línea y la precisó aún más a medida que el anuncio de Su plan se desarrollaba gradualmente y se revelaba al tiempo que traía Israel a Canaán.

Versículo 16. El Señor incluso permitió que el mundo natural participara en el emocionante drama. **Trajo hambre sobre la tierra, y quebrantó todo sustento de pan.** Una hambruna feroz, que trajo escasez extensa, tuvo lugar y afectó no solo a Egipto, sino también a Palestina y quizás a otros países adyacentes (Gn 41.30, 56, 57; 43.1). La principal fuente de vida y supervivencia fue quebrantada; «Todo sustento de pan» fue quitado. Faraón miró la hambruna y vio el desastre natural, pero el corazón que teme a Dios puede mirar atrás y ver la mano providencial de Dios en acción. La iniquidad de los cananeos no había llegado a su profundidad para ser juzgada (Gn 15.16); y Dios encontró un lugar para la familia de Jacob hasta que los habitantes de Canaán, por su maldad, perdieron su tierra. Durante cuatrocientos años (Gn 15.13), mantuvo a los israelitas en Egipto, esperando el momento apropiado para el éxodo.

Versículo 17. Dios fue delante de Israel y preparó el camino para él y su clan. **Envió un varón delante de ellos; a José, que fue vendido por siervo.** Obró mediante la vida de José para prepararlo para su papel en el avance del plan de Dios para Abraham y sus descendientes. José reconoció más adelante la mano de Dios en su vida, a pesar de que había pasado por la cruel violencia de la esclavitud (Gn 45.5). Los hechos históricos indican que Dios envió a José a Egipto y lo situó en su lugar antes de permitir que llegara la hambruna (Gn 37.25–28; 39.1—41.49). Dios incluso usó los celos de los hermanos de José y la lengua mentirosa de la mujer de Potifar para cumplir Su propósito para Su pueblo del pacto.

Versículo 18. Dios purificó a José para el servicio mediante la aflicción de la esclavitud. **Afligieron sus pies con grillos; en cárcel fue puesta su persona.** Los detalles sobre la experiencia de José no se encuentran en Génesis (Gn 39.1), pero parecen estar dados en el salmo. Si este no es el caso, la exageración poética en frases como «sus

pies con grillos» y «en cárcel fue puesta» describe la presión y la persecución de la dura prueba.

Versículo 19. José respondió a su esclavitud y encarcelamiento con confianza en Dios. **Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó.** Sus sueños proféticos no se cumplieron hasta que pasó por un período de dura prueba. Tuvo que sufrir con paciencia antes de poder ser un poderoso soberano. Su lealtad, bajo presión, demostró su fe en Dios y su profunda fidelidad a hacer lo correcto. Tres veces en la narración de Génesis 39, la frase providencial «Jehová estaba con él» aparece de una forma u otra en relación con las actividades de José (Gn 39.2, 21, 23).

Versículo 20. Dios bendijo a José porque confió en Su divina supervisión. **Envió el rey, y le soltó; el señor de los pueblos, y le dejó ir libre.** Dios sacó a Su siervo de la prisión (Gn 41.14) y le permitió revelar a Faraón la interpretación que Dios había dado de su sueño (Gn 41.25). Quedando muy impresionado con José, Faraón lo nombró para un puesto de poder e influencia a su diestra. José, que ocupaba el segundo puesto en poder y autoridad después de Faraón, se convirtió en un poderoso líder en el gobierno de Egipto (Gn 41.40). Inmediatamente, José fue nombrado supervisor de la recolección de grano de la nación (Gn 41.55–57).

Versículo 21. En esta posición de liderazgo, José se convirtió en la mano providente de Dios para Su pueblo. Faraón **lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones.** José se convirtió en el segundo después de él en influencia. «Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú» (Gn 41.40). Fue decisivo para que Egipto se preparara para la hambruna venidera que Dios le había revelado a Faraón mediante su sueño. La preparación divina tanto de José como de Faraón allanó el camino para la liberación de la nación de Dios, Israel.

Versículo 22. Todo estaba bajo la providencia suprema de Dios, incluidos los sueños de José, su interacción con el mayordomo y el panadero encarcelados, la interpretación del sueño de Faraón y la decisión de Faraón de honrar a José. Se le dio una posición de autoridad que le permitió **[reprimir] a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría.** La declaración «reprimiera a sus grandes como él quisiese» se ilustra con la interacción de José con sus hermanos cuando llegaron a Egipto en busca de grano. Los puso en prisión durante tres días (Gn 42.17), para que les

«enseñara sabiduría» y remordimiento por lo que habían hecho. Con su posición de alto rango, José ejerció mando sobre los ancianos de Egipto.

Versículo 23. Después de este intrigante intercambio entre José y sus hermanos, Jacob y su familia fueron llevados a Egipto. La hambruna en Egipto y Palestina fue utilizada por Dios para trasladar al clan israelita a Egipto para que pudieran vivir, crecer y convertirse en la nación que Dios había prometido. **Después entró Israel en Egipto, y Jacob moró en la tierra de Cam.** La designación «Cam» representa figurativamente a «Egipto». (Vea también v. 27.) Génesis 10.6 registra a «Mizraim» como uno de los hijos de Cam. Este nieto de Noé y sus descendientes habían emigrado a la parte norte de África y finalmente se habían convertido en los antepasados de los egipcios, dando el nombre de «Mizraim» a la tierra en la que se establecieron. Con el tiempo, «Mizraim» se convirtió en la palabra hebrea para «Egipto» (מִצְרַיִם, *Mitsrayim*). Jacob y José fueron reunidos en Egipto para trabajar de la mano en el cumplimiento de la promesa que Dios había hecho a los patriarcas.

Versículo 24. Gracias a la posición que José tenía en Egipto, los israelitas prosperaron y se multiplicaron. **Y multiplicó su pueblo en gran manera, y lo hizo más fuerte que sus enemigos.** Durante el tiempo que vivió José, los israelitas fueron tratados como invitados de honor por los faraones. Silenciosamente, casi discretamente, el clan de Israel se convirtió en una poderosa hueste. Mucho después de la muerte de José, un nuevo faraón los miró y anunció que se convertirían en sus esclavos: «He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra» (Ex 1.9, 10).

¿Qué estaba logrando Dios en estos eventos? Estaba cumpliendo la promesa que había hecho a Abraham e Israel.

EN EGIPTO (105.25–36)

²⁵Cambió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo,

Para que contra sus siervos pensasen mal.

²⁶Envió a su siervo Moisés,

Y a Aarón, al cual escogió.

²⁷Puso en ellos las palabras de sus señales,
Y sus prodigios en la tierra de Cam.

²⁸Envió tinieblas que lo oscurecieron todo;
No fueron rebeldes a su palabra.

²⁹Volvió sus aguas en sangre,
Y mató sus peces.

³⁰Su tierra produjo ranas
Hasta en las cámaras de sus reyes.

³¹Habló, y vinieron enjambres de moscas,
Y piojos en todos sus términos.

³²Les dio granizo por lluvia,
Y llamas de fuego en su tierra.

³³Destrozó sus viñas y sus higueras,
Y quebró los árboles de su territorio.

³⁴Habló, y vinieron langostas,
Y pulgón sin número;

³⁵Y comieron toda la hierba de su país,
Y devoraron el fruto de su tierra.

³⁶Hirió de muerte a todos los primogénitos
en su tierra,
Las primicias de toda su fuerza.

Versículo 25. La historia de Israel no termina con José; de hecho, la situación de José hizo avanzar la narración. Al comienzo de Éxodo, los israelitas estaban mucho más cerca de convertirse en una gran nación. A pesar de que estaban atados firmemente con las cadenas de la esclavitud, continuaron creciendo. Claramente, Dios estaba cumpliendo Su promesa.

Cambió el corazón de ellos para que aborreciesen a su pueblo, para que contra sus siervos pensasen mal. El relato pasa por alto cuatrocientos años (Gn 15.13). La vida se volvió difícil para los israelitas. Aunque no era visible durante este tiempo de la historia, Dios estaba construyendo una nación a partir de Israel.

Bajo sus circunstancias favorables anteriores, los israelitas se habían multiplicado más rápidamente que los egipcios, llenando a los egipcios de temor de que pudieran volverse contra ellos y los conquistaran. Cuando Egipto esclavizó a los israelitas, se multiplicaron aún más (Ex 1).

Todo lo que le había sucedido a Israel ocurrió bajo la providencia de Dios, quien no indujo al hombre a hacer el mal (Stg 1.13); sino que con Su divino conocimiento previo, utilizó las tendencias pecaminosas del hombre para disciplinar a Su pueblo y lograr Sus propósitos.

La palabra «cambió» hace que Dios sea el agente de la acción. Bien podría ser que la acción descrita sea similar a cuando Dios endureció el corazón de Faraón. Se le atribuye a Dios en el sentido de que Él reunió las circunstancias que proporcionaron un

campo fértil para que corazones malvados fueran vencidos por el aborrecimiento.

Versículo 26. Eventualmente, Dios envió liberadores. **Envío a su siervo Moisés, y a Aarón, al cual escogió.** Dio señales de Su presencia mediante los milagros que les permitió realizar a Moisés y Aarón (Ex 4.1–9). Mediante estos dos siervos, Dios estaba preparando tanto a los israelitas como a los egipcios para la salida de Israel de Egipto.

Versículo 27. Faraón no dejaría ir a Israel hasta que el poder de Dios lo obligara. El Señor tendría que «[extender] [Su] mano y [herir] a Egipto con todas [Sus] maravillas» (Ex 3.20). Dios, por medio de Moisés y Aarón, realizó **sus señales, y sus prodigios en la tierra de Cam.** Ocho de las diez plagas registradas en Éxodo 7–11 figuran en este cántico, pero no en el orden dado en Éxodo. Nuevamente se hace referencia a Egipto como «Cam». (Vea v. 23.)

Versículo 28. El descenso del poder de Dios sobre Egipto consumió quizás hasta seis meses de tiempo. Una plaga tras otra devastó la tierra y los corazones de los egipcios. **Envío tinieblas que lo oscurecieron todo; no fueron rebeldes a su palabra.** El salmista mueve la novena plaga al principio de la lista, invierte el orden de la tercera y la cuarta, y omite la quinta y la sexta. Posiblemente, menciona la plaga de las tinieblas primero (v. 28) debido a la tremenda impresión que causó en el pueblo de Egipto (Ex 10.21–29). El efecto acumulativo de estos prodigios fue la liberación de los esclavos.

Versículo 29. Volviendo a la primera plaga (Ex 7.14–20), el escritor relata lo que Moisés y Aarón hicieron entre ellos. **Volvió sus aguas en sangre, y mató sus peces.** Moisés informó: «... Asimismo los peces que había en el río murieron; y el río se corrompió, tanto que los egipcios no podían beber de él. Y hubo sangre por toda la tierra de Egipto» (Ex 7.21). Tan extendido fue este desastre que los egipcios tuvieron que cavar pozos para encontrar agua para beber (Ex 7.24).

Versículo 30. La segunda plaga, según Éxodo, fueron las ranas (Ex 8.1–6). **Su tierra produjo ranas hasta en las cámaras de sus reyes.** El Nilo «produjo» ranas; como resultado, las ranas subieron del Nilo e inundaron la tierra (Ex 8.3). Moisés lo describió: «Entonces Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron ranas que cubrieron la tierra de Egipto» (Ex 8.6). Este relato, no Éxodo 8, revela que las ranas se abrieron camino de alguna manera hasta los lugares más protegidos de la tierra, incluso hasta los dormitorios de «sus reyes».

Versículo 31. Habló, y vinieron enjambres de moscas, y piojos en todos sus términos. Combinando la tercera y cuarta plagas, el cántico pasa a «enjambres de moscas, y piojos». De los «piojos» (כֶּנֶס, *ken*), Éxodo 8.17 registra: «... y Aarón extendió su mano con su vara, y golpeó el polvo de la tierra, el cual se volvió piojos, así en los hombres como en las bestias; todo el polvo de la tierra se volvió piojos en todo el país de Egipto». En Éxodo 8.24 se informa de las «moscas» (אַרְבֵּי, *'arob*) o enjambre de moscas: «y vino toda clase de moscas molestísimas sobre la casa de Faraón, sobre las casas de sus siervos, y sobre todo el país de Egipto; y la tierra fue corrompida a causa de ellas». La tierra de Egipto quedó totalmente cubierta, incluyendo todo «sus términos» (גְּבוּל, *g^ebul*), es decir, hasta sus fronteras o costas más lejanas.

Versículos 32, 33. La siguiente plaga a la que se hace referencia es la séptima plaga en Éxodo (Ex 9.18–26). **Les dio granizo por lluvia, y llamas de fuego en su tierra.** Esta descripción del juicio de Egipto es amplia, aunque breve. El evento es cubierto con tres palabras: «granizo» (hielo parecido a una roca), «lluvia» (agua) y «llamas de fuego» (relámpago). Éxodo añade a esta imagen de ello: «Hubo, pues, granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada» (Ex 9.24).

La devastación del granizo fue visible y severa. **Destrozó sus viñas y sus higueras, y quebró los árboles de su territorio.** Según Moisés, «... aquel granizo hirió en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como bestias; asimismo destrozó el granizo toda la hierba del campo, y desgajó todos los árboles del país» (Ex 9.25). El uso de la tercera persona del singular para los actos («destrozó», «quebró») reafirma la verdad de que Dios, mediante la instrumentalidad de Sus siervos, era la fuente del poder y de los juicios que se estaban impartiendo.

Versículo 34. El salmista pasa a la octava plaga (Ex 10.3–15). **Habló, y vinieron langostas, y pulgón sin número.** Éxodo describe la escena en todo su horror: «Y subió la langosta sobre toda la tierra de Egipto, y se asentó en todo el país de Egipto en tan gran cantidad como no la hubo antes ni la habrá después» (Ex 10.14). Se usan dos palabras para estos insectos, אַרְבֵּה (‘*arbeh*) y יֵלֶק (‘*yeleq*). La segunda palabra ha sido traducida como el «pulgón» por la Reina-Valera y como «saltamontes» por la NIV. Es una palabra que probablemente se refiere a la langosta en su estado de larva.

Versículo 35. Una plaga de langostas era más temida que cualquier otro desastre en el mundo del Cercano Oriente. Estas langostas **comieron toda la hierba de su país, y devoraron el fruto de su tierra.** Cuando llegaron las langostas, se «comieron» el fruto de la tierra sin dejar nada a su paso. Consumieron la hierba, las hojas y la corteza de los árboles, y «el fruto de su tierra». No se conocía ningún método preventivo para la plaga de langostas. Solamente un viento natural podía eliminarlas (Ex 10.19).

Versículo 36. El autor, deliberadamente, pasa a la décima plaga, mencionando que ésta trajo consigo el golpe aplastante que arrancó del corazón de Faraón la orden de que los israelitas abandonaran su tierra. **Hirió de muerte a todos los primogénitos en su tierra, las primicias de toda su fuerza.** (Vea Ex 12.29–32.) La fuerza del mundo egipcio residía en los varones «primogénitos», simbolizados con la frase «las primicias de toda su fuerza». La Reina-Valera ha traducido *ḥay* ('on) como «fuerza». Es una palabra que quiere decir «riqueza» o «fuerza». Faraón podía soportar la pérdida de agua, la muerte del ganado, la ausencia de luz y el daño causado por las langostas, pero la muerte de los primogénitos fue demasiado para él.

EN EL DESIERTO (105.37–41)

³⁷**Los sacó con plata y oro;**

Y no hubo en sus tribus enfermo.

³⁸**Egipto se alegró de que salieran, Porque su terror había caído sobre ellos.**

³⁹**Extendió una nube por cubierta, Y fuego para alumbrar la noche.**

⁴⁰**Pidieron, e hizo venir codornices; Y los sació de pan del cielo.**

⁴¹**Abrió la peña, y fluyeron aguas; Corrieron por los sequedales como un río.**

Versículo 37. Dios le había prometido a Moisés que, en el momento apropiado, los egipcios le rogarían a Israel que abandonara su tierra (Ex 3.20–22). También dijo que los egipcios les darían sus tesoros como incentivo para irse. Estas promesas se cumplieron. De hecho, **los sacó con plata y oro; y no hubo en sus tribus enfermo.** La providencia de Dios hizo que los israelitas salieran de Egipto con las manos llenas de objetos preciosos, provisiones que fueron suministradas por los egipcios. En cierto sentido, Egipto le debía a Israel por sus años de trabajo. Al final de las plagas, los egipcios recibie-

ron con agrado la oportunidad de pagarles a sus esclavos y librarse de ellos. Cuando los israelitas se fueron, lo hicieron sin ninguna interferencia. La frase «no hubo en sus tribus enfermo» describe figurativamente la facilidad y la plenitud de su partida. La palabra «enfermo» (כָּשָׁל, *kashal*) ha sido traducida como «nadie que tropezara» por la NASB y «que vacilara» por la NIV.

Versículo 38. Una razón por la que Egipto instó a Israel a salir fue que los egipcios habían llegado a temerles a los israelitas y a su Dios. **Egipto se alegró de que salieran, porque su terror había caído sobre ellos.** Muchos de los egipcios podían ver que el verdadero Dios había causado las plagas. No tenían poder que pudiera resistir Su mano todopoderosa. Dios estaba obrando por medio de Israel, y «su terror [el de Israel] había caído sobre» Egipto. Moisés describió una urgencia en su partida: «Y los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos» (Ex 12.33; vea 15.16).

Versículo 39. ¿Qué hizo Dios por Israel en el desierto? Después de sacar a Su nación de Egipto, ¿fue fiel a lo que les había prometido? **Extendió una nube por cubierta, y fuego para alumbrar la noche.** (Vea Ex 13.21, 22; 14.19.) Dios no solo los guio, también los protegió. Fue su proveedor y protector, cubriéndolos con Su nube. La «nube» y el «fuego» le transmitieron a Israel que Él no solo estaba con ellos, sino que también los cubría continuamente con Su mano protectora.

Versículo 40. Dios continuó cuidando milagrosamente a Israel durante toda la estadía de ellos en el desierto. Le demostró a Israel Su fiabilidad y fidelidad en el cumplimiento del pacto que había hecho con Abraham. **Pidieron, e hizo venir codornices; y los sació de pan del cielo.** No satisfizo la codicia de ellos, pero sí suplió su necesidad. El autor no menciona la murmuración de Israel, pero es evidente en la narración del Éxodo. (Vea Éxodo 15.24; 16.2, 4, 12.) El «pan del cielo», el maná, llegaba a ellos cada mañana; y las codornices, la porción de carne de sus provisiones, llegaban por la tarde. Un ejército tan grande como Israel habría tenido grandes dificultades para encontrar suficiente sustento en este desierto. Dios, con Su mano fuerte, les dio lo que necesitaban para vivir razonablemente bien mientras avanzaban hacia el Sinaí para convertirse en Su nación.

Versículo 41. Dios a menudo demostró Su gran fuerza a favor de Su pueblo en formas visibles y milagrosas. Por ejemplo, hizo que brotara agua de

una roca para ellos en Refidim. **Abrió la peña, y fluyeron aguas.** El agua brotó y formó un arroyo fresco del que pudieron beber. (Vea Éxodo 17.1–6.) Convirtió un lugar árido en un verdadero oasis. En lugar de «fluyeron» (זָבַח, *zab*), la KJV y la NIV han consignado «brotaron», que es una posible traducción de esta palabra. Tal vez más de dos millones de personas recibieron abundante agua para beber de una fuente que brotaba de una roca. Las aguas **corrieron por los sequedales como un río.** Se les recordó vívidamente la abundante provisión que Dios da. Nadie se quedó sin agua. En Éxodo no se dice nada acerca de que el agua brotara de la roca y llenara los «sequedales» circundantes; pero dada la magnitud del evento, tal declaración no es sorprendente. El énfasis del salmista está en lo que Dios ha hecho por Su pueblo; consecuentemente, las quejas de la nación no son mencionadas aquí.

EN CANAÁN (105.42–45)

⁴²**Porque se acordó de su santa palabra
Dada a Abraham su siervo.**

⁴³**Sacó a su pueblo con gozo;
Con júbilo a sus escogidos.**

⁴⁴**Les dio las tierras de las naciones,
Y las labores de los pueblos heredaron;**

⁴⁵**Para que guardasen sus estatutos,
Y cumpliesen sus leyes.
Aleluya.**

Versículo 42. ¿Cumplió Dios Sus promesas a Israel en la tierra de Canaán? Sí, **porque se acordó de su santa palabra dada a Abraham su siervo.** La palabra «porque» (כִּי, *ki*) nos recuerda el cuidado milagroso de Dios por Su pueblo. No olvidó Su «palabra» para ellos. Su promesa lleva consigo la naturaleza de Su carácter; es «su santa palabra». El Dios santo siempre pronuncia palabras «santas».

La entrada de Israel en la tierra ha sido el tema principal del presente salmo. La posesión de la tierra fue la promesa específicamente hecha a Abraham, transmitida a los patriarcas y realizada en Josué. Los versículos 42 al 45 afirman que Dios hizo todo lo que Su pacto ordenaba. Obviamente, Dios obra dentro de un cronograma que sirve a los mejores intereses de aquellos que son los objetos de Sus promesas, mientras que al mismo tiempo avanza el plan que Él tiene para el mundo.

Versículo 43. El pueblo de Israel fue llevado al Sinaí, se les dio un sistema de leyes, se les llamó a

ser la nación de Dios y, después de cuarenta años de disciplina, se les dio la tierra de Canaán. **Sacó a su pueblo con gozo; con júbilo a sus escogidos.** Con gritos de alegría, el pueblo de Israel vio el cumplimiento del plan que Dios tenía para ellos. Salieron de Egipto con «gozo» (שִׂשׂוֹן, *śáson*), con exaltación. Vinieron incluso con «júbilo» (רִנָּה, *rinnah*), un grito resonante de alegría. En la otra orilla del mar, «Moisés y los hijos de Israel [cantaron]» acerca de la liberación del Señor, quien no solo había sido Su «fortaleza»; sin embargo, habiéndolos liberado, Él se había convertido en el «cántico» (Ex 15.2) de ellos. Solo podemos imaginar la celebración que tuvo que haber caracterizado a Israel cuando finalmente se establecieron en la tierra con la que habían soñado durante años.

Versículo 44. El autor revela la conclusión a la que ha estado dirigiéndose su salmo: **Les dio las tierras de las naciones, y las labores de los pueblos heredaron.** El clímax de la primera parte de la narración del Antiguo Testamento llegó cuando la nación de Israel llegó a Canaán, «las tierras de las naciones», la tierra de los gentiles, con sus frutos de las labores anteriores de las naciones. Cada uno de los actos maravillosos de Dios demostró Su compromiso inquebrantable con Su pueblo. Dios, por medio de Josué, le recordó al pueblo: «En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo, al heteo, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo» (Jos 3.10). El Señor se acordó y cumplió Su palabra. Su pacto había sido establecido y cumplido. Josué informó que los israelitas se trasladaron a la tierra, se establecieron en ella y comenzaron a vivir de ella:

Y los hijos de Israel acamparon en Gilgal, y celebraron la pascua a los catorce días del mes, por la tarde, en los llanos de Jericó. [...] Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra; y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán aquel año (Jos 5.10–12).

A medida que Israel recibía las bendiciones de Dios, el pueblo vio cómo las profecías divinas cobraban vida y se hacían reales.

Versículo 45. Dios esperaba que Israel reaccionara a Su gracia con gratitud y humilde obediencia. Había bendecido a Su pueblo **para que guardasen sus estatutos, y cumpliesen sus leyes.** Su nación había de obedecer Sus mandamientos y practicar todo lo que Él les había revelado. El plan, la volun-

tad y la palabra de Dios habían de ser atesorados en sus corazones y observados en estilos de vida de obediencia. Dios obra para construir un espíritu sumiso en todo Su pueblo para que Su plan divino pueda hacerse carne en nosotros, una ayuda visual viviente para el mundo en general.

Es apropiado que un salmo como este canto y oración termine con una exuberante súplica para que todos alaben a Dios, diciendo: **Aleluya**. El término proviene de una palabra hebrea compuesta (הללוּ-יָהּ, *hal'lu-Yah*). Es un imperativo que nos insta a alabar al Señor. Aunque se omite en la LXX, el TM lo incluye, produciendo tres salmos (104; 105 y 106) que terminan con esta exhortación y que han sido llamados «Salmos del Aleluya».

APLICACIÓN

El Dios que se acuerda

El autor de este salmo se refirió al carácter fiel de Dios mediante el testimonio de la historia. Comenzó con la promesa de Dios a Abraham: «A ti te daré la tierra de Canaán como porción de vuestra heredad» (v. 11). Se refirió a este acuerdo como el «[concertado] con Abraham, y [...] su juramento a Isaac» (v. 9). Procedió a hablar del cumplimiento de esa promesa por parte de Dios mediante todos Sus tratos con Israel. Destacó los viajes de Abraham, Isaac y Jacob cuando se trasladaron «de un reino a otro pueblo» (v. 13). Enfatizó la posición providencial de José en Egipto, para que Dios pudiera usar su lugar de influencia para proteger y sustentar a Israel cuando Él «trajo hambre sobre la tierra» (v. 16).

Después de describir la estadía de los descendientes de Jacob en Egipto, el autor describió cómo Dios los sacó realizando «sus señales, y sus prodigios en la tierra de Can» (v. 27). El texto nos hace caminar junto a los israelitas en sus peregrinajes por el desierto y observar con reverencia la forma en que Dios extendió una cubierta sobre ellos para protegerlos de Egipto y de sí mismos (v. 39). Como una especie de conclusión, el salmista describe cómo Dios trajo a Israel a la tierra de Canaán, «las tierras de las naciones» (v. 44), con gozo y clamores

de alegría. El tema subyacente en el relato de esta primera parte del Antiguo Testamento es la verdad reconfortante de que Dios nunca olvida.

Dios se acuerda de Su pacto. El autor enfatizó que Dios «se acordó [...] de su pacto...» (v. 8). La tercera persona del singular, usada como sujeto y también como objeto de las acciones, y el pronombre «sus» se encuentran cincuenta y ocho veces en este salmo. Casi cada línea hace alguna mención de lo que Dios prometió, dijo, planeó o hizo. Sin duda, el presente es un salmo teocrático, centrado en Dios.

Dios se acuerda perfectamente de Su pacto. El salmo atribuye impecabilidad a Dios, describiéndolo como alguien que trata sin fallar con las multitudes de los pueblos de la tierra para cumplir Su propósito eterno. Se negó a llevar a Israel a Canaán hasta que los habitantes de esa tierra, los amorreos, hubieran perdido su derecho a poseerla (Gn 15.16). Trajo contra Faraón diez plagas, demostrando que Él era el Dios verdadero y rompiendo el control de Faraón sobre Israel con la muerte de los hijos primogénitos. Permitió que los hermanos de José hicieran lo que quisieran con él, pero luego sacó a José de la esclavitud a una posición soberana «para que reprimiera a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría» (v. 22). En todas Sus obras, Dios no ha pasado por alto a nadie ni ha permitido que nadie quede fuera de Su cuidado.

Dios se acuerda de Su pacto para siempre. Su plan no fue un episodio pasajero. Él «se acordó para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones» (v. 8). Dios siempre ha mirado hacia el futuro. No llamó a un pueblo para que viviera unos días en Su comunión y luego se dispersara. Entró en una relación eterna con ellos.

La tierra a veces tiembla, se tambalea mientras gira, pero la Palabra de Dios permanece para siempre. Ninguna casa construida por Dios se agrieta ni se deteriora con el paso del tiempo. Ninguna palabra pronunciada por Él jamás pierde su brillo de verdad. Jesús afirmó: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24.35). Sí, Él será fiel en cumplir esta palabra.

Una gracia abrumadora

El sobrescrito: Ninguno.

Con este salmo finaliza el Libro IV del libro de Salmos. Su último versículo (106.48) constituye una doxología que no sólo concluye el salmo, también cierra el cuarto libro con una exhortación a alabar a Dios. Así sucede con cada uno de los otros cuatro libros en 41.13; 72.18, 19; 89.52; 150.6 y con todo el salmo.

En vista de que la presente oración comienza y termina con el imperativo «aleluya», o, como podría traducirse, «alabado sea el Señor», ha pasado a formar parte de los «Salmos de Aleluya». Por lo general, se incluyen diez salmos en este grupo: Salmos 106, 111—113, 135 y 146—150. Con excepción de Salmos 111 y 112, cada uno comienza y termina con «Aleluya» o «Alabad a Jehová» o similares.

En cuanto al contenido de este canto u oración, consiste en una mezcla de alabanza, confesión y petición, con un énfasis mayor en la confesión penitencial. La mención de los trágicos pecados de Israel le da el carácter de un salmo histórico; sin embargo, dado que utiliza las referencias históricas para demostrar la gracia redentora de Dios, también se le clasifica como un himno de alabanza.

El autor da una doble invitación a alabar a Dios, una como introducción y la otra como conclusión, dando como resultado un diseño inclusio para el salmo. La alabanza a Dios es contextual, surge de Su misericordia que ha recuperado a la nación pecadora, limpiándola de los fracasos nacionales con una gracia que es mayor que todos sus pecados. Aparte del llamado inicial a la adoración (vv. 1–5) y la petición de restauración y doxología finales (vv. 47, 48), la parte central de la oración es el reconocimiento contrito de las transgresiones

de Israel, en las que cada miembro de la nación comparte alguna culpa.

En la lista que hace el autor de ocho ocasiones en las que Israel fracasó como nación de Dios, vemos el realismo de la Biblia. Los pecados no son disimulados. A la maldad se le describe abiertamente con fines de enseñanza y alabanza.

El presente salmo y el anterior, Salmos 105, son sorprendentemente similares. Ambos utilizan la historia de Israel como base para sus mensajes, justificando el hecho de llamarlos salmos complementarios. Sin embargo, es evidente una diferencia importante entre los dos. Salmos 105 analiza la historia de Israel desde el punto de vista de la fidelidad de Yahvé, mientras que el presente salmo analiza la historia de Israel desde el punto de vista de la infidelidad de Israel. Salmos 105 alaba a Dios por cumplir Sus promesas a Israel; este salmo alaba a Dios por Su misericordia y gracia para con una nación pecadora.

La única indicación con respecto a una fecha para este salmo es la interpretación del versículo 47, que parece ubicarlo en el período del exilio. Sin embargo, su autoría sigue siendo una pregunta abierta.

Parte del versículo 1 se encuentra textualmente en 1° Crónicas 16.34; Salmos 107.1; 118.1, 29; y 136.1. Los dos últimos versículos del párrafo final son parte del cántico que fue entonado cuando el arca fue traída a Jerusalén (1° Cr 16.35, 36). Tiene que ser que este autor adaptó, para su propia oración, partes de lo que Asaf y los levitas habían cantado en la celebración de la llegada del arca a Jerusalén. Ese texto, a su vez, podría haber sido una composición de David. Este hecho indicaría una fecha anterior al exilio para al menos partes del salmo.

PROTECCIÓN DE SU ALABANZA (106.1-3)

¹Aleluya.

**Alabad a Jehová, porque él es bueno;
Porque para siempre es su misericordia.**

²**¿Quién expresará las poderosas obras de
Jehová?**

¿Quién contará sus alabanzas?

³**Dichosos los que guardan juicio,
Los que hacen justicia en todo tiempo.**

Versículo 1. La primera palabra del presente cántico constituye una exhortación a dar gloria y agradecimiento a Dios. El llamado inicial está encarnado en la primera palabra, הלל־יהוה (*hal'eluyah*; ἁλλήλουϊά, *hallēlouia*), es decir, **Aleluya**. La palabra es un imperativo que dice: «Alabado seas Yah». Como forma abreviada de «Yahvé» (יהוה, *YHWH*), «Yah» (יה) aparece numerosas veces en los salmos.

Alabad a Jehová. «Alabad» viene de יָדָה (*yadah*), un imperativo que llama al cantor a dar gracias a Yahvé. **Porque él es bueno.** Su bondad constituye la base para la alabanza que se le debe rendir. El término «bueno» (טוב, *tob*) es un término general que indica cuán agradables y placenteras son la «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*) de Dios y Su lealtad al pacto. Enfatiza no sólo lo que Dios ha hecho, también incluye el carácter que Él posee. La LXX da χρηστός (*chrēstos*), o «amable», como su traducción. La bondad es intrínseca a Dios. Fluye de Su naturaleza en todo lo que Él hace. **Porque para siempre es su misericordia.** El carácter esencial de Dios nunca fluctúa. Como tal, Su «misericordia» tiene una existencia eterna (עוֹלָם, *'olam*), «de siglos a siglos». Su pueblo puede estar seguro de que Dios jamás traicionará quién es Él.

Versículo 2. El elemento de la verdadera alabanza requiere que admitamos nuestra incompetencia, nuestra falta de entendimiento, al darla. **¿Quién expresará las poderosas obras de Jehová?** La alabanza es esencialmente hablar o contar las «poderosas obras» de Dios. Las dos palabras «poderosas obras» son una traducción de una palabra plural en hebreo (גְּבוּרָה, *g'burah*). Quiere decir «obras poderosas» o «actos poderosos», como se expresa en la LXX. **¿Quién contará sus alabanzas?** «Contará» viene de שָׁמַע (*shama'*). Como no apreciamos ni podemos apreciar adecuadamente Sus obras, nos volvemos ineptos en darle la alabanza que le corresponde. Sus obras son demasiado numerosas para contarlas. Incluso si pudiéramos enumerarlas, no seríamos lo

suficientemente competentes para describirlas o caracterizarlas. Por lo tanto, alabar a Dios tiene una profundidad que los mortales no pueden sondear. Nuestra incapacidad para alabar como Él merece jamás debe disuadirnos de alabar con corazones devotos.

Versículo 3. El Dios de toda gracia hace que Sus bendiciones caigan sobre aquellos que están comprometidos a hacer lo que es correcto delante de Él. **Dichosos los que guardan juicio, los que hacen justicia en todo tiempo.** «Dichosos» (אַשְׁרֵי, *'ashrey*) es una palabra plural que expresa la totalidad de las bendiciones que llegan a aquellos que viven en Él. Pese a que no podemos alabar adecuadamente, Él pone Su mano de aprobación sobre nosotros, dándonos una multiplicidad de cosas buenas. «Juicio» (מִשְׁפָּט, *mishpat*), el trato apropiado a los demás, es una palabra que tiene una mirada hacia el hombre, mientras que «justicia» (צְדָקָה, *ts'daqah*) implica caminar en la verdad de Dios, motivado por una mirada en dirección a Dios. La persona que es objeto de esta bienaventuranza es el siervo que busca incansablemente el juicio y la justicia.

VISITA A TU PUEBLO (106.4, 5)

⁴**Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo;**

Visítame con tu salvación,

⁵**Para que yo vea el bien de tus escogidos,
Para que me goce en la alegría de tu nación,
Y me gloríe con tu heredad.**

Versículos 4, 5. La oración subyacente de este cántico es para que Dios conceda Su «benevolencia» a la nación de Israel. El autor se identifica con su nación, usando el pronombre personal «mí» dos veces y la primera persona del singular tres veces. Se ve a sí mismo como parte de los pecados de su nación y desea impartirle a Israel la esperanza que sólo Dios puede darle. **Acuérdate de mí, oh Jehová, según tu benevolencia para con tu pueblo.** Su palabra **visítame** (פָּקַד, *paqad*) quiere decir «designar, asignar o colocar sobre» él y su nación la **salvación** que las condiciones existentes requieren. Dios salva, da «salvación» (יְשׁוּעָה, *y'shu'ah*), de múltiples maneras, especialmente proporcionando liberación del pecado. La petición que se hace es sin duda, para la restauración completa de Israel a la comunión con Dios, de modo que Su pueblo, incluido el autor, pueda regocijarse en el verdadero

«bien» de Su nación.

Mediante la «salvación» de Dios, vendrá una triple bendición. 1) Traerá **el bien de tus escogidos**. «El bien» de la nación «escogida» de Dios tiene que estar refiriéndose a una espiritualidad robusta, así como a un crecimiento numérico y físico. Es básicamente la palabra para «bueno» (טוב, *tob*). 2) La salvación de Dios le permitirá al autor **[gozarse] en la alegría de [su] nación**. Si la felicidad y la paz llegan a su pueblo, también llegarán a su corazón gracias al amor que tiene por su nación. Su mayor alegría se encontrará en la restauración de su nación. 3) Anhela **[gloriarse] con [la] heredad [de Dios]**. Como resultado de esta prosperidad y regocijo, la «heredad» será elevada a su máxima medida y alcanzará su completo potencial en el propósito de Dios. A medida que se produce este crecimiento divinamente inducido, el autor pretende «gloriarse» (הלל, *halal*) o jactarse en el Señor que ha dado la gloria y también la recibe.

PRIMER PECADO: REBELIÓN (106.6–8)

**⁶Pecamos nosotros, como nuestros padres;
Hicimos iniquidad, hicimos impiedad.**

**⁷Nuestros padres en Egipto no entendieron
tus maravillas;**

**No se acordaron de la muchedumbre de tus
misericordias,**

**Sino que se rebelaron junto al mar, el Mar
Rojo.**

**⁸Pero él los salvó por amor de su nombre,
Para hacer notorio su poder.**

La respuesta de gracia y disciplina de Dios con respecto a los pecados de la nación constituye la característica que hace de este salmo un himno de alabanza. Su pueblo a menudo ha sido desobediente, como atestiguan los siguientes versículos, pero Dios ha sido persistente y misericordioso con Su corrección, reprensión y redención.

Lo más destacado del salmo subraya los pecados de Israel. Estos pecados han entristecido a Dios. Sin embargo, más allá de las descripciones históricas de sus pecados se encuentra la compasión del Dios que redime a un pueblo pecador, sacándolos de las garras de la transgresión en la que han caído.

Versículo 6. El presente versículo les da inicio a los versículos confesionales que constituyen el contenido principal (aunque no el tema) de la oración. El autor confiesa: **Pecamos nosotros,**

como nuestros padres; hicimos iniquidad, hicimos impiedad. Un cambio de la primera persona del singular al plural indica que el autor se ve a sí mismo como parte de la rebeldía que se está mencionando. Aquí usa la primera persona del plural, «pecamos nosotros», pero a lo largo del resto del salmo se hace un cambio a la tercera persona del plural, «[ellos] no entendieron». En esta primera parte del salmo, la confesión tiene una identidad individual; más adelante, se centra más en un grupo, es decir, en la nación misma. La transparencia de la confesión se refleja en las tres palabras que describen la desobediencia de ellos: «pecamos» (חָטָא, *chata'*), o erraron el blanco; hicieron «iniquidad» (עָוָה, *'awah*) o perversidad; e hicieron «impiedad» (רָשָׁע, *rasha'*), es decir, de una manera que exhibía maldad. El salmista admite que la conducta de ellos no ha sido diferente de la de sus «padres» que los precedieron.

Versículo 7. En el **Mar Rojo** (בְּיַם־סוּף, *b^eyam-sup*), Israel pecó contra Dios. Antes de que se apagara el eco de las plagas milagrosas, Israel murmuró contra Dios. **Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas; no se acordaron de la muchedumbre de tus misericordias, sino que se rebelaron junto al mar, el Mar Rojo.** La nación no avanzó mucho más allá del éxodo de Egipto sin olvidar la «muchedumbre», o muchas, «misericordias» de Dios. Según Éxodo 14.11, 12, el pueblo se volvió rebelde cuando comenzó su viaje al Sinaí desde la orilla desértica del Mar Rojo. Si bien habían visto las maravillas de Dios en Egipto, donde las poderosas plagas habían estado delante de ellos por una duración de quizás seis meses, el pueblo se quejó y se negó a confiar en Dios cuando surgió la necesidad de confianza. Cuestionaron a Moisés directamente y a Dios indirectamente. Dios sólo tardó unos días en sacar a Israel de Egipto, pero tomaría mucho más tiempo para que las misericordias de Dios eliminaran la desconfianza básica de sus corazones.

«El Mar Rojo» es un nombre que proviene de la traducción de la LXX, no del texto hebreo. El lugar al que se hace referencia es una bahía de entrada, ahora conocida como el Golfo de Suez. La ubicación exacta del cruce continúa siendo cuestionada.

Versículo 8. Este cántico proclama que la gracia de Dios es mayor que los fracasos de Israel. **Pero él los salvó por amor de su nombre, para hacer notorio su poder.** Moisés les encargó que se detuvieran y vieran la salvación del Señor. Con los

ojos abiertos y asombrados, vieron que Dios los libraba con Su poder (Ex 14.13). El poderoso milagro que realizó eliminó a los enemigos de ellos. Todavía más, en el desierto, continuó liberándolos, proporcionándoles agua, alimento, resistencia y victorias sobre los enemigos. Dios hizo lo que hizo por quién es Él. Puso en alto Su reputación como un Dios de misericordia, dando a conocer Su fuerza invencible no solo a Israel, sino también a las naciones del mundo. Israel fue Su exhibición a las naciones de Su amor tenaz y gracia salvadora.

DIOS, NUESTRO LÍDER (106.9-12)

**⁹Reprendió al Mar Rojo y lo secó,
Y les hizo ir por el abismo como por un desierto.**

**¹⁰Los salvó de mano del enemigo,
Y los rescató de mano del adversario.**

**¹¹Cubrieron las aguas a sus enemigos;
No quedó ni uno de ellos.**

**¹²Entonces creyeron a sus palabras
Y cantaron su alabanza.**

Versículo 9. El gran milagro en el Mar Rojo le dio a Israel una imagen de fortaleza que debía haber afianzado su fe y hecho que descansaran para siempre en la fidelidad de Dios para con ellos. **Reprendió al Mar Rojo y lo secó, y les hizo ir por el abismo como por un desierto.** Con una palabra de reprensión (רָעָה, *ga'ar*), el mar fue dividido, permitiendo que Moisés guiara al pueblo de Dios a través de tierra seca. Con el tipo de amor que un padre tiene por sus hijos, Dios guio a Israel a través de las aguas del mar, «el abismo», como si no tuviera agua, como si el mar fuera tan seco y estéril como «un desierto». El problema aparentemente insuperable fue resuelto con facilidad por la palabra del Señor.

Versículo 10. Fue de esta manera, con Su palabra, que Dios liberó a Israel de los egipcios que lo perseguían. **Los salvó de mano del enemigo, y los rescató de mano del adversario.** Los rescató de los egipcios, el apasionado «enemigo» (אֶת־הָאֹיֵב, *šane'*) de ellos, y los sacó de sus garras. La palabra para «rescató» es גָּאָל (*ga'al*), el mismo término que se traduce como «pariente Redentor». Dios se convirtió en el pariente Redentor de Su pueblo. Sólo Él podía levantarlos para que fueran Su nación. Con cada demostración de Su poder, la evidencia se acumulaba y debía haber proporcionado una fuerza acumulada de persuasión en cuanto a que

Él es el Dios verdadero.

Versículo 11. La liberación que vino no fue parcial, sino innegablemente completa. El rescate que efectuó dejó atónitos a todos los que lo vieron y oyeron del mismo. **Cubrieron las aguas a sus enemigos; no quedó ni uno de ellos.** El muro de mar de cada lado se precipitó sobre los egipcios, dejándolos sepultados en el fondo del mar. El ejército más fuerte de la nación más poderosa fue demolido. Ningún soldado quedó con vida cuando las aguas retrocedieron.

Versículo 12. La respuesta inmediata del Israel redimido fue la fe en Dios, regocijándose por Su liberación y cantándole alabanzas. **Entonces creyeron a sus palabras y cantaron su alabanza.** Al «[creer] a sus palabras», la fe de ellos impulsó el canto de «alabanza» gozosa. Sin embargo, su euforia pronto fue puesta a prueba. A los pocos días de viaje por el desierto, revelaron la carnalidad y superficialidad de su confianza. Caminaron por vista, no por fe. Su fe, nacida de milagros, tuvo que ser sustentada por otros milagros para sobrevivir.

SEGUNDO PECADO: IMPACIENCIA (106.13-15)

**¹³Bien pronto olvidaron sus obras;
No esperaron su consejo.**

¹⁴Se entregaron a un deseo desordenado en el desierto;

Y tentaron a Dios en la soledad.

**¹⁵Y él les dio lo que pidieron;
Mas envió mortandad sobre ellos.**

Versículo 13. Pronto se manifestó una desconfianza impaciente en Dios. **Bien pronto olvidaron sus obras; no esperaron su consejo.** Sólo pasaron tres días para que su fe disminuyera. Israel anhelaba agua, cuestionando, como suelen hacer los quejumbrosos, «¿Qué hemos de beber?» (Ex 15.24). «Pronto olvidaron» lo que Dios había hecho en el mar; permitieron que esa evidencia innegable se les escapara de la mente. Además, no buscaron en Él instrucciones, planes, propósitos o «consejo» (עֲצָה, *'etsah*). Cuando no vieron que su sed estaba satisfecha, asumieron (con desconfianza) que Dios no deseaba o no podía proveer para ellos.

Versículo 14. Insistieron en que su deseo de agua fuera satisfecho inmediatamente y de la manera que ellos consideraran mejor. **Se entregaron a un deseo desordenado en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad.** «Se entregaron a

un deseo desordenado» (literalmente, «anhelaron ansiosamente») en lugar de confiar incondicionalmente. Exigieron acción de parte de Dios en lugar de esperar pacientemente a que Dios los cuidara a Su manera y en Su tiempo. «Tienes que hacerlo a nuestra manera, o no creeremos en Tu cuidado», insinuaron. En lugar de decir: «Hágase Tu voluntad», se apresuraron con ansia lujuriosa, quejándose y exigiendo. A pesar de su actitud, Dios respondió a la queja de ellos con el don del agua (Ex 15.27).

Versículo 15. Dios les dio agua, pero la salud espiritual no vino con ella. **Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos.** Recibieron agua, pero sus disposiciones cancelaron la vitalidad espiritual que debía haber venido de las provisiones de Dios. Dios «envió mortandad sobre ellos». Sea que la llegada de esta «mortandad» fuera una acción judicial o una consecuencia natural, los resultados fueron los mismos. Su ansia viciosa trajo mortandad para algunos de ellos y muerte prematura para otros.

Los israelitas se concentraron en sus propios deseos físicos, y tuvieron que enfrentar los resultados de su egoísmo. No estaban viviendo bajo el señorío y liderazgo de Dios como Su nación escogida. Se les extendió gracia, pero Dios esperaba que la recibieran con fe y obediencia. También espera que la aceptación de Su gracia produzca en nosotros corazones bondadosos y confiados. Las personas creadas por gracia deben ser personas llenas de gracia, hermosas exhibiciones de la obra de Dios. Su gracia no solo nos salva, también nos enseña: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad...» (Tit 2.11, 12).

TERCER PECADO: ENVIDIA (106.16–18)

¹⁶**Tuvieron envidia de Moisés en el campamento,**

Y contra Aarón, el santo de Jehová.

¹⁷**Entonces se abrió la tierra y tragó a Datán, Y cubrió la compañía de Abiram.**

¹⁸**Y se encendió fuego en su junta; La llama quemó a los impíos.**

Versículo 16. La nación de Dios también fue agobiada por la envidia. En los versículos siguientes, la línea histórica de los salmos salta a las peregrinaciones por el desierto. **Tuvieron envidia de Moisés en el campamento, y contra Aarón, el**

santo de Jehová. Una conspiración encabezada por Coré, Datán y Abiram contra Moisés y Aarón trajo una crisis al gobierno de la nación de Dios. A Coré no se le menciona específicamente en este salmo; pero a juzgar por Números 16, fue un personaje clave en el episodio. Una vez más, se tenía que confrontar la pregunta: «¿Nos doblegaremos a la voluntad de Dios o no?». Coré y sus seguidores sostenían que, puesto que todo el pueblo de Dios era santo, a nadie se le debía conceder ningún privilegio especial. Los perturbadores miraron más allá de la elección soberana que Dios hizo de Moisés y Aarón como Sus líderes y, con insolencia y envidia, se propusieron reorganizar la infraestructura de la administración de la nación.

Versículo 17. Una vez más, Dios le mostró Su misericordia a Su nación purgándola de la enfermedad infecciosa que la estaba destruyendo. **Entonces se abrió la tierra y tragó a Datán, y cubrió la compañía de Abiram.** El juicio de Dios fue rápido, público y completo. Se mencionan en particular las ejecuciones de Datán y Abiram. Datán vio que la tierra se abría para tragarlo. Abiram y los que lo seguían, su congregación o «compañía» (הַחֵדָּה, 'edah), quedaron cubiertos (קָסָה, *kasah*) por el suelo.

Versículo 18. La llama del juicio ardió con fuerza hasta que el pecado fue purgado de la nación. **Y se encendió fuego en su junta** («compañía»). En concreto, la compañía de 250 hombres malvados fue destruida por el fuego (Nm 16.35). La llama «encendió fuego» (לָהֹט, *lahat*) a estos rebeldes. Coré, aunque no se le menciona aquí, tuvo que haber sido consumido por este fuego que descendió de lo alto.

Rechazar la estructura administrativa de Dios equivale a rechazar a Dios mismo. El juicio correctivo fue enviado en forma de una **llama** [que] **quemó a los impíos.** Dios desarraigó el mal y salvó a la nación del motín espiritual.

Dios había escogido personalmente a Moisés y Aarón como Sus líderes; pero Coré, Datán, Abiram y sus seguidores tuvieron una idea diferente, afirmando que todos debían ser reconocidos como sacerdotes. Su acusación contra Moisés y Aarón estaba impregnada de envidia: «¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?» (Nm 16.3). El pecado de ellos estalló en oposición al Señor, quien consagró Su desagrado por esta conducta reprensible para siempre en el testimonio de Su Palabra. Dios había elegido

a Moisés y Aarón; sin embargo, una parte de la congregación no lo hizo.

CUARTO PECADO: IDOLATRÍA (106.19–23)

¹⁹Hicieron becerro en Horeb,
Se postraron ante una imagen de fundición.
²⁰Así cambiaron su gloria
Por la imagen de un buey que come hierba.
²¹Olvidaron al Dios de su salvación,
Que había hecho grandezas en Egipto,
²²Maravillas en la tierra de Cam,
Cosas formidables sobre el Mar Rojo.
²³Y trató de destruirlos,
De no haberse interpuesto Moisés su escogido
delante de él,
A fin de apartar su indignación para que no
los destruyese.

Versículo 19. Se introduce otro pecado: Israel se volvió a la idolatría en Horeb. **Hicieron becerro en Horeb, se postraron ante una imagen de fundición.** ¡Solo podemos imaginar la irreverencia y desobediencia encarnadas en su reverencia ante esta imagen de oro! El «becerro» de oro fue incluso construido al pie del monte Sinaí, donde la congregación esperaba el regreso de Moisés con los Diez Mandamientos. A la sombra del monte que fue santificado por la presencia ardiente y atronadora de Dios, se corrompieron. (Vea Ex 32.1–14.)

Éxodo 32 revela que Aarón permitió que el pueblo construyera el becerro de oro (Ex 32.3, 4, 21), sin embargo, al nombre de Aarón no se le menciona en el salmo. Tal vez el lector deba verlo como implícito.

Después de construir esta imagen de Dios hecha por el hombre, Aarón proclamó el día siguiente como un día de adoración al Señor (Ex 32.5). La nación utilizó el «becerro» como su caracterización visual de Dios. Estaban quebrantando lujuriosa y sacrílegamente el segundo mandamiento. El pecado de ellos es descrito de cuatro maneras en las Escrituras: «Se [han] corrompido», se arruinaron o degradaron a sí mismos (Ex 32.7); «[han] cometido un gran pecado» (Ex 32.31); «[estaban] desenfrenados» (Ex 32.25); fueron idólatras, aunque afirmaban estar adorando a Dios mediante la representación del becerro (Ex 20.4, 5; 1° Co 10.7).

«Horeb», el nombre del lugar, es una designación típica para el monte Sinaí en Deuteronomio. Su ubicación probable es la parte superior central

del desierto del Sinaí.

Versículo 20. Reduciendo el pecado de Israel a una sola oración, el autor dice: **Así cambiaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba.** Hicieron lo que se les había mandado no hacer. El primero de los Diez Mandamientos fue quebrantado:

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen (Ex 20.4, 5).

Antes de que Moisés pudiera bajar del monte Sinaí con los mandamientos grabados en piedra, los israelitas que esperaban abajo estallaron en maldad. Para cuando Moisés llegó, el pueblo ya había quebrantado los dos primeros mandamientos.

«Cambiaron su gloria» —es decir, a Dios, que era la gloria de ellos— por la adoración de «un buey», un animal bruto «que come hierba». Redujeron la «gloria» de Dios a la estatua de un animal insensible que vive para comer y procrear. La gloria de Israel era el gran Dios que se les manifestó en el Sinaí, pero ellos habían profanado esa gloria al asociarla con una réplica de un becerro o toro de oro.

Versículo 21. El pecado de ellos, dice el salmo, se puede caracterizar por olvidar la identidad de Dios y lo que Él había hecho. **Olvidaron al Dios de su salvación, que había hecho grandezas en Egipto.** «Olvidaron» se clasifica como un pecado terrible porque remueve a Dios (אלהים, 'El) de Su trono. Si una nación no pregunta: «¿Quién es este a quien adoramos y por qué lo adoramos?», puede descender rápidamente a las profundidades del hedonismo. Dios los había salvado poderosa y milagrosamente, pero ellos se habían olvidado del «Dios de su salvación».

Versículo 22. Si hubieran pensado en su pasado con Dios, habrían recordado dos de las maravillas que Él había obrado recientemente en presencia de ellos: las maravillas prolongadas de las plagas en Egipto y la división del Mar Rojo. El autor se refiere a estos eventos como **maravillas en la tierra de Cam, cosas formidables sobre el Mar Rojo.** «Maravillas» es una sola palabra en hebreo, נִפְלְאוֹת (niph'la'oth), un participio plural Nifal. «Cam» representa figurativamente a Egipto. (Vea Sal 105.27.) «Cosas formidables» es también una sola palabra

en hebreo, נִוְרָאוֹת (*nora'oth*), otro participio plural Nifal. Estas frases dan una interpretación poética de la liberación milagrosa de los israelitas de la mano de los egipcios que los perseguían.

Versículo 23. Dios se sintió profundamente provocado por el sacrilegio de ellos. Expresó Su ira y el apaciguamiento de la misma en términos de compromisos de oración que esperaba de Sus líderes y de Su pueblo. **Y trató de destruirlos, de no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de él, a fin de apartar su indignación para que no los destruyese.** En otras palabras, Dios dijo: «He visto lo que han hecho. Es un pecado grande y horrible. Por lo tanto, pondré su destino en manos de la intercesión. Esperaré, y si alguien no intercede por ustedes, los destruiré». Sería impropio interpretar la acción intercesora de Moisés como mayor, más noble o más misericordiosa que la de Dios. Es la descripción que Dios hace de la profundidad de la tragedia, no una glorificación de Moisés ni de la oración.

El pueblo había llegado a uno de los niveles más bajos de rebelión. Tan profundo, de hecho, era su declive que Dios solo permitiría una intercesión para traerlos de regreso. Con toda rectitud, Moisés habló por ellos, invocando a Dios para que los salvara. En respuesta a lo que Moisés hizo, Dios dijo: «Moisés ha estado lo suficientemente preocupado y perturbado como para orar por ustedes. Por lo tanto, en respuesta a la oración de él, los redimiré». ¡Solo la intercesión de Moisés hizo posible que la nación fuera salva! Él se paró en «la brecha»¹ (פֶּרֶץ, *perets*), el lugar roto en la nación, y le pidió a Dios que encontrara una manera de salvarlos. Esta descripción que se hace del pecado de ellos muestra las alturas de la misericordia a las que llega Dios, así como las profundidades de la degradación a las que a veces puede llegar el pueblo de Dios.

QUINTO PECADO: INGRATITUD (106.24–27)

²⁴**Pero aborrecieron la tierra deseable;
No creyeron a su palabra,
²⁵Antes murmuraron en sus tiendas,
Y no oyeron la voz de Jehová.**

¹ N. del T.: La versión del autor, NASB, consigna el versículo 23 de la siguiente manera: «Por lo tanto, Él dijo que los destruiría, de no haberse interpuesto Moisés, Su escogido, en la brecha delante de Él, para apartar Su ira y no destruirlos...».

²⁶**Por tanto, alzó su mano contra ellos**

Para abatirlos en el desierto,

²⁷**Y humillar su pueblo entre las naciones,
Y esparcirlos por las tierras.**

Los versículos 24 al 27 describen el pecado de ingratitud manifestado en Cades por la falta de confianza de Israel en Dios. Cuando diez de los espías regresaron de Canaán y dieron a conocer su informe pesimista al pueblo, la nación respondió con incredulidad y decidió no atacar las naciones de Canaán y tomar la tierra. (Vea Nm 13; 14.)

Versículo 24. Su falta de fe en Dios tenía dos aspectos específicos: **pero aborrecieron la tierra deseable; no creyeron a su palabra.** La nación minimizó la importancia del regalo que Dios les estaba dando, la tierra de Canaán, decidiendo no tomarla. También revelaron falta de confianza en la capacidad de Dios para cumplir las promesas que les había hecho. «Aborrecer» la tierra de Palestina —«la tierra deseable» (חֶמְדָּה, *chemdah*), una tierra escogida que fluía leche y miel— quería decir que no estaban dándole el valor apropiado a lo que Dios había elegido para ellos. La palabra que se traduce como «aborrecieron» es מָאָס (*ma'as*), que quiere decir «dar patadas», «rebelarse contra» o «rechazar». No miraron con gratitud y aprecio la tierra que Dios les estaba dando. Se anunciaron unos a otros una conclusión sin fe: «Hemos decidido que no la queremos. No creemos que podamos tomarla».

Versículo 25. El pecado de incredulidad de ellos también afloró en forma de quejas. Los israelitas **murmuraron en sus tiendas**, en la tranquilidad de su vida familiar. Se quejaron con incredulidad **y no oyeron la voz de Jehová.** Ya no confiaban en las promesas, queriendo decir que dudaron de la integridad de Aquel que había hecho las promesas.

Versículo 26. Dios permitió que Israel sufriera las consecuencias de sus decisiones. **Por tanto, alzó su mano contra ellos para abatirlos en el desierto.** La frase «alzó su mano contra ellos» es literal. La imagen es la de una persona que levanta su mano hacia el cielo en el acto de jurar. El pecado de Israel fue tan grave que Dios levantó Su mano en un juramento solemne para declarar que no entrarían a la tierra «para abatirlos en el desierto». Morirían fuera de la tierra prometida. Una fe no confiada y una incredulidad flagrante los habían puesto bajo el juicio disciplinario de Dios. Los corazones mundanos e incrédulos no podían ser guiados a la Tierra Prometida.

Incluso en este caso, la gracia de Dios es evidente. No destruyó a toda la nación. Salvó para Su futura nación a los menores de veinte años, mientras que dictó juicio sobre los que habían sido parte de la incredulidad.

Versículo 27. Con la descripción de los efectos a largo plazo de la incredulidad, se hace mención de una rebelión posterior que causaría una dispersión del pueblo. **Y humillar su pueblo entre las naciones, y esparcirlos por las tierras.** En un tiempo mucho más posterior que el período del desierto, su idolatría y falta de seguimiento de la palabra de Dios haría que Israel fuera esparcido entre las naciones paganas mediante la disciplina de Dios. Como lo testifican 2º Reyes y 2º Crónicas, se produjo una dispersión de «su pueblo» mediante los exilios asirios y babilónicos, un hecho que podría haber sido el significado de esta breve descripción.

SEXTO PECADO: INMORALIDAD (106.28–31)

²⁸**Se unieron asimismo a Baal-peor,
Y comieron los sacrificios de los muertos.**
²⁹**Provocaron la ira de Dios con sus obras,
Y se desarrolló la mortandad entre ellos.**
³⁰**Entonces se levantó Finees e hizo juicio,
Y se detuvo la plaga;**
³¹**Y le fue contado por justicia
De generación en generación para siempre.**

Versículo 28. La inmoralidad, otro pecado que descolora la historia del pueblo de Dios, los acercó al exterminio una vez más. Los hechos son extraídos de Números 25. **Se unieron asimismo a Baal-peor, y comieron los sacrificios de los muertos.** «Baal-peor» era el ídolo de los moabitas adorados en Peor. Los israelitas «se unieron» (תָּסַמְדוּ, *tsamad*), o se adhirieron, a este ídolo que los intrigaba; entraron en una relación con él y comenzaron a inclinarse ante él. La expresión «comieron los sacrificios de los muertos» tiene que ser una caracterización figurativa de la adoración de los dioses «muertos» o sin vida a los que servían los moabitas. El pueblo de Dios participó en comidas de comunión con los moabitas en su adoración a sus dioses lujuriosos, inanimados e imaginarios.

Versículo 29. Debido al gran pecado de ellos, Dios trajo sobre ellos Su mano de juicio. **Provocaron la ira de Dios con sus obras, y se desarrolló la mortandad entre ellos.** Dejando a un lado su

devoción al Dios verdadero, impulsados por la lujuria y la sensualidad, Israel acogió la religión de una nación pagana precipitada e insensatamente. Dios, celoso de la justicia de Su pueblo, derramó Su ira divina sobre ellos en forma de una plaga mortal. Antes de ser detenida, la plaga había devorado a 24.000 israelitas en dos días (Nm 25.9; vea 1ª Co 10.8).

Versículo 30. En ese momento de la historia de Israel, la acción intercesora salvó a la nación. **Entonces se levantó Finees e hizo juicio, y se detuvo la plaga.** Dios había decidido aniquilar a toda la nación a menos que alguien de la congregación se levantara y aplicara una disciplina correctiva responsable entre ellos. Finees, el nieto de Aarón (Nm 25.11), «hizo juicio» o intervino. La palabra es פָּלַל (*palal*), una palabra que quiere decir «interceder», «estar entre» o «entrar en la brecha». Con dar muerte a un israelita rebelde que hacía alarde de su fornicación delante de la congregación, Finees interrumpió la plaga judicial que se estaba extendiendo por el campamento, pero no antes de que 24.000 personas hubieran muerto a causa de ella. Dios dijo: «Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel, llevado de celo entre ellos; por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel» (Nm 25.11).

Versículo 31. Debido a su rápido y decisivo acto de juicio, Dios extendió Su gracia a Finees. **Y le fue contado por justicia de generación en generación para siempre.** Al igual que Abraham (Ro 4.9; Gn 15.6), Finees dio una respuesta apropiada a Dios. Su acción contra el pecado que surgió en el campamento israelita fue aceptada por el Señor; a cambio, «le fue contado [חָשַׁב, *chashab*] por justicia». Se le designó una posición sacerdotal a él y sus descendientes. Había honrado a Dios, y Dios lo honró a él. Dándole un sentido de gran recompensa, Dios dijo: «He aquí yo establezco mi pacto de paz con él; y tendrá él, y su descendencia después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo, por cuanto tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel» (Nm 25.12, 13).

SÉPTIMO PECADO: DESCONFIANZA (106.32, 33)

³²**También le irritaron en las aguas de Meriba;
Y le fue mal a Moisés por causa de ellos,**
³³**Porque hicieron rebelar a su espíritu,
Y habló precipitadamente con sus labios.**

El pecado de desconfianza, que aparece a continuación en el cántico, fue cometido en Meriba. Números 20.2–13 proporciona los detalles del episodio de murmuración contra Dios impulsado por la sed. Obviamente, el autor de este salmo no se preocupa por presentar su lista de los pecados de Israel en orden cronológico.

Versículo 32. La agitación del pueblo le impuso tal dificultad a Moisés que éste habló precipitadamente y pecó contra Dios. **También le irritaron en las aguas de Meriba; y le fue mal a Moisés por causa de ellos.** El TM dice «Provocaron a ira»; la Reina-Valera ha añadido «le», muy posiblemente en referencia a Dios.

Puesto que «le» no está en el TM, surge la pregunta: «¿Quién fue irritado? ¿Dios o Moisés?». Puesto que se ha hecho referencia a Dios en el contexto inmediato con el uso de la segunda persona del singular y los pronombres «su», y «de Dios» en los versículos 23, 24, 26, 27 y 29, se puede suponer que Él es al que se considera en el versículo 32. Sin embargo, como el pueblo es el sujeto de «irritaron», sin duda tanto Dios como Moisés fueron impactados por la provocación a la ira, y Moisés fue impulsado a actuar deshonrosamente ante Dios y el pueblo. Aunque había soportado mucho fielmente cuando el pueblo «contendió con» él (Nm 20.3), en esta ocasión cedió a palabras y conducta impropias e irreverentes.

Versículo 33. Moisés, bajo la presión de este difícil momento, fracasó en su representación de Dios. **Porque hicieron rebelar a su espíritu, y habló precipitadamente con sus labios.** Otras traducciones han escrito con mayúscula la palabra «Espíritu», indicando que los traductores supusieron que se referían al Espíritu de Dios. Dado que el tema en cuestión es lo hecho por Moisés, parece que la palabra «Espíritu» se refiere al espíritu de Moisés y no es necesario escribirla con mayúscula.

Los mordaces labios de los israelitas, que expresaban descontento e incredulidad, hicieron que Moisés perdiera el control de su espíritu; y, en su arrebato, Moisés menospreció a Dios. Golpeó la roca dos veces en lugar de hablarle; y mientras lo hacía, reprendió a la congregación, desacreditando públicamente a Dios dando la impresión de que él y Aarón estaban logrando el milagro. Después de reunir a la asamblea delante de la roca, Moisés dijo: «¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?» (Nm 20.10), expresando una reprimenda que este salmo caracteriza como hablar «precipitadamente».

Si bien no sabemos qué sucedió con exactitud, está claro que Moisés permitió que la congregación murmuradora lo provocara a pecar, y Dios lo hizo responsable de sus palabras y conducta. Esta temeridad pública le costó a Moisés el privilegio de conducir a la nación a Canaán. En tono de juicio sombrío, Números 20.12 relata: «Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado». Su pecado tuvo una consecuencia severa, pero no se debe pensar que se le prohibió la entrada al cielo (Mt 17.4).

OCTAVO PECADO: DESOBEDIENCIA (106.34–39)

³⁴**No destruyeron a los pueblos
Que Jehová les dijo;**

³⁵**Antes se mezclaron con las naciones,
Y aprendieron sus obras,**

³⁶**Y sirvieron a sus ídolos,
Los cuales fueron causa de su ruina.**

³⁷**Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios,**

³⁸**Y derramaron la sangre inocente, la sangre
de sus hijos y de sus hijas,**

Que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán,

Y la tierra fue contaminada con sangre.

³⁹**Se contaminaron así con sus obras,
Y se prostituyeron con sus hechos.**

Versículo 34. El pecado general de desobediencia al mandamiento del Señor sobre la posesión de Canaán concluye la lista de pecados examinados. Dios había dado instrucciones específicas para expulsar o destruir a los cananeos, pero Israel fue desobediente a Su palabra. En muchos casos, optaron por vivir en coexistencia pacífica con los habitantes de la tierra.

No destruyeron a los pueblos que Jehová les dijo. Este desprecio por la voluntad de Dios es destacado especialmente en el libro de los Jueces (Jue 1–3). Por ejemplo, en la última parte de Jueces 1, se menciona que Manasés, Efraín, Zabulón, Aser, Neftalí y Dan no expulsaron a los habitantes de las zonas que habían de poseer. Estos errores estratégicos que cometieron las tribus con respecto a los cananeos que permanecieron en la tierra trajeron las consecuencias posteriores de la idolatría y la opresión sobre Israel.

Versículo 35. Una vez que comenzaron a desobedecer Su mandamiento, el fracaso descendió rápidamente sobre los israelitas. El deterioro espiritual entró en sus filas a medida que **se mezclaron con las naciones, y aprendieron sus obras.** Se «mezclaron» o se casaron con naciones paganas. Esta mezcla los llevó a adoptar y adorar los dioses cananeos. (Vea Jue 3.1–7.)

Versículo 36. Cuando se ignora la voluntad de Dios, invariablemente surgen resultados trágicos como consecuencia de esta desobediencia. Los israelitas **sirvieron a sus ídolos**, y estos dioses falsos **fueron causa de su ruina.** La idolatría constituía adulterio espiritual a los ojos de Yahvé. La nación de Israel había comenzado como un pueblo mono-teísta, dirigido por Dios. No sólo habían acampado alrededor del tabernáculo para tener fácil acceso a su lugar de adoración, sino que la columna de nube y la columna de fuego los habían guiado milagrosamente (Ex 13.20–22). Al llegar a Canaán, el pueblo mostró características de resistencia a la voluntad de Dios y se dejó alejar del único Dios verdadero. Israel se volvió politeísta y cambió la verdad por el error y la victoria por el fracaso. Los dioses falsos a los que recurrieron les fallaron, en la auténtica forma de lo que hace el mal. El pueblo fue herido y encarcelado con despiadadas cadenas.

Versículo 37. La espiral descendente del pecado de Israel llegó a un maltrato indescriptible de los demás, incluidos sus propios hijos. **Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios.** Se adoptaron prácticas abominables, incluso el sacrificio de niños, que el Antiguo Testamento consideraba una transgresión atroz de la ley escrita de Dios. (Vea Lv 18.21; Dt 12.29–31; 18.9, 10.) Los dioses paganos que exigían sacrificios humanos son descritos como motivados e infestados por «demonios». La idea tiene que ser que, si bien el ídolo en sí era una imagen sin vida, los «demonios» lo usaban con propósitos malévolos de degradación.

Versículo 38. Liderados por religiones paganas, Israel **[derramó] la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán.** ¿Cómo pudo Israel, la nación escogida de Dios, descender a tales profundidades de inhumanidad y desobediencia? La respuesta es sin duda evidente cuando se comprende que las personas se vuelven como los dioses que adoran. La nación se había apartado del Dios santo para volverse a los ídolos de Canaán dominados por el pecado, llenos de lujuria y poseídos por demonios. Mientras los adoraban, se

derramó «la sangre inocente [...] de sus hijos y de sus hijas». Tal como la sangre del justo Abel clamó desde la tierra (Gn 4.10), así **la tierra [de Canaán] fue contaminada con sangre** de estos sacrificios. La culpa de la maldad del pueblo profanó su tierra, convirtiendo este don de la gracia de Dios en un lugar maldito, un lugar rechazado por el Dios que se lo había dado.

Versículo 39. ¿Qué evaluación se puede dar? ¿Qué resumen se puede ofrecer? **Se contaminaron así con sus obras, y se prostituyeron con sus hechos.** El pueblo, manchado por sus hechos abominables, se «contaminó», no apto para presentarse ante Dios. «Sus obras» o «hechos» expresaban el adulterio espiritual de sus corazones. Se habían convertido en prostitutas espirituales («se prostituyeron»), vendiendo su justicia como en exhibidores de pecado a sus vecinos paganos. Su tierra, una rica dote de parte de Yahvé, se convirtió en un lugar abusado, una herencia queapestaba a los actos e intenciones putrefactos que habían sido muertos y mutilados por la idolatría.

UN FUROR ENCENDIDO (106.40–43)

⁴⁰**Se encendió, por tanto, el furor de Jehová sobre su pueblo,**

Y abominó su heredad;

⁴¹**Los entregó en poder de las naciones, Y se enseñorearon de ellos los que les aborrecían.**

⁴²**Sus enemigos los oprimieron, Y fueron quebrantados debajo de su mano.**

⁴³**Muchas veces los libró; Mas ellos se rebelaron contra su consejo, Y fueron humillados por su maldad.**

Versículo 40. Haciéndosele recordar el aborrecimiento de Dios por el pecado, el lector no debería sorprenderse al saber que Su juicio estaba llegando a la tierra. **Se encendió, por tanto, el furor de Jehová sobre su pueblo, y abominó su heredad.** El «furor» de Dios se levantó contra Su posesión escogida, «sobre su pueblo» y «su heredad». Israel, como nación, cayó bajo la sentencia de juicio de disciplina de Dios; e incluso la tierra, a medida que Dios retiró Su favor de ella, experimentó sequía, guerra y privaciones.

Versículo 41. El pecado no solo mancha, también domina y esclaviza. Ante la impenitencia de Israel, Dios, juiciosamente, **los entregó en poder de las naciones.** Permitió que Su nación siguiera

la dirección que habían elegido, permitiéndoles sufrir las consecuencias a largo plazo de su rebelión. Desde un punto de vista, Dios lo causó; desde otro, Israel lo causó. Su idolatría desenfrenada los llevó a la servidumbre y la humillación. Otras «naciones» vinieron a gobernarlos, introduciendo severas opresiones. (Para ejemplos de esto, vea Jue 4.1, 2; 6.1, 2; 13.1.) **Y se enseñorearon de ellos los que les aborrecían.** Los pueblos en cuyas manos fueron entregados no les mostraron misericordia y los trataron con mano cruel y tiránica. Los despreciaron, «les aborrecían», les exigieron tributo y «se enseñorearon de ellos».

Versículo 42. Las etapas de la miseria incluyeron la opresión, la esclavitud y la dominación total. **Sus enemigos los oprimieron, y fueron quebrantados debajo de su mano.** El pecado nunca dice: «Ya los he acosado lo suficiente; ahora los dejaré solos». Continúa drenando cualquier energía y vida restante hasta que solo quedan depresión y decadencia. El espíritu desobediente del pueblo continuó hasta que Dios los liberó para sufrir la dureza del cautiverio babilónico. Jerusalén cayó, el pueblo fue disperso y vivió en el confinamiento del cautiverio durante setenta años (Jer 25.11).

Versículo 43. Durante este tiempo de disciplina, por humillante que fuera, la gracia de Dios nunca estuvo lejos de ellos. Con el arrepentimiento vino la misericordia. De hecho, **muchas veces los libró.** Sin embargo, cuando se recuperaron de sus tragedias, a menudo mostraron una incapacidad (o falta de voluntad) para aprender de sus errores. El autor dice: **Mas ellos se rebelaron contra su consejo.** Aunque necesitaban guía de manera desesperada, se negaron a recibir la verdad que Dios les dio. Lo desafiaron, haciendo oídos sordos a Sus reprensiones y visitaciones, rechazando Sus invitaciones redentoras. Se encaminaron hacia la destrucción como un pueblo arrogante. **Y, dice el salmo, fueron humillados por su maldad.** No estaban mejorando; más bien, en su continuo rechazo de los propósitos de Dios, se deslizaron más completamente hacia la «maldad».

ESCUCHA SU CLAMOR (106.44–46)

⁴⁴**Con todo, él miraba cuando estaban en angustia,**

Y oía su clamor;

⁴⁵**Y se acordaba de su pacto con ellos,**

Y se arrepentía conforme a la muchedumbre de sus misericordias.

⁴⁶**Hizo asimismo que tuviesen de ellos misericordia todos los que los tenían cautivos.**

Versículo 44. Cuando los estragos del pecado le pasaron factura a Israel, el pueblo, agobiado y quebrantado, clamó pidiendo misericordia. **Con todo, él miraba cuando estaban en angustia, y oía su clamor.** Dios respondió a la súplica del pueblo revirtiendo el castigo de ellos y enviándoles liberación. La frase «con todo» enfatiza la persistencia del amor de Dios: Su negativa a darse por vencido con Israel, la profundidad de Su misericordia y Su deseo de sanar a Su pueblo. La «angustia» de ellos los había impulsado a suplicar a Dios. Él los «oía», «se acordaba de su pacto» con ellos y les concedió la gracia que requería la condición de ellos.

Versículo 45. La respuesta de Dios surgió de dos de Sus grandes atributos: Su misericordia —«la muchedumbre de sus misericordias»— y Su fidelidad con respecto a la promesa que les había hecho en «su pacto». **Y se acordaba de su pacto con ellos, y se arrepentía conforme a la muchedumbre de sus misericordias.** En esta terrible circunstancia, Dios, el gran Dios de amor y fidelidad, «se acordaba» y «se arrepentía». Por Su preocupación por ellos, actuando por amor a «ellos» y comprometido con su bienestar, honró lo que había dicho que haría en Sus acuerdos anteriores con ellos. La herida era, sin duda, tan profunda que se necesitó la abundancia de «sus misericordias» para sanarla.

Versículo 46. Tratar con Israel significaba no solo perdonarlos, sino también redimirlos completamente. La salvación siempre tiene dos componentes: la culpa que el pecado ha creado tiene que ser eliminada, y el quebrantamiento que el pecado ha traído tiene que ser reparado. **Hizo asimismo que tuviesen de ellos misericordia todos los que los tenían cautivos.** En este proceso de recuperación, uno de los más grandes de toda la historia, Dios causó que «todos los que [...] tenían cautivo» a Israel tuvieran «misericordia» de ellos. Estos gobernantes no podían evitar estar impresionados por la bondad del Dios de Israel. Su gracia es preventiva, redentora y sanadora. Destruye el pecado antes de que comience, borra las manchas que el pecado desarrollado puede causar y repara los lugares dañados que deja el pecado.

«SÁLVANOS» (106.47, 48)

⁴⁷**Sálvanos, Jehová Dios nuestro,**

**Y recógenos de entre las naciones,
Para que alabemos tu santo nombre,
Para que nos gloriemos en tus alabanzas.**
**⁴⁸Bendito Jehová Dios de Israel,
Desde la eternidad y hasta la eternidad;
Y diga todo el pueblo, Amén.
Aleluya.**

La presente y extensa confesión de los pecados de Israel se reduce a una apelación final a la gracia y la misericordia del Señor, que culmina con una doxología. Esta parte del cántico también aparece completa (excepto el «aleluya» al final) en 1º Crónicas 16.35, 36.

Versículo 47. Sálvanos, Jehová Dios nuestro. «Salvación» en los salmos puede referirse a casi cualquier tipo de liberación. En esta breve petición final, se refiere a una reunión del pueblo de Dios que ha sido esparcido. **Y recógenos de entre las naciones.** Esta súplica podría implicar que el salmo fue escrito o aplicado a Israel bastante tarde, tal vez después del cautiverio babilónico. Si este es el caso, los versículos 47 y 48 fueron adaptados de los cánticos anteriores utilizados en la celebración del traslado del arca a Jerusalén. La reunión «de entre las naciones» podría ser una frase poética que expresa el deseo de regresar del exilio a Jerusalén y reconstruir la ciudad y el templo. **Para que alabemos tu santo nombre, para que nos gloriemos en tus alabanzas.** En un nivel espiritual elevado, una reunión de este tipo permitiría una acción de gracias colectiva a Su «santo nombre». El autor ora para que Israel pueda regresar a casa para que la nación pueda alabar nuevamente a Dios como Su congregación. Está interesado en mucho más que una identidad nacionalista restablecida. Su deseo es que el pueblo de Dios, como un cuerpo, como una nación santa, ensalce el nombre de Dios, contemple y refleje Su gloria mediante sus vidas, adoración y celebración de Sus obras. Imagina una nación que alaba a Dios con un solo corazón en Su lugar designado, encontrando gozo y propósito en ser nuevamente Su nación.

La integridad de la presente oración presupone que la gracia y la misericordia del Señor pueden caer sobre un pueblo pecador cuando regresa a Él en arrepentimiento. La petición exuda la confianza de que Dios responderá a tal súplica con una gracia suficiente, salvadora y vencedora. El autor cree que Dios siempre responderá las oraciones penitentes de Su pueblo. Él los traerá, mediante Su obra redentora, a una asamblea que lo alabe;

y, al hacerlo, les dará el propósito santo de vivir para Su gloria una vez más.

Versículo 48. Este último versículo forma una doxología no sólo para este salmo, sino también para el Libro IV (90—106) en su totalidad. Los cinco libros terminan con estas expresiones de alabanza, o doxologías. La presente doxología es una parte natural de este salmo y parece ser una parte original del salmo. El editor o editores que reunieron la edición final de Salmos podrían haber agregado las doxologías a los otros cuatro salmos para proporcionar palabras de alabanza que pudieran actuar como un cierre similar para cada libro.

La mejor manera de anticipar la alabanza a Dios mañana es aprender a alabarlo fielmente hoy. **Bendito Jehová Dios de Israel, desde la eternidad y hasta la eternidad.** «Bendito» es una atribución, una aclamación acerca de Dios. Podría interpretarse como: «¡Que su nombre sea levantado en las alas de nuestra exaltación, proclamación y adoración!». Él es el Dios que ha elegido a Israel como Su pueblo, y siempre será conocido como el «Dios de Israel». A la luz de Su carácter intrínseco, Su ser infinito, es digno de alabanza por siempre, «desde la eternidad y hasta la eternidad», es decir, sin cesar.

Y diga todo el pueblo, Amén. Esta oración está redactada de manera tan apropiada, es tan oportuna, que se puede instar a «toda» la congregación a unirse para decir: «Amén». La interjección «Amén» es una palabra reafirmante, un eco final que marca lo que se ha dicho como las mismas palabras que tienen que expresarse. Se invita a todo corazón fiel a ser parte de esta oración en el deseo, en el aprecio y en la expresión vocal.

Con un imperativo de alabanza, llegan a su conclusión el salmo y el Libro IV: **Aleluya.** Con el significado de «Alabado sea el Señor», «aleluya» es una transliteración de las dos palabras hebreas que se unen en una relación constructiva para formar una palabra compuesta: הללו־יה (hal'lu-Yah), es decir, «Alabado seas Jah». El «aleluya» en el primer versículo tiene «Yah» dentro de la palabra הללו־יה (hal'luyah); no está conectado con «te alabo» de una manera constructiva. Las dos palabras compuestas tienen el mismo significado, aunque las palabras están formadas de manera diferente.

Quien internalice este salmo no dudará en cumplir con su invitación final. El conocimiento de Dios sobrecarga el corazón para cantar, dándole la energía y la inclinación para exaltar Su nombre.

APLICACIÓN

Sobre ser y hacerlo mejor

Israel pecó de manera extrema. Ocho pecados diferentes se presentan ante el lector del presente canto. Se emite un juicio claro sobre ellos. La nación de Israel provocó la ira de Dios con su desobediencia.

El pueblo de Dios nunca logra hacer Su voluntad. Sucedió en Egipto, en el desierto, en Canaán y en Babilonia. Los primeros cristianos lucharon con el pecado, ¡y nosotros también! Hemos caído en nuestro cuestionamiento de Dios en nuestras propias Meribás. En tiempos de apostasía, hemos adoptado nuevos Baales para nuestra adoración y a menudo no hemos logrado seguir las estrategias de Dios para reclamar nuestras herencias espirituales. Tal vez no hemos pecado de todas las maneras en que lo hizo el antiguo Israel, pero cualquier evaluación que hagamos de nosotros tendría que etiquetarnos como hijos desobedientes a veces y murmuradores en otras ocasiones. En momentos de honestidad, sabemos que tenemos que decir con Juan: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1ª Jn 1.8).

Dios espera que hagamos las cosas mejor que los antiguos israelitas: «Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron» (1ª Co 10.6).

Los cristianos hoy tienen más luz que Israel: como hijos de Dios, tenemos el ministerio terrenal de Jesús brillando sobre nosotros y los ejemplos de la iglesia primitiva guiándonos. Si tratamos a nuestro Dios misericordioso como lo hizo Israel, ¡es seguro que somos más desobedientes que ellos!

¿No deberíamos ser más penitentes que ellos? Sí, pecaremos, pero tenemos que estar impulsados por una determinación apasionada de ser santos como Dios es santo. La manera en que Dios recibe a Sus hijos penitentes se ha dado a conocer. Nadie debe dudar en volver a Él después de experimentar un fracaso. (Vea 1ª Jn 2.1, 2.) El relato del hijo pródigo supone que Dios habría perdonado incluso a Judas, si este hubiera regresado a Él. (Vea Lc 15.11–24.) Sobre nuestras vidas se eleva el sacrificio de Jesús en la cruz, que revela que Dios ha provisto para nuestro perdón y restauración

cuando pecamos.

¿No deberíamos ser más persistentes que ellos en buscar la comunión con Dios? La vida más elevada es la vida de caminar con Dios. Israel salió de Egipto para ir a Canaán, la tierra de leche y miel; nosotros dejamos la vida de esclavitud al pecado para encontrar la vida suprema, la vida buena con Dios. Las Escrituras son claras en cuanto a lo que es la vida cristiana y cuál es su punto más alto: es al Dador, no al don, a quien se debe buscar.

¿No deberíamos estar más enfocados que ellos? Rápidamente dejaron que la verdad de quién es Dios se les escapara de la mente. Después de presenciar el espectacular cruce del Mar Rojo, dejaron que sus mentes se dirigieran a preocupaciones físicas, como su ansia de agua. Vieron a Dios como el siervo de ellos en lugar de su sustento espiritual. Nada debería disuadirnos de la disciplina espiritual, los propósitos santos y la fuerza divina que Dios nos desafía a ejercer.

¿No deberíamos ser más conocedores que ellos? Mediante Su divina providencia, Dios ha puesto en nuestras manos Su revelación completa. Este registro divino revela lo que Dios ha hecho en el pasado y lo que Él requiere de aquellos que viven por medio de Él en la era cristiana. Explica lo que Dios hace por aquellos que caminan con Él. Es misericordioso y lleno de piedad. Su oído está abierto a nuestros clamores de penitencia; Su mano está lista para ayudar a aquellos que confían en Él de manera obediente. Nuestro Dios eterno, que es desde la eternidad hasta la eternidad, extiende gracia para cubrir todo pecado y fuerza para conquistar cada colina.

Nos ha delineado la manera en que los cristianos deben vivir, poniendo en nuestras manos el libro de orientación más claro y preciso. Nada debe impedirnos leerlo, digerirlo y seguirlo.

Las palabras de Pablo nos desafían a avanzar hacia un alto nivel de vida y servicio cristiano. Instó a los corintios a aprender de los antiguos israelitas los trágicos resultados de la rebelión contra Dios. Mediante el ejemplo de Israel, nos hizo el mismo llamado a nosotros: «Tienen que hacer cosas mejores y ser mejores». Este esfuerzo por hacer mejor las cosas tiene que ser evidente en la penitencia, en la búsqueda de Su comunión, en estar enfocados en una vida justa y en obtener conocimiento de Su voluntad.

Libro 5

Salmos 107—150

De los cinco libros que componen el libro de Salmos, el Libro V es el más extenso. Es el más completo en cuanto a contenido y el más extenso en cuanto a número de salmos, con un total de 701 versículos y cuarenta y cuatro salmos, uno de los cuales, el Salmo 119, es el capítulo más largo de la Biblia.

Cada uno de los cinco libros termina con una expresiva doxología; sin embargo, el Libro V, en una extensa muestra de alabanza a Dios, hace que el último salmo, Salmos 150, sea la doxología final. Sin duda, esta disposición fue elegida para que los pensamientos finales de los salmos se trasladaran de manera climática y dramática al final del libro: un gran final de alabanza a Dios.

Marcado por agrupaciones especiales, el Libro V brilla con himnos de alabanza memorables. Tal vez se citen, canten y memoricen más salmos de este libro que de cualquiera de los demás libros.

A juzgar por los encabezados y el contenido, el libro parece tener dos colecciones de salmos de David: el primero enumera solo tres salmos (108—110), mientras que el segundo contiene ocho (138—145).

El Libro V contiene el grupo comúnmente llamado (en la tradición judía) «El Hallel egipcio», Salmos 113—118, que, con el tiempo, se convirtieron en los cánticos que se cantaban en la Pascua. De especial interés es la observación de que el «himno» cantado en la Última Cena (Mt 26.30; Mr 14.26) probablemente haya sido parte de este grupo del Hallel.

Este libro también es recordado por su colección conocida como los quince Cánticos de las Ascensiones (120—134). El nombre de David aparece en el encabezado de cuatro de estos salmos (122; 124; 131; 133), y el nombre de Salomón aparece en uno (127).

Otra agrupación de esta sección final de Salmos es una colección de los Salmos de Aleluya, un grupo de salmos que literalmente cierra el Salterio. La colección está compuesta por los cinco salmos «Hallel» o de «alabanza», 146—150, cada uno de los cuales comienza y termina con «aleluya». El último es la gran doxología final.

De suma importancia, esta parte del Salterio extiende una gran invitación al lector a participar en la adoración a Dios. Estos salmos consisten en cánticos y oraciones que fueron diseñados para ser cantados en las diversas asambleas de adoración. El libro de Salmos se mueve de manera constante y progresiva desde los lamentos, los clamores de ayuda, hasta la alabanza a Dios. Un salmo tras otro lleva al lector, poco a poco, a la actitud de agradecimiento y adoración. Es transportado desde las circunstancias físicas que a veces dominan y ponen a prueba el alma al plano elevado de la presencia y majestad de Dios.

Dispersos a lo largo del Libro V hay cánticos y oraciones que parecen ser de un origen bastante tardío. Algunos de estos salmos podrían haber sido cantados cuando se terminó el segundo templo. Puede que Esdras haya sido el editor final (o uno de ellos). Su familiaridad con la reconstrucción del templo le proporcionó la oportunidad de escribir, recopilar y organizar salmos para las ocasiones felices en las que participó.

Aparentemente, todos los salmos del Libro V fueron incluidos y organizados para inspirar al lector o cantor a acercarse al final del libro de Salmos cantando o pensando en espíritu y verdad las primeras palabras del Salmo 150: «Aleluya», esto es «¡Alabado sea el Señor!».

El Dios que nos libera

El sobrescrito: Ninguno.

Este salmo único, con componentes históricos y de alabanza, acompaña Salmos 105 y 106. Estos tres salmos forman una trilogía de himnos de acción de gracias y podrían haber sido escritos como expresiones de adoración por la libertad de Israel después del exilio. La evidencia principal para considerar estos cánticos como una tripleta es el versículo 3, que muestra a los adoradores viniendo de todas las direcciones, regresando a Jerusalén del cautiverio. Se encuentran «expresiones de conexión» similares en 105.13 y 106.47.

El autor canta sobre cómo Dios liberó a Su pueblo de circunstancias extremas. Respondió sus oraciones rescatándolos. El corazón del salmo se compone de cuatro tipos de dificultades que sufrieron aquellos que estaban dispersos entre las naciones (vv. 4–32). Estas pruebas se utilizan como ilustraciones representativas; simbolizan los numerosos problemas de los cuales Dios redimió a Su pueblo a lo largo de esos años de privaciones.

Estas adversidades son sacadas a la luz para revelar la salvación de Dios. Cada estrofa sigue el mismo patrón poético: al comienzo se destaca un problema específico (vv. 4, 5, 10–12, 17, 18, 23–27). En segundo lugar, se describe un momento de súplica, cuyas palabras se utilizan como estribillo (vv. 6, 13, 19, 28). En tercer lugar, se desarrolla una descripción de cómo Dios trajo la liberación (vv. 7, 14, 20, 29, 30). En cuarto lugar, se da una exhortación a dar gracias, que aparece como otro estribillo (vv. 8, 15, 21, 31). Una invitación final a alabar a Dios completa el patrón (vv. 9, 16, 22, 32).

El uso repetido de una expresión clave —«Y sus maravillas para con los hijos de los hombres»— indica que el autor pretende que su lista de libe-

raciones sea representativa de los innumerables actos de Dios en favor de Su pueblo. Explica en alabanza exuberante que Dios ha liberado a Su pueblo, a lo largo del tiempo, de todo tipo de situaciones amenazantes.

La parte final del salmo, los versículos 33 al 43, alaba a Dios por satisfacer las necesidades de Su pueblo. En este sentido, la imagen predominante de Salmos 107 es Dios como el gran Libertador de Israel.

ALABADO SEAS, OH, JEHOVÁ (107.1–3)

¹Alabad a Jehová, porque él es bueno;
Porque para siempre es su misericordia.

²Díganlo los redimidos de Jehová,
Los que ha redimido del poder del enemigo,
³Y los ha congregado de las tierras,
Del oriente y del occidente,
Del norte y del sur.

Versículo 1. Con palabras idénticas a las de Salmos 106.1 y 136.1, el salmista insta inicialmente a sus lectores o cantores a «alabar a Jehová» porque Su bondad es «para siempre». **Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia.** El gran pacto de amor y fidelidad de Dios son descritos mediante la palabra «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*), una palabra que puede traducirse como «amor» o «misericordia». Dios es el Dios de un pacto de amor infalible para aquellos que lo aman y caminan en Su voluntad. Su carácter de fidelidad es constante y uniforme, independientemente de las circunstancias.

Jeremías predijo que al final del exilio Israel cantarían en Jerusalén, diciendo: «Alabad a Jehová de los ejércitos, porque Jehová es bueno, porque

para siempre es su misericordia» (Jer 33.11). Por fin, esa promesa se está cumpliendo. La bondad o «misericordia» de Dios es el pensamiento que recorre todo este salmo, y aparece en los versículos 8, 15, 21, 31 y 43.

Los versículos iniciales comprenden un llamado a quienes han regresado de los rigores del exilio para que se unan y alaben a Dios. Se les pide que adoren y den gracias a Aquel que ha sido su Redentor, el Capitán de su salvación.

Versículo 2. Se insta a «los redimidos» a hablar (o cantar) de su redención. **Díganlo los redimidos de Jehová.** Dios es el pariente Redentor (גֹּאֵל, *ga'al*), Aquel que rescató o se apropió de Su nación. «Redención» en el Antiguo Testamento es una idea amplia que puede referirse a la salvación tanto de peligros físicos como espirituales. **Los que ha redimido del poder del enemigo.** El rescate que es motivo de regocijo en este versículo consiste en la liberación «del poder del enemigo». Algún «enemigo» (צָר, *tsar*), singular en número pero quizás plural en significado, ha afligido a Israel; pero Dios se ha ocupado del enemigo y le ha dado a Su pueblo una gran salvación.

Versículo 3. Este rescate del pueblo de Dios tiene que ser la liberación del cautiverio iniciada por Ciro, el gran rey persa. (Vea 2º Cr 36.22, 23; Esd 1.1–4.) Han sido **[congregados] de las tierras, del oriente y del occidente, del norte y del sur.** Estos adoradores han llegado a Jerusalén desde «las tierras» a las que fueron llevados por sus conquistadores. Han venido «del oriente y del occidente, del norte y del sur». Esta amplia frase que señala los cuatro puntos cardinales desde Jerusalén podría ser sólo una forma poética de referirse a lugares lejanos. Ahora, después de su regreso, se les invita a compartir con otros el relato de cómo Dios los ha liberado. Tienen un mensaje que relatar, y es sumamente esencial (para ellos y para otros) que hablen de él.

ERRANTES POR EL DESIERTO (107.4–9)

⁴**Anduvieron perdidos por el desierto, por la soledad sin camino,**

Sin hallar ciudad en donde vivir.

⁵**Hambrientos y sedientos,**
Su alma desfallecía en ellos.

⁶**Entonces clamaron a Jehová en su angustia,**
Y los libró de sus aflicciones.

⁷**Los dirigió por camino derecho,**
Para que viniesen a ciudad habitable.

⁸**Alaben la misericordia de Jehová,**
Y sus maravillas para con los hijos de los hombres.

⁹**Porque sacia al alma menesterosa,**
Y llena de bien al alma hambrienta.

Versículos 4, 5. La primera prueba importante que se nombra se relaciona con las condiciones del desierto por las que habían pasado. Su estilo de vida, al menos en ocasiones, se parecía a un peregrinar nómada por lugares áridos. **Anduvieron perdidos por el desierto, por la soledad sin camino, sin hallar ciudad en donde vivir.** La experiencia de Israel no sólo carecía de raíces y estabilidad, también iba acompañada de hambre y sed. Cientos de kilómetros de tierra desértica aparentemente interminable separaban Palestina de Asiria y Babilonia. Es posible que estas descripciones estén refiriéndose a los israelitas cuando huyeron de los ejércitos invasores de Nabucodonosor, se extraviaron en el desierto y casi perecieron en las duras circunstancias que los afligieron. Sin embargo, es más probable que describan los rigores de los viajes que experimentaron los cautivos cuando fueron llevados desde su tierra natal a los lugares designados para el cautiverio en Asiria y Babilonia. Estos viajes eran severos y amenazadores.

Como extranjeros, peregrinos y errantes terrenales, el sufrimiento extremo se convirtió en su suerte. **Hambrientos y sedientos, su alma desfallecía en ellos.** Sin lograr encontrar «ciudad en donde vivir», donde pudieran encontrar sustento y comenzar a llevar una vida normal, tuvieron que soportar la amargura de la privación. A menudo estaban «hambrientos y sedientos», incluso al punto de que «su alma desfallecía» (אָטָפּ, *'atap*). La palabra podría traducirse como «se debilitaban», «vacilaban» o «desmayaban». En otras palabras, sus espíritus internos cedieron a las pruebas deprimentes a las que fueron sometidos. Los términos poéticos utilizados transmiten pobreza, angustia y desconexión, todo lo cual descendió sobre ellos como parte de su cautiverio.

Versículo 6. Un pensamiento clave de este salmo, así como de la mayoría de los salmos, es la verdad tranquilizadora que dice que Dios escucha las oraciones de Su pueblo. **Entonces clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones.** Oraron a Dios pidiendo ayuda, y Él escuchó su clamor y los perdonó. Estuvieron en «angustia» (צָרָר, *tsarar*) o «adversidades», y

experimentaron «aflicciones» (מְצוּקָה, *m^etsuqah*), «penurias» o «dificultades».

Versículo 7. En este punto, el autor indica que Dios los ha rescatado de su dificultad, guiándolos a un lugar donde pueden encontrar alimento, refugio y una vida con sentido. Para decirlo poéticamente, **los dirigió por camino derecho, para que viniesen a ciudad habitable.** Han sido guiados por «un camino derecho», un camino sin obstáculos. Frente a las dificultades, Dios los ha fortalecido hasta su llegada a la ciudad. Han seguido Su camino de integridad. Él ha quitado las dificultades y ha traído al pueblo a una ciudad ocupada, populosa y próspera, dándoles nuevamente una buena vida.

Versículo 8. Una victoria como la anterior debería traer un canto de alegría a los corazones de estos liberados. **Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres.** La gratitud por Su «misericordia» y Sus «maravillas» ha de ser el tema de sus alabanzas. Lo que Dios ha hecho por ellos sólo puede ser descrito apropiadamente como «maravillas». Esta consideración de parte de Dios surgió de Su naturaleza amorosa. Ha sido fiel a Su pueblo, extendiendo Su mano a «los hijos de los hombres», o «los hijos de Adán» (אָדָם, *'adam*). Los siervos de Dios están hechos de «polvo» (Sal 103.14) y requieren ayuda divina.

Versículo 9. En los rescates de Dios, las dimensiones espirituales de las victorias son siempre más prominentes que el aspecto físico. La preocupación de Dios por Su pueblo va más allá del pan para el cuerpo; sustenta el alma. **Porque sacia al alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta.** Él calma la sed de las almas que lo anhelan y alimenta los corazones hambrientos que claman por Su pan vivo. Esta victoria que Él nos da nos recuerda las palabras de Jesús: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5.6). Dios responde a los anhelos de nuestro corazón «[llenándolo] de bien», con la forma más alta de vida espiritual y los valores más significativos.

¿Es Dios capaz de librarnos de las dificultades del viaje y la opresión? El presente salmo dice que es capaz y lo hace.

CONFINAMIENTO Y OPRESIÓN (107.10–16)

¹⁰**Algunos moraban en tinieblas y sombra de muerte,**

Aprisionados en aflicción y en hierros,

¹¹**Por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová,**

Y aborrecieron el consejo del Altísimo.

¹²**Por eso quebrantó con el trabajo sus corazones;**

Cayeron, y no hubo quien los ayudase.

¹³**Luego que clamaron a Jehová en su angustia, Los libró de sus aflicciones;**

¹⁴**Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte,**

Y rompió sus prisiones.

¹⁵**Alaben la misericordia de Jehová,**

Y sus maravillas para con los hijos de los hombres.

¹⁶**Porque quebrantó las puertas de bronce, Y desmenuzó los cerrojos de hierro.**

Versículo 10. La segunda dificultad es descrita de manera figurada como una prisión. El horror del aprisionamiento es descrito en los términos más contundentes: **Algunos moraban en tinieblas y sombra de muerte, aprisionados en aflicción y en hierros.** El término «sombra de muerte» se encuentra aquí y en el versículo 14. Es la misma expresión que se usa en Salmos 23.4 para describir pruebas extremas, incluida la oscuridad de la tumba. (Vea Lc 1.79.) Para las personas bajo consideración, la vida estaba rodeada de «tinieblas», un símbolo de falta de comprensión de lo que estaba sucediendo. Un velo que los cubría durante su cautiverio ocultaba la mano y la misericordia de Dios. Marchaban arduamente bajo ese velo, confiados pero confundidos. En términos físicos, «la sombra de muerte» los confrontaba. Se los describe como «aprisionados en aflicción y en hierros», una forma poética para describir sus desesperadas dificultades.

Versículo 11. ¿Qué había provocado este sufrimiento? **Por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo.** En un paralelismo sinónimo, el salmista describe la desobediencia de ellos. Dos palabras hebreas describen su rebelión: מָרָה (*marah*) y נָאָץ (*na'ats*). Ellos «fueron rebeldes a» (*marah*) los mandamientos, los dichos (אָמַר, *'omer*), del Señor. Para decirlo en palabras similares, «aborrecieron» (*na'ats*) o «despreciaron» el «consejo» divino. Los cautiverios de Asiria y Babilonia fueron autoinfligidos. Habiéndose convertido en su peor enemigo, el pueblo de Dios dejó de lado la guía divina que habían recibido.

Versículo 12. Dios no tuvo más opción que dejarles sentir el aguijón de la vara del castigo sobre sus espaldas. Con intención redentora, **quebrantó con el trabajo sus corazones**. Esto debe ser una referencia a las penurias de la opresión. El «trabajo» servil los sometió, consumiendo su tiempo, energías y recursos. **Cayeron, y no hubo quien los ayudase**. La carga era pesada y, a veces, «cayeron». Ahogados por condiciones desagradables, buscaron liberación pero no la encontraron. Con el alivio fuera de su alcance y sus circunstancias insostenibles, miraron con fe al Dios de su existencia.

Versículo 13. Con intensidad y fervor, **clamaron a Jehová en su angustia**. En una respuesta de gracia, Dios les concedió liberación y libertad. **Los libró de sus aflicciones**. Toda «angustia» (מַצוּקָה, *m^etsuqah*), el trabajo agotador y las «aflicciones» (צָרָר, *tsarar*) fueron aliviadas; y fue abierta para ellos una puerta de nueva vida y esperanza.

Versículo 14. Dios extendió Su mano para rescatarlos **de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus prisiones**. En el lugar de «tinieblas», Dios puso luz. En el lugar de «prisiones» de esclavitud, Dios puso libertad.

La frase «sombra de muerte» es la traducción de una palabra compuesta en hebreo (צִלְמָוֶת, *tsal-marweth*). Las dos palabras que la componen son «muerte» y «sombra». La victoria que Dios dio fue dramática y culminante. Las cadenas fueron rotas, y llegó la libertad completa.

Versículo 15. Usando su estribillo por segunda vez (v. 8), el salmista llama al lector y a aquellos que han visto las «maravillas» del Señor a participar en un período de acción de gracias. **Alaben la misericordia de Jehová** [Den gracias al Señor por Su misericordia], **y sus maravillas para con los hijos de los hombres**. De los redimidos surge la gratitud por el corazón y las manos de Dios: la «misericordia» de Su corazón y las «maravillas» de Sus manos. Dios no está distante, apartado y separado de Su nación. Entra en las vidas del pueblo quebrantado y golpeado, «los hijos de los hombres», ejerciendo Su poder a favor de ellos.

Versículo 16. Con figuras poéticas, se expresa la grandeza de la emancipación. **Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro**. Las «puertas de bronce» serían las puertas más fuertes, como un escudo que protege a quienes están dentro y como una barricada que impide que entren los enemigos. Los grilletes de «hierro» mantendrían al cautivo firmemente sujeto y se requeriría el poder más fuerte para quebrantarlo.

La victoria de Dios cortó el «bronce» y el «hierro» con facilidad, como si fueran mantequilla.

¿Puede Dios liberar a una persona de la prisión, incluso de una prisión que ha sido provocada por su propio pecado? Este salmo dice que puede y lo hizo.

DOLORES Y ENFERMEDADES (107.17–22)

¹⁷Fueron afligidos los insensatos, a causa del camino de su rebelión

Y a causa de sus maldades;

¹⁸Su alma abominó todo alimento,

Y llegaron hasta las puertas de la muerte.

¹⁹Pero clamaron a Jehová en su angustia,

Y los libró de sus aflicciones.

²⁰Envió su palabra, y los sanó,

Y los libró de su ruina.

²¹Alaben la misericordia de Jehová,

Y sus maravillas para con los hijos de los hombres;

²²Ofrezcan sacrificios de alabanza,

Y publiquen sus obras con júbilo.

Versículo 17. El autor menciona a continuación la prueba de una enfermedad debilitante. **Fueron afligidos los insensatos, a causa del camino de su rebelión y a causa de sus maldades**. Una palabra poco común para «insensatos» (אָוִיל, *'wil*) se usa para describir el pensamiento estúpido que llevó al pueblo de Dios a la rebelión, la desobediencia y las «maldades». Dios, en Su justa disciplina, permitió que la aflicción (עָנָה, *'anah*) viniera sobre ellos. La flexión de este verbo enfatiza que su dolor fue autoinfligido. Esta forma de la palabra podría traducirse como «se afligieron a sí mismos». La «insensatez» constituye perversidad moral, no una mera debilidad o ignorancia. La palabra va más allá de la enfermedad y podría incluir la necedad. La sabiduría conduce a la vida; pero la necedad conduce a la enfermedad, el dolor y la ruina.

Versículo 18. Aparentemente, la aflicción los dominó, absorbiendo incluso su apetito. **Su alma abominó todo alimento, y llegaron hasta las puertas de la muerte**. Sobre ellos descendió una amargura severa, destruyendo incluso su interés en la comida. Ellos «abominaron» (תָּאָב, *tha'ab*) o despreciaron «todo alimento». La preocupación que los consumía por su desastre los obligaba a no pensar en nada más. «Las puertas de la muerte» se abrían ante ellos, y los atractivos de este mundo se desvanecían. Debido al «camino de su rebelión»

y «sus maldades» (v. 17), la muerte los miraba fijamente; y a duras penas se aferraban a la vida.

Versículo 19. Su clamor al Señor es transmitido con un estribillo que ya se ha usado dos veces (vv. 6, 13). **Pero clamaron a Jehová en su angustia.** Desde el foso de la desesperación, miraron al Señor, y su desesperación los motivó a volver sus mentes a Dios. En respuesta a ellos, Dios **los libró de sus aflicciones**. Su petición fue concedida, y Dios proporcionó la liberación (יָשָׁא, *yasha'*) que su situación exigía. «Libró» en este caso podría haber sido liberación del pecado y la enfermedad en lugar de un enemigo físico.

Versículo 20. Dios los sanó por medio de Su palabra. **Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina.** Su palabra trajo una sanación doble: les proporcionó el camino de la vida que estaba revestido de perdón, paz y propósito. A Su orden, las fuerzas de destrucción se marcharon. Este pueblo entró en Su voluntad arrepintiéndose, viniendo delante de Dios y rindiéndose al modo de vida de Dios. Las fuerzas violentas, las olas arremolinadas que los estaban envolviendo, huyeron cuando Su palabra echó raíces y habitó entre ellos.

Versículo 21. Una respuesta como esta impulsó la acción de gracias. Por lo tanto, se usa nuevamente el estribillo: **Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres.** (Vea vv. 8, 15.) Al momento de recibir la liberación que buscaban, era apropiado que reconocieran lo que Dios estaba haciendo por ellos y dieran gracias por medio de las formas adecuadas de adoración.

Versículo 22. **Ofrezcan sacrificios de alabanza.** No hay duda de que se están considerando las ofrendas de paz del Antiguo Testamento en la frase «sacrificios de alabanza». Estos no se ofrecían para obtener paz, sino como una expresión de gratitud por la paz que ya disfrutaban. (Vea Lv 3.1–16 para una descripción del método de sacrificio.) **Y publiquen sus obras con júbilo.** Las «obras» de Dios han de proclamarse «con júbilo». Sus grandes actos han de ser descritos y vueltos a contar con la lengua.

¿Puede Dios liberar a alguien que enfrenta una enfermedad física que ha surgido a causa del pecado? Este salmo dice que puede y lo hizo.

LAS TORMENTAS EN EL MAR (107.23–32)

²³**Los que descienden al mar en naves,
Y hacen negocio en las muchas aguas,**

²⁴**Ellos han visto las obras de Jehová,**

Y sus maravillas en las profundidades.

²⁵**Porque habló, e hizo levantar un viento
tempestuoso,**

Que encrespa sus ondas.

²⁶**Suben a los cielos, descienden a los abismos;
Sus almas se derriten con el mal.**

²⁷**Tiemblan y titubean como ebrios,
Y toda su ciencia es inútil.**

²⁸**Entonces claman a Jehová en su angustia,
Y los libra de sus aflicciones.**

²⁹**Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.**

³⁰**Luego se alegran, porque se apaciguaron;
Y así los guía al puerto que deseaban.**

³¹**Alaben la misericordia de Jehová,
Y sus maravillas para con los hijos de los
hombres.**

³²**Exáltelo en la congregación del pueblo,
Y en la reunión de ancianos lo alaben.**

Versículos 23, 24. La última prueba implica peligros en el mar, una prueba que no parece tener un contexto exílico. El Antiguo Testamento no hace referencia a que Israel haya experimentado tragedias marítimas en relación con sus cautiverios. Es probable que esta descripción se haya extraído de la historia general de Israel y sirva para ilustrar que el poder de Dios nunca le ha fallado a Su pueblo, independientemente de dónde haya enfrentado dificultades.

La presente prueba se relaciona con aquellos **que descienden al mar en naves, y hacen negocio en las muchas aguas**. Se da una tormenta en el mar en detalle, incluyendo el quién, el qué y el dónde de la prueba. Las personas involucradas eran aquellos que hacían «negocio» con los mares, aquellos cuyo trabajo exigía navegar por los mares, como los que transportaban carga sobre las aguas oceánicas a otras tierras. Tal vez la difícil tragedia descrita fuera similar a la experiencia de Jonás. (Vea Jon 1; 2.) El relato de su disciplina y arrepentimiento podría estar en la mente del autor al tiempo que describe esta lucha. Es la descripción más extensa de dificultades en este salmo, y es la presentación más extensa de este tipo en las Escrituras.

Los marineros y las personas que navegaban conocían de Dios, porque habían **visto las obras de Jehová, y sus maravillas en las profundidades**. Los que pasaban tiempo en el mar tuvieron la oportunidad de ver Su brazo en las tormentas y Su gracia en Sus rescates de las olas embravecidas del mismo.

A los hebreos no le atraía mucho el mar. Sin embargo, la geografía de sus vidas los obligaba a conectarse con él. Por ejemplo, Grecia se conectaba por tierra con el Medio Oriente, pero viajar por tierra era virtualmente imposible debido a hostilidades internacionales, la falta de caminos, el peligro de robo y la incomodidad general. Por esta razón, el pueblo de Dios, por conveniencia, tenía que ir al mar, aunque los exponía a un conjunto especial de peligros.

Versículo 25. Dios, el gran Superintendente de los océanos y los mares, habló, y los vientos obedecieron Su mandato. **Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso, que encrespa sus ondas.** Por orden Suya, las «ondas» se levantaron (רִיחַ, *rum*) más y más altas a medida que avanzaban por el mar. Aunque colosales en tamaño e indescriptibles en poder, los mares suben y bajan por orden de Dios.

Versículo 26. Se describe una tormenta aterradora, enviada divinamente, junto con los temores que se apoderaron de los marineros (vv. 25–27). La tripulación de la nave en la gran tormenta, parece decir el salmo, no solo **suben a los cielos**, sino también **descienden a los abismos**. Cabalgando sobre las crestas de las agitadas olas del mar, ascendían (en sentido figurado) a «los cielos», solo para descender a las partes más bajas de la tierra, hundiéndose incluso en sus «abismos». En todo el ascenso y descenso, **sus almas se derriten con el mal**. Los corazones de los marineros dieron paso al temor. La palabra «mal» es literal del hebreo, רָעָה (*ra'ah*), pero se ha traducido como «misericordia» en otras versiones. La palabra transmite el terror del corazón que hizo que sus almas se derritiesen o se disolvieran en la desesperanza. Todos los pasajeros estaban a merced de la tormenta. Aterrorizados por lo que estaba sucediendo, al menos por el momento, sus corazones cedieron a la desesperación.

Versículo 27. En este escenario, los elementos de la naturaleza dominan. En la cubierta del barco o acurrucados en alguna habitación debajo de la cubierta, los pasajeros y marineros **tiemblan y titubean como ebrios**. Mientras buscaban frenéticamente una vía de escape, se dieron cuenta de que **toda su ciencia [era] inútil**. Los marineros iban de un puesto a otro, haciendo lo que podían para lograr una salida de emergencia. Se parecían a los movimientos sin sentido de los «ebrios», que, habiendo perdido el control de sí mismos, no podían hacer ninguna contribución para salir de

su condición. La única diferencia entre ellos está en la conciencia mental. Los marineros sabían en qué situación se encontraban, mientras que los ebrios no lo sabrían. Conscientes de su peligro, los marineros clamaron pidiendo misericordia. Toda «su ciencia» que los mantenía a salvo fue «absorbida» (בָּלָא, *bala'*), como dice el hebreo, o confundida por la tormenta.

Versículo 28. Como Jonás desde el vientre del gran pez, clamaron a Dios pidiendo liberación. Jonás dijo: «Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; desde el seno del Seol clamé, y mi voz oíste» (Jon 2.2). De la misma manera, estos marineros **claman a Jehová en su angustia, y los libra de sus aflicciones**. Impulsados a la oración por la proximidad de la muerte, por la posibilidad de ser sepultados en el mar, clamaron a Dios, el único que podía salvarlos.

Versículo 29. Dios le habló al mar. **Cambia la tempestad en sosiego, se apaciguan sus ondas.** Al principio de la tormenta, les ordenó a los vientos que produjeran las olas (v. 25); y al final, Su voz puso fin a la tormenta y trajo calma a las olas. Al principio, habló a la tormenta en Su supervisión de la naturaleza; posteriormente, le habló al dar inicio a Su providencia sustentadora para Sus hijos. Prevaleció sobre la tormenta de principio a fin. Habiendo escuchado la oración del marinero, calmó el mar. Con el cese de la tormenta, sus espíritus encontraron paz, y con el regreso de la confianza de la esperanza, encontraron claridad mental para reanudar su viaje. Jesús manifestó un poder similar en el mar de Galilea. Le ordenó a la tormenta: «enmudece», la cual obedeció Su voluntad (Mr 4.39).

Versículo 30. Una liberación de este tipo es seguida por el gozo de la salvación. **Luego se alegran, porque se apaciguaron; y así los guía al puerto que deseaban.** «Luego», cuando el mar estaba más calmado, cuando la amenaza de destrucción había pasado, «se alegran». Se alegraron por su liberación, por el «apaciguamiento» que los rodeaba. «Así los [guío]» a ellos y al barco al destino elegido, a la ciudad o «puerto» deseado. Dios dio órdenes a los vientos, calmó las olas y dirigió a la banda de marineros hacia un lugar seguro. Dios es el Dios siempre presente, sustentador y apaciguador de las tormentas.

Versículo 31. Como otra invitación a alabar a Dios, aparece nuevamente un estribillo (vv. 8, 15, 21) para señalar la gratitud que debe manifestarse. **Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas**

para con los hijos de los hombres. Yahvé, el Dios grande y misericordioso, escucha las oraciones de Su pueblo y lo salva del peligro. Sus respuestas a nuestras peticiones solo pueden resumirse con dos descripciones: «misericordia» y «maravillas».

Versículo 32. Cada liberación de Dios provoca alabanza y acción de gracias de parte de aquellos que han sido redimidos por Su misericordia. De hecho, **exáltelo en la congregación del pueblo.** Estos corazones agradecidos, cuando se les da la oportunidad de estar en medio de la asamblea del pueblo de Dios, entran en ella con prontitud y lo alaban con otros de fe similar. **Y en la reunión de ancianos lo alaben.** No solo dan gracias a Dios en la «congregación» de los creyentes, también lo alaban entre los dignatarios de la ciudad. En la puerta de la ciudad, donde presiden «los ancianos», alaban a su Dios. En entornos religiosos y seculares, alzan sus voces para reconocer la gran gracia de Dios que ha descansado sobre ellos.

¿Puede Dios liberar a alguien que enfrenta la muerte en el mar? Este salmo dice que puede y lo ha hecho.

SU RIEGO DE LA TIERRA (107.33–38)

- ³³**Él convierte los ríos en desierto,
Y los manantiales de las aguas en sequedales;**
³⁴**La tierra fructífera en estéril,
Por la maldad de los que la habitan.**
³⁵**Vuelve el desierto en estanques de aguas,
Y la tierra seca en manantiales.**
³⁶**Allí establece a los hambrientos,
Y fundan ciudad en donde vivir.**
³⁷**Siembran campos, y plantan viñas,
Y rinden abundante fruto.**
³⁸**Los bendice, y se multiplican en gran manera;
Y no disminuye su ganado.**

El autor pasa de las descripciones más específicas de la misericordia de Dios a las expresiones altamente figurativas y abarcadoras de la misma, y supone: «Dios extiende Su cuidado providencial a lo largo y ancho de maneras diarias y en medidas extensas». En una representación poética, canta del pastoreo constante y completo que Dios hace de Su pueblo.

Versículo 33. Con Dios, hay abundante misericordia; sin Él, la vida es estéril. Desde la perspectiva negativa, **Él convierte los ríos en desierto, y los manantiales de las aguas en sequedales.** Otra descripción se encuentra en Isaías 50.2: «He

aquí que con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto; sus peces se pudren por falta de agua, y mueren de sed». Cuando Dios retira Su mano, el terreno frondoso se convierte en un desierto vacío y la tierra fértil se degenera en un montón de arena improductiva. Un campo salpicado de «manantiales» perennes se convierte en un lugar reseco, sin agua, que pide a gritos ser humedecido.

Versículo 34. De manera similar, el Señor toma un lugar preparado para un huerto, **la tierra fructífera**, y lo vuelve **estéril**, un lugar donde nada crece, ni siquiera la maleza. ¿Cuál es la razón de todo esto? La respuesta es la siguiente: **por la maldad de los que la habitan.** La tierra se ha contaminado por los pecados del pueblo que la ocupa. Dios envía Su juicio no solo sobre las personas que han cometido pecado, sino también sobre los lugares donde lo han cometido. Se aleja de estas tierras porque el mal habita en ellas. Sus ojos están sobre los justos, pero se oponen a los que hacen el mal. (Vea 1ª P 3.12.)

Los judíos, en sus targumes (sus interpretaciones de las Escrituras del Antiguo Testamento), vieron los versículos 33 y 34 como una descripción de la devastación de la plaga de langostas descrita por el profeta Joel.¹ Los contrastes son, sin duda, descripciones generales de los efectos de las acciones providenciales de Dios sobre las personas y los lugares. El desastre de la langosta de la profecía de Joel proporciona una ilustración específica de los poderosos juicios de Dios: «Lo que quedó de la oruga comió el saltón, y lo que quedó del saltón comió el revoltón; y la langosta comió lo que del revoltón había quedado» (Jl 1.4).

El Antiguo Testamento habla de las bendiciones de Dios en términos de prosperidad física y de sequía y privaciones como expresiones de Sus maldiciones. A Su pueblo justo se le dijo que le pertenecerían tierras buenas y productivas. Isaías encargó: «Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada» (Is 1.19, 20a). Joel predicó un arrepentimiento que traería «[comida] hasta saciaros» y satisfacción con la vida (Jl 2.26a). El Nuevo Testamento da un énfasis más elevado y espiritual al arrepentimiento, haciendo hincapié en las bendiciones celestiales que vienen con nuestra redención en Cristo (Ef 1.3).

Versículo 35. Mostrando el equilibrio y la fide-

¹ Targum Sal 107.33, 34.

lidad del carácter de Dios, se presenta el inverso del versículo anterior. **Vuelve el desierto en estanques de aguas, y la tierra seca en manantiales.** Desde un punto de vista positivo, y para el pueblo justo, Dios convierte las tierras baldías en granjas productivas, proveyendo ríos de agua que se convierten en reservas y recursos que pueden usarse para irrigar y energizar la tierra. Isaías contiene declaraciones similares: «El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos» (Is 35.7); «en las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca» (Is 41.18).

Versículo 36. Con la provisión de agua, llega la vida. **Allí establece a los hambrientos, y fundan ciudad en donde vivir.** El pueblo confía en el Señor y lo sigue. En consecuencia, se encuentran libres de necesidades y reciben nuevas oportunidades para construir y crecer. Se levantan de su hambre y privación y crean ciudades vigorosas y florecientes. La mano de Dios los lleva de la inanición a la suficiencia. La disponibilidad de recursos sanadores trae vida por toda la tierra. Las condiciones de vida se vuelven buenas, estables y amigables, surgiendo hacia la vida que Dios pretendía para Su pueblo. La imagen es la opuesta del tema de la maldición que acompañaba a la desobediencia en Levítico. Dios advirtió: «Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto [...]. Enviaré también contra vosotros bestias fieras que os arrebaten vuestros hijos, y destruyan vuestro ganado, y os reduzcan en número, y vuestros caminos sean desiertos» (Lv 26.20–22).

Versículos 37, 38. Estas buenas bendiciones de Dios no duran sólo un momento, liberando un ministerio fugaz y superficial para las almas desesperadas. Son suficientes, continuas y siempre aumentando. En medio de esta prosperidad, el pueblo **[siembra] campos, y [planta] viñas, y [rinde] abundante fruto.** Los habitantes están labrando, plantando, cultivando viñas y disfrutando del incremento de parte de Dios. **Los bendice, y se multiplican en gran manera; y no disminuye su ganado.** La riqueza que Dios da llega al pueblo desde tres direcciones: «Los bendice». Descienden de Su mano. «Se multiplican en gran manera.» Salen de Su productividad, expandiéndose siempre hacia nuevos potenciales. «No disminuye su ganado.» Proviene de la seguridad envolvente de

Dios. La protección de Dios los rodea como una medida preventiva, protegiéndolos de cualquier enfermedad debilitante y de las demás fuerzas destructivas que rondan cerca.

La palabra «naturaleza», la palabra típica para la ley natural, nunca se usa en este salmo en conexión con la lluvia que cae, los campos productivos, el ganado que se multiplica y las cosechas que maduran. La idea operativa evidente la constituye el poder misericordioso de Dios detrás de todo lo que sucede. Esta verdad es expresada repetidamente en referencias a Dios con el uso de la segunda persona del singular cinco veces en los seis versículos del presente párrafo. Dondequiera que Dios pone Su mano, Su vida y energía divina lo saturan todo, dando vida robusta a cada estrato de la tierra, a toda vida animal y a todos los esfuerzos humanos.

ELEVA A LOS NECESITADOS (107.39–43)

³⁹**Luego son menoscabados y abatidos
A causa de tiranía, de males y congojas.**

⁴⁰**Él esparce menosprecio sobre los príncipes,
Y les hace andar perdidos, vagabundos y sin camino.**

⁴¹**Levanta de la miseria al pobre,
Y hace multiplicar las familias como rebaños de ovejas.**

⁴²**Véanlo los rectos, y alégrense,
Y todos los malos cierren su boca.**

⁴³**¿Quién es sabio y guardará estas cosas,
Y entenderá las misericordias de Jehová?**

Versículo 39. Surgen circunstancias en las que los justos se encuentran exhaustos; pero esta «opresión», aunque severa en su intensidad e impacto, es efímera y sólo proporciona un marco para las obras adicionales de Dios. ¿Qué de los justos cuando **luego son menoscabados y abatidos a causa de tiranía, de males y congojas?** Se utilizan cinco palabras hebreas descriptivas para narrar el caos que a veces les sobreviene: son «menoscabados» (מַאֲתָ, *ma'at*) y «abatidos» (שָׁחַח, *shachach*) y por culpa de la «tiranía» (עֲצָרָה, *'otser*) son llenos de «males» (רָעָה, *ra'ah*) y «congojas» (יָגוֹן, *yagon*). Independientemente de los devastadores factores, los resultados acosan dolorosamente a los justos. Son «menoscabados» en el sentido de ser degradados por aquellos que se les oponen. El pueblo ha sido humillado, abatido o postrado debido a estos problemas que se les ha presentado. Sin embargo, un tiempo o lugar tan estéril

como este no constituye una amenaza para Dios; simplemente despliega un escenario donde Dios demuestra Su poder.

Versículo 40. En particular, ¿cómo trata Él a los «príncipes» literales y figurativos, aquellos que han contribuido a estos reveses? **Él esparce menosprecio sobre los príncipes, y les hace andar perdidos, vagabundos y sin camino.** El autor, probablemente extrayendo sus figuras de Job 12.21, 24, describe a Dios otorgando Su desagrado sobre estos nobles (נָדִיב, *nadib*) que han maltratado a otros. Dios los envía como «vagabundos y sin camino». Providencialmente, se les hace «andar perdidos» (תָּפְחָה, *tha'ah*) en un camino que es infructuoso y estéril. El camino que recorren no lleva a ninguna parte. Son colocados en el mismo lugar al que su liderazgo egoísta los ha llevado.

Versículo 41. Por otro lado, ¿qué hace Dios con los justos? **Levanta de la miseria al pobre, y hace multiplicar las familias como rebaños de ovejas.** El que se ha vuelto «pobre» (עֲבֹיֹן, *'ebyon*) es protegido por su Dios. Es alejado «de la miseria». Es elevado y envuelto por Su ternura en una estructura semejante a una roca que no admite enemigos ni aflicciones. Es protegido de cualquier daño que pueda atacarlo. Los pobres isfrutarán de un nivel de prosperidad física que podría describirse poéticamente como multiplicidad, porque se volverán como ovejas que se multiplican rápidamente. Sus pequeñas familias surgirán rápidamente «como rebaños de ovejas».

Versículo 42. La prosperidad de Dios constituye una vista gloriosa a los ojos de los justos. Al verla, prorrumpen en alabanzas, dando el debido honor al Dios misericordioso que la dio. Sí, **véanlo los rectos, y alégrense.** (Vea Job 22.19.) Con personificación, canta el autor, **y todos los malos cierran su boca.** (Vea Job 5.16.) El corazón justo gravita hacia la justicia. El pueblo injusto también ve la mano de Dios, pero se queda atónito ante lo que ve. Cierra la boca porque está paralizado por la desesperación, la vergüenza y la derrota.

Versículo 43. Ante la verdad de la fidelidad de Dios, **¿quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias de Jehová?** La respuesta no puede ser otra que el hombre que se vuelve a este Dios de gracia. El que puede reconocer la verdad y aplicarla a su vida escuchará y comprenderá el valor de lo que se ha dicho en este salmo. ¿Quién es el sabio? Es el que valora el bien y se regocija en él. Es el que escucha la palabra del Señor y la obedece. Es el hombre que ve la pecaminosidad del

pecado y elige evitarlo. Verá cómo es realmente la gracia de Dios cuando cubre a los vivos. Llegará a la conclusión de que ninguna victoria puede compararse con la que Dios da a quienes confían en Él. Él «guardará» (שָׁמַר, *shamar*) o mantendrá «estas cosas» en mente. Él «entenderá» (בִּין, *bin*) o reflexionará cuidadosamente sobre lo que Dios, en la maravilla de Su providencia incomparable, ha hecho, está haciendo y hará.

APLICACIÓN

¿Dios o la naturaleza?

En ninguna parte las Escrituras llaman «naturaleza» al sistema de leyes naturales que controlan el mundo. Los autores inspirados atribuyeron estas regulaciones divinamente ordenadas de la tierra a Dios mismo. Este salmo, en relación con la tormenta en el mar (vv. 23–32), describe a Dios como el gran Originador que está detrás del viento, las olas y las aguas agitadas. El autor dijo: «Los que descienden al mar en naves, y hacen negocio en las muchas aguas, ellos han visto las obras de Jehová, y sus maravillas en las profundidades» (vv. 23, 24). Dios trajo la tormenta (v. 25), y Dios calmó la turbulencia (v. 29).

¿Quién controla los elementos del mundo: Dios o la naturaleza? El Antiguo Testamento dice constantemente que es Dios.

El Antiguo Testamento reconoce a Dios como el Creador de cada aspecto de Su tierra. Él puso orden y consistencia en la estructura de Su mundo, haciéndolo el hábitat ideal para el hombre. Los relatos de la creación revelan que Dios, después de crear el aire, el agua y la tierra, ordenó diciendo: «Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra» (Gn 1.11). A los seres vivientes, también les dio un mandato: «Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra» (Gn 1.22). Después de esta creación, Él instruyó al hombre: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Gn 1.28). No solo hizo este mundo, también le dio vida perpetua poblándolo y poniendo dentro de él el fenómeno de la regulación natural.

Los autores del Antiguo Testamento vieron claramente a Dios como Aquel que controla Su mundo. Este mundo es un mundo centrado en Dios. Dios le dio

al hombre autoridad para gobernar la tierra, pero no le dio propiedad sobre ella ni lo convirtió en su fuente de vida definitiva. Dios designó a su Hijo como «heredero de todo». Por medio de Él «hizo el universo»; por consiguiente, no nos sorprende que el Espíritu Santo dijera que Jesús «sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (He 1.2, 3). Nada sucede por casualidad; Dios lo causa o lo permite. Dios supervisa todas las cosas, incluso la ley natural.

Los autores del Antiguo Testamento vieron a Dios no solo controlando Su ley natural, sino también trabajando siempre por medio de ella. Dios está involucrado en todo lo que sucede en Su mundo. Un salmista oró a Dios con respecto al sol de la tierra: «Tú haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde» (Sal 65.8). También oró con respecto a la lluvia que cae: «Haces que se empapen sus surcos, haces descender sus canales; la ablandas con lluvias» (Sal 65.10). En cuanto al crecimiento y la productividad de la tierra, oró diciendo:

Tú coronas el año con tus bienes,
Y tus nubes destilan grosura.
Destilan sobre los pastizales del desierto,
Y los collados se ciñen de alegría.
Se visten de manadas los llanos,
Y los valles se cubren de grano;
Dan voces de júbilo, y aun cantan (Sal 65.11–13).

El Antiguo Testamento dice que Dios a veces anula las leyes que ha establecido. La naturaleza es Su sistema para mantener la tierra, pero Él puede anularla en cualquier momento que lo desee.

La historia del Antiguo Testamento proporciona ejemplos de ocasiones en las que anuló de manera milagrosa Su ley natural. Hizo retroceder el Mar Rojo para Moisés (Ex 14.13–25), detuvo el sol para Josué (Jos 10.12–15), resucitó a los muertos para Elías (1° R 17.17–24), y realizó muchas otras maravillas.

En el Nuevo Testamento, Dios entró en Su mundo por medio de Jesús, obró milagros, dio Su mensaje del reino venidero y presentó al mundo el gran plan de salvación por medio de la cruz y la

resurrección. Como testimonio al mundo sobre el significado de la muerte de Su Hijo, trajo oscuridad sobre la tierra desde el mediodía hasta las 3:00 p.m. (Mt 27.25; Mr 15.33; Lc 23.44). Cuando Jesús murió, Dios partió el velo del templo por la mitad (Mt 27.51). Sacudió la tierra con un terremoto y abrió los sepulcros de los santos, quienes se aparecieron a otros en Jerusalén después de la resurrección de Jesús (Mt 27.51–53). Trajo a Su Hijo de regreso a Su lado por medio de una ascensión milagrosa (Mr 16.19; Lc 24.51, 52), dando un cierre público a Su ministerio terrenal. Al final de los tiempos, Él enviará a Su Hijo nuevamente, interrumpiendo y dejando de lado todas las leyes de la naturaleza mientras Su Hijo reúne a los redimidos.

En esta era cristiana, Dios obra providencialmente dentro de Sus propias leyes reguladoras en formas que escapan a nuestra comprensión. Él obra dentro de estas leyes que ha establecido para sanar a los enfermos, rescatar a los afligidos y proteger a los indefensos. Cuando es necesario, permite que una ley reemplace a otra, como es evidente cuando permite que la ciencia médica contrarreste una enfermedad mortal. No hay duda que a veces reúne todas las leyes para que trabajen en maravillosa armonía por el bien de Sus redimidos.

En el Antiguo Testamento, siempre es Dios, no la naturaleza, del que se dice que controla el mundo. Él creó el mundo, lo sostiene y obra en él y por medio de él. Por lo tanto, no damos gracias a la naturaleza; es a Dios a quien expresamos nuestra gratitud. La naturaleza no nos provee; Dios lo hace. Él nos salva, nos guía, nos guarda y nos fortalece. Él está sobre toda la vida y las cosas, incluyendo todas las criaturas vivientes y todas sus creaciones físicas. Con Pedro, podemos decir: «... todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder» (2ª P 1.3a). Podemos decir algo similar con respecto al mundo que Dios ha creado. Dios ha establecido esta tierra ordenada y divinamente gobernada para que «[se produzca] así el querer como el hacer, por su buena voluntad».

Un corazón firme

El sobrescrito: Cántico. Salmo de David. Según este antiguo sobrescrito, el cántico u oración que sigue es un **Salmo** [מִזְמוֹר, *mizmor*] de [לְ, *le*, «por», «para» o «a»] **David** (דָּוִד, *dawid*). Como tal, se erige como el primero de los tres salmos que son atribuidos a David en el Libro V. Se le designa como un **cántico** (שִׁיר, *shir*) y también como un «salmo». Si bien estas dos palabras tienen un significado similar, su presencia en el título podría indicar que el cántico fue escrito para ser leído y cantado.

Si bien este salmo no le falta belleza ni alabanza, posee muy poca originalidad. Está formado por porciones considerables de Salmos 57 y 60, que también son atribuidos a David. La primera porción del salmo (vv. 1–5) es de Salmos 57.7–11, y la última porción (vv. 6–13) es de Salmos 60.5–12.

Debido a su contenido más completo, se supone que Salmos 57 y 60 fueron los primeros en escribirse y que el autor de este salmo tomó prestado de ellos. Con solo unas pocas alteraciones, las dos porciones fueron traídas y utilizadas para crear otro salmo que expresa palabras de esperanza para un nuevo tiempo de prueba.

La repetición es común en los salmos y en la literatura devocional en general. La originalidad no es la preocupación principal; la verdad siempre predomina, incluso por encima de la originalidad. Este salmo nos enseña que la verdad de Dios tiene múltiples usos. Jesús el Cristo, que es la Verdad (Jn 14.6), cuando fue tentado por el diablo citó Deuteronomio para responder a estas tentaciones (Mt 4.4, 7, 10). En este conflicto en el desierto, Jesús ilustró el juicio que W. Graham Scroggie sostuvo que tiene que ser aplicado a toda verdad: «Las verdades, y las formas en que se expresan, no deben abandonarse porque sean anticuadas, sino que deben emplearse, siempre que sean adecuadas, para expresar nuevas emociones, ambiciones y gra-

titud a Dios».¹ No hay duda de que la explicación de Scroggie es verdadera.

En este caso, el Espíritu Santo consideró apropiado usar las últimas partes de Salmos 57 y 60 de una manera ligeramente diferente de sus contextos originales para alentar a Su pueblo en una circunstancia diferente pero similar. La composición de este salmo muestra el carácter vivo de los escritos sagrados.

Como lamento, el salmo apela a Dios para que provea liberación de enemigos amenazantes. La preocupación principal parece ser el antiguo conflicto con los edomitas, quienes habían participado en la caída de Jerusalén burlándose de Israel durante esa tragedia (vea Abdías). El versículo 10 parece ser la porción central del salmo. La súplica que se hace se basa en la antigua promesa de Dios de dividir la tierra entre los israelitas y darles la victoria sobre los cananeos. Detrás del trasfondo del salmo está la imagen de un hombre justo, como representante de su nación, enfrentando una gran prueba.

UN CORAZÓN FIJO (108.1–5)

¹**Mi corazón está dispuesto, oh Dios;
Cantaré y entonaré salmos; esta es mi gloria.**

²**Despiértate, salterio y arpa;**

Despertaré al alba.

³**Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos;
A ti cantaré salmos entre las naciones.**

⁴**Porque más grande que los cielos es tu misericordia,**

¹ W. Graham Scroggie, *The Psalms: Psalms 1–150* (Los Salmos: Salmos 1–150) (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell Co., 1973), 3:71.

UNA COMPARACIÓN: SALMOS 108.1-5 Y 57.7-11

Salmos 108.1-5

¹Mi corazón está dispuesto, oh Dios;
Cantaré y entonaré salmos; esta es mi gloria.

²Despiértate, salterio y arpa;
Despertaré al alba.

³Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos;
A ti cantaré salmos entre las naciones.

⁴Porque más grande que los cielos es tu misericordia,
Y hasta los cielos tu verdad.

⁵Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios,
Y sobre toda la tierra sea enaltecida tu gloria.

Salmos 57.7-11

⁷Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto;
Cantaré, y trovaré salmos.

⁸Despierta, alma mía; despierta, salterio y arpa;
Me levantaré de mañana.

⁹Te alabaré entre los pueblos, oh Señor;
Cantaré de ti entre las naciones.

¹⁰Porque grande es hasta los cielos tu misericordia,
Y hasta las nubes tu verdad.

¹¹Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios;
Sobre toda la tierra sea tu gloria.

Y hasta los cielos tu verdad.

⁵Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios,

Y sobre toda la tierra sea enaltecida tu gloria.

Versículo 1. El autor anuncia que ha hecho un compromiso «firmemente fijo» (כּוּן; *kun*): **mi corazón está dispuesto, oh Dios.** Ha plantado o establecido su corazón en Dios, y está decidido a que ninguna fuerza, sea animada o inanimada, podrá desalojarlo o apartarlo de esta resolución espiritual. (Vea Sal 112.7.) El propósito profundo de su corazón es adorar a Dios en todo tiempo, lugar y circunstancia. Salmos 57.7 utiliza una frase similar: «Pronto está mi corazón», haciendo que la primera línea sea aún más enfática para ese salmo.

Dar gracias a Dios será una parte importante de la vida del salmista. **Cantaré y entonaré salmos; esta es mi gloria.** Toda su personalidad y vida están unidas en darle a Dios las gracias y la adoración que le pertenecen. «Esta es mi gloria» es una traducción literal del hebreo mismo (כְּבוֹד, *kabod*). La palabra hebrea, en este contexto, es una expresión figurativa que habla de todo el ser espiritual de una persona. Salmos 57.7 simplemente tiene el paralelismo sinónimo, «Cantaré, y trovaré salmos».

Versículo 2. Salmos 57.8 dice, «Despierta, alma mía», mientras que este salmo dice, **despiértate, salterio y arpa.** Le está ordenando a su ser espiritual que se levante y se entregue a alabar a Dios. En consonancia con el uso que se hacía de los instrumentos musicales en los tiempos del Antiguo Testa-

mento, dos instrumentos típicos son personificados y se les da la orden de levantarse y participar en esta ocasión de alabanza. El término hebreo «salterio» (נֶבֶל, *nebel*) tuvo que haber sido algo similar a un laúd o una guitarra. El «arpa» (כִּנּוֹר, *kinnor*) también era un instrumento de cuerdas usado en contextos seculares y religiosos. Las dos palabras hebreas son similares e incluso pueden usarse indistintamente.

El autor no solo busca despertarse a sí mismo con una alabanza vivaz, también buscará **[despertar] al alba** misma con su espíritu de adoración. Su deseo es saludar la llegada del «alba», la llegada del crepúsculo, con

alabanza y agradecimiento a Dios. Celebrará el comienzo del día alabando a Dios por Su bondad. Su alabanza a su Dios tiene un diseño tridimensional. Será su primer pensamiento del día y su actividad continua o diaria; y surgirá de un corazón sincero, un espíritu impulsado por una devoción total.

Versículo 3. Además de participar en una adoración personal a Dios, le dará gracias de manera pública entre los pueblos y las naciones cuando sea posible. **Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos.** La alabanza privada a Dios es apropiada, pero es insuficiente para la persona justa. Salmos 57.9 tiene «Señor» (אֲדֹנָי, *'Adonay*), mientras que este salmo cambia el nombre de «Dios» (v. 1) a «Jehová» (יְהוָה, *YHWH*). **A ti cantaré salmos entre las naciones.** Con un paralelismo sinónimo, jura que lo alabaré de la manera más pública posible, incluso contando a las naciones lo que Yahvé ha hecho. La gloria y la gracia de Dios son demasiado buenas para permanecer en secreto; tienen que ser compartidas con todas las «naciones» del mundo.

Versículo 4. Las razones que se dan para alabar a Dios se resumen en las dos palabras «misericordia» y «verdad». **Porque más grande que los cielos es tu misericordia, y hasta los cielos tu verdad.** Dios es alabado por la inmensidad de Su gracia y la fidelidad siempre presente de Su verdad. La palabra «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*) se refiere al amor de pacto de Dios. Su lealtad-gracia es más elevada que nuestros pensamientos más elevados y más fuerte que nuestras emociones más profundas. Su carácter amoroso es la base sobre la que se

apoya Su relación con Su pueblo.

La palabra «verdad» (אֱמֶת, *meth*) refleja la palabra de Dios y Su integridad con respecto a todas Sus promesas cumplidas. El amor y la verdad de Dios fluyen de diversas maneras por toda la tierra. Esta «misericordia» cubre el mundo, llena el espacio entre la tierra y el cielo, y se eleva hasta el cielo mismo. Su fidelidad y veracidad envuelven a Su pueblo como las nubes de la atmósfera envuelven la tierra.

Versículo 5. Alzando su voz en la adoración propiamente dicha a Dios, el autor canta: **exaltado seas sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra sea enaltecida tu gloria.** Dios es «exaltado» cuando es levantado en alabanza y adoración por Su pueblo que se reúne para adorarlo. En tal adoración, Su «gloria» se eleva «sobre toda la tierra». ¿Quién puede entender el impacto total de una asamblea que alza sus voces en alabanza a Dios? El Señor se exalta a Sí mismo a medida que da a conocer Su autoridad y majestad dondequiera y cuandoquiera que habla y señorea. Se le ve como supremo, sin igual, más fuerte que cualquier ser o cosa creada, y absolutamente eterno. Este versículo y Salmos 57.11 son básicamente idénticos.

DIOS HA HABLADO (108.6–9)

⁶Para que sean librados tus amados, Salva con tu diestra y respóndeme.

⁷Dios ha dicho en su santuario: Yo me alegraré; Repartiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.

⁸Mío es Galaad, mío es Manasés, Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza; Judá es mi legislador.

⁹Moab, la vasija para lavarme; Sobre Edom echaré mi calzado; Me regocijaré sobre Filistea.

Versículo 6. La porción de petición del cántico ahora comienza: **Para que sean librados tus amados, salva con tu diestra y respóndeme.** Israel es la nación «amada» de Dios. La palabra «amados» (יָדִיד, *yadid*) es plural. El amor de Dios por Israel es individual y personal, así como una expresión colectiva y nacional.

En sentido figurado, se le pide a Dios que salve con Su «diestra», la mano generalmente reconocida

UNA COMPARACIÓN: SALMOS 108.6–13 Y 60.5–12

Salmos 108.6–13

⁶Para que sean librados tus amados,
Salva con tu diestra y respóndeme.

⁷Dios ha dicho en su santuario: Yo me alegraré;
Repartiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.

⁸Mío es Galaad, mío es Manasés,
Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza;
Judá es mi legislador.

⁹Moab, la vasija para lavarme;
Sobre Edom echaré mi calzado;

Me regocijaré sobre Filistea.

¹⁰¿Quién me guiará a la ciudad fortificada?

¿Quién me guiará hasta Edom?

¹¹¿No serás tú, oh Dios, que nos habías desechado,
Y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?

¹²Danos socorro contra el adversario,
Porque vana es la ayuda del hombre.

¹³En Dios haremos proezas,
Y él hollará a nuestros enemigos.

Salmos 60.5–12

⁵Para que se libren tus amados,
Salva con tu diestra, y óyeme.

⁶Dios ha dicho en su santuario:
Yo me alegraré;
Repartiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.

⁷Mío es Galaad, y mío es Manasés;
Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza;
Judá es mi legislador.

⁸Moab, vasija para lavarme;
Sobre Edom echaré mi calzado;

Me regocijaré sobre Filistea.

⁹¿Quién me llevará a la ciudad fortificada?

¿Quién me llevará hasta Edom?

¹⁰¿No serás tú, oh Dios, que nos habías desechado,
Y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?

¹¹Danos socorro contra el enemigo,
Porque vana es la ayuda de los hombres.

¹²En Dios haremos proezas,
Y él hollará a nuestros enemigos.

como la mano fuerte que porta la espada. La oración solicita que el enemigo sea rechazado por el gran poder de Dios. En resumen, Israel desea que Dios responda su oración liberándolos de sus enemigos en general y de Edom en particular.

Versículos 7, 8. De manera única, o bien Dios responde inmediatamente a esta súplica mediante un oráculo anterior, o bien se le describe mediante un oráculo anterior como alguien que escucha fielmente las oraciones de Su pueblo y las responde.

Dios ha dicho en su santuario. La palabra para «santuario» es קֹדֶשׁ (*qodesh*), que retrata a Dios como hablando desde Su tabernáculo o templo. La palabra generalmente se traduce mejor como «santo» o «santidad». Dios en Su gran «santidad», la suma de Su carácter, ha hablado sobre lo que hará por Su pueblo. Su integridad, «santidad» y justicia le impedirán exhibir algo que no sea pura fidelidad.

Dios habla como si Su palabra ya se hubiera

cumplido. **Yo me alegraré; repartiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.** Sus palabras son motivo de regocijo, porque Sus palabras tienen que verse como las únicas realidades atemporales del universo. Su naturaleza santa proporciona la garantía de que Sus promesas habladas o escritas se cumplirán.

El trasfondo histórico de esta afirmación críptica tiene que ser la promesa que Dios hizo con respecto a la tierra de Canaán, o Palestina, cuando le recordó a Abraham que pertenecería a su posteridad (Gn 12.7). La Tierra Prometida, conocida también con el nombre general de Canaán, incluía todo el territorio que se extendía desde la frontera egipcia en el extremo sur hasta la entrada de Hamat en el norte, y se extendía hasta el río Éufrates en el oriente y el Gran Mar en el occidente. Al autor se le dice que Dios dividirá la tierra de acuerdo con Su compromiso con Abraham. Como Gobernante del mundo, es el único con el derecho de asignar a quién pertenece la tierra.

Dios se está «alegrando» grandemente por estar repartiendo «Siquem», una ubicación central al occidente del Jordán, que Él está desposeyendo por amor a Israel. Su corazón salta de alegría de la satisfacción cuando «el valle de Sucot», un valle cerca de Penuel y al oriente del Jordán, es medido como con herramientas de agrimensor para ser entregado a Israel.

Los nombres geográficos mencionados en el texto —«Siquem», «Sucot», «Galaad», «Manasés», «Efraín» y «Judá»— son representativos de las regiones que componen la tierra asignada a Israel en Palestina a ambos lados del Jordán. **Mío es Galaad, mío es Manasés, y Efraín es la fortaleza de mi cabeza; Judá es mi legislador.** «Galaad» en el oriente pertenecería a la nación de Dios como se prometió; y lo mismo sucedería con «Manasés», que estableció la mitad de su tribu en el oriente y la otra mitad en el occidente. A «Efraín» se le refiere como una «fortaleza», un símbolo de fuerza. A «Judá» se le llama un «legislador», un símbolo de dominio y señorío. Tiene que ser que Efraín es un nombre principal para las tribus del norte y las tribus adyacentes del oriente, mientras que «Judá» tiene que referirse colectivamente a las tribus del sur. Simbólicamente, cada tribu está incluida bajo los nombres de las dos tribus más grandes, «Efraín» y «Judá». De esta manera, ninguna tribu es pasada por alto ni omitida. Las tribus mencionadas representan la división de la tierra por parte de Dios conforme a Su promesa.

Versículo 9. Moab, la vasija para lavarme; sobre Edom echaré mi calzado; me regocijaré sobre Filistea. Como Gobernante sobre todas las naciones, incluyendo «Moab», «Edom» y «Filistea», Dios juzgará la hostilidad para con Israel que tengan estas naciones vecinas. Las frases «vasija» y «echaré mi calzado» describen los decretos de juicio que Dios pronunciará contra estas naciones.

«Moab» se convertirá en una «vasija». En los días que seguirán, Moab será reducido a la condición de siervo. Balaam profetizó la subyugación de esta nación a Israel (Nm 24.17). Retrató la conquista completa: «Y se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab».

«Edom» también experimentará un cambio en su posición entre las naciones, un cambio expresado con la figura de un calzado: «Sobre Edom echaré mi calzado». Como frase idiomática, se utiliza de varias maneras. Podría querer decir que Dios presionará Su sandalia sobre ellos, o que se les exigirá que renuncien a algún derecho significativo que poseen (Rt 4.7). También podría referirse a una costumbre de arrojar una herradura sobre una parcela de tierra cuando alguien declara su propiedad sobre ella. La idea en este texto podría incluso combinar todas estas ideas, ya que dice que «Edom» había de ser empujada hacia abajo y obligada a renunciar a su liderazgo entre las naciones. Balaam profetizó que Edom sería «tomada», mientras que Israel actuaría «varonilmente» (Nm 24.18).

La autoridad y posesión de Dios se extenderá al oriente hasta «Moab» y «Edom», y al occidente hasta «Filistea». Ninguna zona de Palestina escapará del alcance de Su señorío.

Estos juicios sobre las zonas de Palestina se relacionan figurativamente con la forma como se cumplirá la promesa de tierra de parte de Dios a Israel. Él había respondido la oración que se le dirigió en Salmos 60, y ahora el autor aplica esa respuesta a su nueva situación. Dios está delineando lo que sucederá, o Dios, mediante inspiración, ha descrito por medio de un oráculo anterior Su respuesta a la petición del cántico.

CONFIAR EN DIOS (108.10–13)

¹⁰**¿Quién me guiará a la ciudad fortificada?
¿Quién me guiará hasta Edom?**

¹¹**No serás tú, oh Dios, que nos habías
desechado,**

Y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?

¹²**Danos socorro contra el adversario,
Porque vana es la ayuda del hombre.**
¹³**En Dios haremos proezas,
Y él hollará a nuestros enemigos.**

Versículo 10. A Dios se le hace una pregunta indirecta: **¿Quién me guiará a la ciudad fortificada? ¿Quién me guiará hasta Edom?** Este podría ser el versículo clave del salmo, indicando la razón principal de la composición. El autor, que representa a la nación en su conjunto, está preocupado por cómo Israel entrará en la «ciudad fortificada» de Edom. «Fortificada» (מִבְצָר, *mibtsar*), un sustantivo en el TM, es la palabra para «fortaleza». «Edom» tenía ciudades que estaban ubicadas en lo alto de una región montañosa y eran extremadamente difíciles de atacar y conquistar. Esta ciudad casi inexpugnable será conquistada, porque Dios así lo ha prometido: «Sobre Edom echaré mi calzado» (v. 9). El salmista está buscando la victoria de Dios, y al observar los tratos de Israel con este enemigo problemático, encuentra aliento y esperanza.

Versículo 11. Hasta el momento presente, al autor y a su nación les ha parecido que Dios les ha retirado Su ayuda. No ha ido delante de ellos en la batalla. El salmista entonces ora diciendo: **¿No serás tú, oh Dios, que nos habías desechado.** Los fracasos del pueblo se equiparan con el abandono de Dios. Sin embargo, la fe permanece en sus corazones. Su confianza en Dios les impide creer que Su retirada es permanente. Apelan indirectamente a Dios y le piden que los guíe una vez más. **Y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?** Sus preguntas suponen una respuesta: la esperanza de ellos está únicamente en Dios. Nadie más puede conducir los ejércitos de Israel a la victoria sobre Edom. Con Dios, tendrán éxito; sin Él, fracasarán.

Versículo 12. Esta oración en sus últimas líneas se eleva a un punto máximo de intensidad cuando el salmista mira en dirección a Dios: **Danos socorro contra el adversario, porque vana es la ayuda del hombre.** La solicitud de la ayuda (עֲזָרָה, *'ezrah*) de Dios se hace de manera suplicante. La palabra para «ayuda» es la palabra común para salvación (תְּשׁוּעָה, *t'shu'ah*). Con sabiduría espiritual, este salmo defiende que la salvación que el hombre ofrece es inútil y vana.

Versículo 13. La oración ahora ha ascendido del lamento a la alabanza. La fe en Dios ha llevado al autor a la cima de la confianza. **En Dios haremos proezas,** dice. Bajo el liderazgo de Dios,

Israel luchará haciendo «proezas» (חַיִּיל, *chayil*) o poderosamente. La fuerza humana no puede estar a la altura de la tarea. Impulsados por la fuerza de Dios, los soldados de la nación entrarán en la batalla como los hombres más fuertes, valientes e invencibles. **Y él hollará a nuestros enemigos.** «Y él» peleará por ellos; Él «hollará a [los] enemigos». Con Dios, la victoria está asegurada; y la promesa que Él le hizo a Abraham surgirá como una realidad una vez más.

La historia confirma que la oración de este salmo fue respondida. Israel tuvo éxito en la batalla y Edom fue sometida. Durante el reinado de David, las fronteras de Israel se extendieron para incluir toda el área que se le había prometido a Abraham. Posteriormente, debido a las obras providenciales de Dios, la nación de Edom llegó a su fin.

APLICACIÓN

La justicia es puesta en juicio

¿Qué hace el justo cuando se encuentra en circunstancias extremadamente difíciles? Este salmista nos retrata la actitud del justo cuando se ve azotado por las dificultades. Los rasgos que exhibe nos brindan un bosquejo de cómo vive un hombre de fe en tiempos difíciles.

Aunque nubes oscuras se ciernen sobre él, el justo hace de la alabanza a Dios su ambición constante. El autor comienza este salmo con las palabras: «Mi corazón está dispuesto, oh Dios; cantaré y entonaré salmos; esta es mi gloria» (v. 1). Había resuelto el asunto en lo más profundo de su ser, resolviendo saludar cada mañana alabando a Dios por Su misericordia y fidelidad. Nada podía disuadirlo de dar gracias a Dios en privado en su corazón y de manera pública entre las naciones (v. 3).

El justo escucha al Dios que alaba. Si bien numerosas voces claman por su atención, el justo se mantiene concentrado en lo que su Dios está diciendo. Recuerda las promesas de Dios y las reclama para sí mismo y para su nación. Aprecia el hecho de que «Dios ha [hablado] en su santuario» (v. 7a). La obediencia lo ha sostenido en el pasado, lo mantiene en el presente y lo mantendrá en buena posición en el futuro. Vive en una relación continua con Dios andando en Su palabra. Al permanecer en esta relación, descubre que tiene fuerza para cada prueba, guía para cada paso de su camino y sabiduría para cada situación confusa.

Enfrenta cada día y el futuro desconocido con confianza en Dios. Su esperanza está en Dios, no en el

hombre. Aunque ve reveses temporales mientras avanza hacia la victoria, sabe que Dios es digno de confianza. Confía en que la victoria final llegará como Dios lo ha prometido.

Dios le ha impartido una justicia verdadera. A medida que anda con Dios y lo adora, absorbe la semejanza del carácter de Dios. A medida que vive en Él y le agradece por Su gracia, encuentra la paz que solo Dios puede dar. Está lleno de confianza en cuanto al futuro, pese a las circunstancias devastadoras que lo rodean.

Recordatorios que valen la pena recordar

El presente salmo nos brinda recordatorios necesarios sobre cómo será la vida para quienes están viviendo por fe. En cierta medida, describe cuál debe ser nuestra respuesta a las irregularidades del camino que estamos recorriendo. No nos dice cada detalle del terreno accidentado que tenemos por delante, pero sí nos pinta algunas pinceladas generales para que las contemplemos mientras miramos el futuro con anticipación.

El pueblo de Dios enfrentará problemas. Puede que incluso a veces oremos diciendo: «¿No serás tú, oh Dios, que nos habías desechado, y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?» (v. 11). Cuando lleguen esos momentos, también tendremos que orar pidiendo liberación como lo hace este salmo que dice: «Para que sean librados tus amados, salva con tu diestra y respóndeme» (v. 6).

La realidad es que, en ocasiones, necesitaremos recurrir a las Escrituras para nuestro apoyo y respaldo. Descubriremos, como lo hizo este salmista, que las Escrituras poseen un carácter vivo. Son «[vivas] y [eficaces], y más [cortantes] que toda espada

de dos filos» (He 4.12). La verdad revelada hace mucho tiempo tendrá una aplicación refrescante para la nueva crisis que pueda surgir.

Nuestra fe está anclada en lo que Dios ha prometido. Cuando llegan tiempos difíciles, es alentador reexaminar una gran promesa que Dios ha hecho y cumplido o una que ha hecho pero no ha cumplido plenamente. Su Palabra nos sustenta en todo lo que hacemos. Hallaremos gran consuelo en la verdad de que «Dios ha [hablado] en su santuario» a favor de Su pueblo (v. 7).

La alabanza a Dios debe ser una parte continua de nuestra devoción a Él. Nuestra resolución tiene que ser unirnos al autor de este cántico en decir: «Te alabaré, oh Jehová, entre los pueblos; a ti cantaré salmos entre las naciones» (v. 3). Es nuestro deseo hacerlo porque anhelamos que Dios sea exaltado sobre los cielos y Su gloria sobre toda la tierra (v. 5). Nuestra victoria sólo puede ser hallada en Él. Nuestra oración no reposa sobre ningún otro fundamento que Su integridad. Sabemos que hemos hecho el juicio correcto cuando oramos: «Danos socorro contra el adversario, porque vana es la ayuda del hombre» (v. 12).

Algunos recordatorios no son importantes; cuando se olvidan, no hay consecuencias negativas. Por el contrario, algunos recordatorios son tan importantes que cuando se olvidan, las consecuencias son grandes. ¿Puede usted imaginarse a un adulto olvidando a un niño y dejándolo en un lugar peligroso? Eso sería impensable. De la misma manera, los recordatorios que acabamos de mencionar se encuentran en el centro mismo de la vida. Si se olvidan, el alma se ve terrible y eternamente afectada.

El juicio del mal

El sobrescrito: Al musico principal. Salmo de David. La designación, **al musico principal** (לְמַנְטֶשֶׁחַ, *lamnatstseach*), prevé un uso público de la oración. La oración también se etiqueta como **Salmo** [מִזְמוֹר, *mizmor*] **de** [לְ, *le*, «por», «para» o «a»] **David** (דָּוִד, *dawid*). Nada en el salmo prueba o refuta la exactitud de este título. Sin embargo, está claro que Pedro confirmó la autoría davídica con su cita pública en Hechos 1.16, diciendo: «el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas». David podría haber escrito el salmo en cualquier número de ocasiones, como cuando huía de Saúl o cuando era amenazado por Doeg o Ahitofel, o después de que Simei lo maldijera. Obviamente, el salmo gira en torno a alguien que estaba siendo difamado y atacado.

Como oración de lamento, el presente salmo constituye uno de los salmos imprecatorios más claros e intensos de todo el libro de Salmos. El autor pide que las maldiciones del pecado caigan sobre los enemigos despiadados que lo persiguen. El corazón del salmo, los versículos 6 al 20, es la porción de imprecación del salmo. Su comienzo (vv. 1–5) y su final (vv. 21–31) consisten en una mezcla de lamentos, oraciones y alabanzas.

El espíritu áspero, casi vengativo, de lo orante plantea la pregunta razonable: «¿Cuál es el propósito y el lugar de la imprecación en la adoración a Dios en los tiempos del Antiguo Testamento?». El salmista ora para que sus enemigos no reciban misericordia, para que sus hijos se conviertan en mendigos y sus descendientes sean borrados de la memoria de todos. ¿Cómo ha de interpretarse ese lenguaje de oración? ¿Tiene alguna aplicación para el cristiano en la era cristiana?

G. Campbell Morgan pensaba que las imprecaciones en sí mismas eran citas de los enemigos del salmista, y que esta oración simplemente vuelve las palabras de los enemigos contra ellos

mismos, como estaría motivado a hacer un líder justo.¹ Retrató al salmista como orando: «Han procurado matarme. Pido que sean juzgados con justo juicio. Asegúrate, Señor, que cosechen lo que han sembrado, y que ellos mismos sean muertos». Este punto de vista tiene cierto atractivo, sin embargo, el texto no contiene ninguna prueba clara de que los enemigos del autor sean los que están profiriendo las maldiciones. De hecho, el versículo 20, «Sea este el pago de parte de Jehová a los que me calumnian, y a los que hablan mal contra mi alma», puede entenderse como exactamente lo opuesto a este punto de vista.

Otra perspectiva del salmo es ver al salmista anunciando que estas tragedias les sucederán a sus enemigos si permanecen impenitentemente enredados en sus malvados ardides. Es decir, la oración del autor podría estar diciendo: «Dios, yo conozco el futuro de las personas que han elegido poner en práctica estrategias diabólicas como esta». Sin embargo, una lectura directa del pasaje no lo sugiere. Interpretar la oración como un anuncio de lo que les sucederá a los hombres malvados forzaría de manera antinatural las inflexiones verbales del salmo. Esto es especialmente cierto a la luz de la presentación detallada de la imprecación.

Otra forma de ver la oración, y probablemente la más realista, es entender que los enemigos del salmista son los enemigos de Dios. De acuerdo a esta manera de pensar, el autor ve a quienes se oponen al pueblo de Dios, en primer lugar y sobre todo, como personas que tienen su corazón empeñados contra Dios. Si esta es la explicación adecuada del principio y el final de este salmo,

¹ G. Campbell Morgan, *Notes on the Psalms* (Apuntes sobre Salmos) (New York: Fleming H. Revell Co., 1947), 212.

el autor está orando en pleno reconocimiento de la justicia divina y llamando a la acción las retribuciones divinas que Dios ha prometido por el pecado. El juicio de Dios sobre el pecado y la destrucción de los hombres controlados por el mal se fusionan en una condena airada. Le pide a Dios que trate con sus enemigos esencialmente de la manera en que Dios siempre lo ha hecho. Solo tenemos que recordar, por ejemplo, lo que hizo con el pueblo de Jericó. (Vea Jos 5; 6.) En la prohibición divina que se ejerció contra ellos, los habitantes de Jericó fueron destruidos: hombres, mujeres, niños, ganado y posesiones.

El punto de vista que dice que el presente salmo constituye un «juicio del pecado» tiene mucho para elogiar. Según esta interpretación, el salmo sería un salmo del Antiguo Testamento que pide que la justicia de Dios sea aplicada al reino del pecado.

Varios salmos contienen fragmentos imprecatórios que corroboran la existencia de este tipo de oración en la era del Antiguo Testamento. (Vea, por ejemplo, Sal 35; 69; vea también Jue 5; 2° S 3.29; 2° R 1.10–12; y Jer 18.19–23.) Tal oración es ajena a los autores del Nuevo Testamento, excepto en casos inusuales, como el de Lucas 9.54–56, donde Santiago y Juan le pidieron a Jesús que hiciera descender fuego del cielo y destruyera una aldea de Samaria.

La imprecación aparece especialmente en contextos de juicio del período del Antiguo Testamento. Bajo la supervisión de Dios —en la salida de Egipto, el destierro de los cananeos, la expulsión de opresores y la entrega de los juicios de Dios sobre las ciudades rebeldes— la imprecación encontró un lugar en las oraciones regulares de los líderes y profetas de Dios. Dios a veces (al menos en los días del Antiguo Testamento) eligió que Su pueblo, de manera limitada pero resuelta, ejerciera Su juicio sobre la maldad. Si bien el Antiguo Testamento es Escritura inspirada, aquellos siervos de Dios no actúan con el alto estándar de amor que el Nuevo Testamento nos presenta. Jesús mismo habló de la nueva era que había traído: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros» (Jn 13.34). El mandamiento de amar a los demás está presente en el Antiguo Testamento, pero no está plenamente ejemplificado en aquellos tiempos como lo está por Jesús en el Nuevo Testamento.

El contexto y el trasfondo de este salmo obligan al lector a interpretar la súplica del salmista para que caigan maldiciones sobre sus enemigos

como una expresión de los juicios divinos de Dios sobre los impíos impenitentes. David, un hombre justo, que fue a la guerra a menudo bajo la bandera del Señor, seguramente no dudaría en orar por la desaparición de los enemigos de Dios (y propios) inclinados al pecado. Este enfoque de la imprecación del Antiguo Testamento coloreará, notablemente, la exégesis del texto de este salmo.

«NO CALLES» (109.1–5)

¹**Oh Dios de mi alabanza, no calles;**

²**Porque boca de impío y boca de engañador se han abierto contra mí;**

Han hablado de mí con lengua mentirosa;

³**Con palabras de odio me han rodeado, Y pelearon contra mí sin causa.**

⁴**En pago de mi amor me han sido adversarios; Mas yo oraba.**

⁵**Me devuelven mal por bien, Y odio por amor.**

Versículo 1. El salmo comienza con una súplica desesperada a Dios. **Oh Dios de mi alabanza, no calles.** Frases similares se encuentran en Salmos 28.1; 35.22; y 39.12.

A Dios se le llama el «Dios de mi alabanza». (Vea Dt 10.21; Jer 17.14.) Él es el objeto de todas las alabanzas que ofrecen los verdaderos adoradores. El salmista le pide a Dios que «no [calle]», sino que venga en ayuda de su siervo afligido, que lo ha adorado fielmente. Dios no se había quedado callado en el pasado cuando llegó el momento de juzgar el pecado. Se levantó y visitó a los malvados con los truenos de Sus justos juicios. Dios no se había quedado de brazos cruzados, observando pasivamente, mientras Su mundo se precipitaba en el mar de la iniquidad. Por eso el autor ora diciendo: «De acuerdo con Tu naturaleza y Tu intención justas, levántate como lo has hecho antes, y coloca a estos rebeldes impíos en los lugares que Tu santidad decreta para ellos».

Versículo 2. Los impíos que lo rodeaban habían sido extremadamente crueles con él. Eran **[impíos]** y **[engañadores]** y **[habían] hablado de [él] con [lenguas mentirosas]**. Habían abierto sus bocas contra él, calumniándolo. Con sus palabras estaban golpeando todo lo que era sagrado en él.

Versículo 3. Deseando que su fidelidad sea plenamente reconocida, el autor menciona su inocencia. Cree que se le han opuesto «sin causa». **Con palabras de odio me han rodeado, y pelea-**

ron contra mí sin causa. El autor, que ha vivido por encima de todas estas acusaciones, ha sido el punto focal de este reino de terror. No tenían ningún litigio (חִנָּם, *chinnam*) contra él, pero lo cubrieron falsamente con una nube de acusaciones. El «odio» había jugado un papel importante en ello. También se usa la palabra fuerte «pelearon» (לָחַם, *lacham*). Impulsados por una intención homicida, habían ido tras él como un ejército avanza para atacar una ciudad.

Versículo 4. Para colmo de males, habían pagado su amor volviéndose contra él. **En pago de mi amor me han sido adversarios.** En lugar de reconocer su compasión hacia ellos, se habían designado a sí mismos como sus críticos, como sus «adversarios». Esta palabra, שָׂטָן (*satan*), es la palabra de la que proviene el nombre propio, «Satanás». *Satanás* aparece cuatro veces en este salmo: como forma verbal aquí, como sustantivo en el versículo 6 y como participio en los versículos 20 y 29. El punto es que sobre él habían caído juicios falsos y desmoralizadores.

Con una frase sin verbo, el salmista dice que ha estado ocupado orando por todo el asunto: **mas yo oraba.** El hebreo lo expresa de manera sencilla y con gran fuerza: «mas yo [...] oración» (וְאֲנִי תְּפִלָּה, *wa'ani thepillah*). Si bien se han dado varias traducciones a esta frase, la oración completa es la siguiente: «Han devuelto acusaciones por mi amor, y yo oración». El punto que plantea el autor parece ser que mientras ellos le estaban haciendo lo peor, él había respondido con oración por ellos. (Vea Sal 35.12, 13.) No ha hecho nada más que orar por ellos. Salmos 120.7 tiene una construcción similar. Mientras que la Reina-Valera dice: «Yo soy pacífico», el hebreo simplemente dice: «Yo [...] paz».

Versículo 5. Había sido despreciado por su bondad y despreciado por su generosidad. **Me devuelven mal por bien, y odio por amor.** Él los había llevado generosamente ante Dios en sus oraciones; pero su «bien» había sido respondido con «mal», su «amor» había sido correspondido con «odio». Le habían dado lo más bajo, mientras que él les había dado lo más alto; él había dado lo mejor, sin embargo, ellos le habían dado lo peor.

«SALGA CULPABLE» (109.6–13)

⁶Pon sobre él al impío,

Y Satanás esté a su diestra.

⁷Cuando fuere juzgado, salga culpable;

Y su oración sea para pecado.

⁸Sean sus días pocos;

Tome otro su oficio.

⁹Sean sus hijos huérfanos,

Y su mujer viuda.

¹⁰Anden sus hijos vagabundos, y mendiguen;

Y procuren su pan lejos de sus desolados hogares.

¹¹Que el acreedor se apodere de todo lo que tiene,

Y extraños saqueen su trabajo.

¹²No tenga quien le haga misericordia,

Ni haya quien tenga compasión de sus huérfanos.

¹³Su posteridad sea destruida;

En la segunda generación sea borrado su nombre.

En los versículos 1 al 5, el salmista habla del principal adversario y de los que están con éste, haciendo uso de la tercera persona del plural como los sujetos de las acciones recibidas. Sin embargo, en los versículos 6 al 20, se usa el singular («él» y «su»). Este cambio del plural al singular ha dado lugar a diversas interpretaciones. Un intento coloca un «Dicen» no expresado al comienzo del versículo 6, convirtiendo a David en el objeto de las imprecaciones que se hacen. Este punto de vista presenta al enemigo profiriendo las imprecaciones contra David. Tal interpretación tiene poco sustento, ya que parece torcer el texto de manera antinatural.

Otra explicación, dada por Derek Kidner, permite que las formas singulares, «él» y «su», representen simbólicamente a «cada uno» de los enemigos.² En este punto de vista, David estaría hablando del enemigo colectivamente en los versículos 1 al 5, pero en los versículos 6 al 20 estaría reduciendo el conjunto a individuos. Este punto de vista considera la palabra «enemigo» tanto en singular como en plural.

Otra manera de explicar este cambio es asumiendo que los adversarios del salmista tienen un líder destacado, sobre el que se centra toda la imprecación de los versículos 6 al 20. Esta parece ser la interpretación más natural de esta parte del salmo.

Si bien esta sección del salmo es una crítica franca, también es una oración. Las peticiones del

² Derek Kidner, *Psalms 73–150: A Commentary on Books III–V of the Psalms* (Salmos 73–150: Un comentario sobre los libros III–V de Salmos) (London: Inter-Varsity Press, 1975), 389.

autor son encomendadas en las manos de Dios. Le pide a Dios que ponga a este impío y a sus camaradas bajo Sus justos juicios.

Versículo 6. La parte imprecatoria de su oración comienza con la petición: **Pon sobre él al impío, y Satanás esté a su diestra.** La petición es que Dios lleve a juicio al enemigo bajo un «impío», para que pueda experimentar el mismo tipo de injusticia que había impuesto al autor y a otros. El salmista pide que «Satanás» **שָׂטָן** (*śatan*) esté al lado de este hombre y refute cada argumento que presente en su propia defensa. La palabra *śatan* aquí podría traducirse simplemente como «un acusador» sin que se refiera necesariamente a Satanás mismo.

Versículo 7. «Este impío», suplica el autor, «tiene que ser expuesto como lo que es». **Cuando fuere juzgado, salga culpable; y su oración sea para pecado.** Esta petición pide que el hombre sea condenado por sus crímenes. Tal vez sabiendo que Dios solo acepta la oración de un corazón sincero y penitente, pide que Dios considere las oraciones del enemigo impenitente como «pecado». Incluso pide que este hombre ya no tenga la capacidad de orar a Dios. (Vea peticiones similares en Pr 15.8; 28.9; Is 1.12–15.)

Versículos 8, 9. Una bendición del Antiguo Testamento que Dios prometía otorgarles a quienes lo obedecieran consistía en una larga vida o cierta cantidad de días. Lo opuesto a esta promesa, la desobediencia a Sus mandamientos, sería un acortamiento divino de la vida de una persona. En este sentido, se hace la súplica: **Sean sus días pocos.** Salmos 55.23 describe a Dios como el que lleva a los hombres engañadores y derramadores de sangre al «pozo de perdición» y anuncia que estos hombres no llegarán vivos «a la mitad de sus días». En otros lugares del Antiguo Testamento se expresan juicios similares. (Vea Pr 10.27; Ec 7.17.)

Como resultado de una muerte prematura, cualquier «oficio» que ocupe el enemigo tendrá que ser entregado a otro hombre. Por lo tanto, el salmista pide: **Tome otro su oficio.** Esta parte del versículo, junto con Salmos 69.25, se cita en Hechos 1.20 en referencia a Judas Iscariote. La razón aparente por la que Pedro aplicó esta cita a Judas es que éste poseía rasgos de carácter similares a los de los enemigos de David. Pedro y Lucas no objetaron el uso de la imprecación del salmo. Lo consideraron como Escritura autorizada que podía aplicarse al caso especial de Judas.

Los hijos del enemigo, por necesidad, sufrirán por el pecado de su padre. Por eso, la oración

incluye la petición: **Sean sus hijos huérfanos.** Su muerte temprana devastará su hogar, quitando de él el liderazgo paternal. Además, su oración habla de que **su mujer** llegue a ser **viuda**. La esposa, al estar entrelazada con la vida del enemigo, estará automáticamente involucrada. Su rápida muerte no solo dejará a sus hijos huérfanos, también dejará a «su mujer viuda». El pecado vive para destruir; y con un músculo destructor, realiza la peor clase de demolición.

Versículo 10. Yendo más allá de los resultados filiales de la muerte prematura del padre, el juicio justo ha de caer sobre los propios hijos: **Anden sus hijos vagabundos, y mendiguen; y procuren su pan lejos de sus desolados hogares.** Los hijos están incluidos nuevamente por una razón diferente. Sin duda, aquí se les ve como poseedores del mismo espíritu que su padre está evidenciando. Cuando los hijos abrazan el odio del padre de ellos contra Dios (Ex 20.5), obviamente caerán bajo su misma condenación.

Los hijos que vagan de un lado a otro, mendigando pan, es una de las mayores tragedias que pueden caer sobre una familia. De hecho, lo que surge es un hogar en ruinas. Habiendo perdido sus medios de subsistencia, se convierten en carroñeros, buscando comida en los alrededores.

Versículo 11. No es de extrañar que los desastres financieros se conviertan en parte de esta oración. Ahora se introduce la petición real: **Que el acreedor se apodere de todo lo que tiene, y extraños saqueen su trabajo.** «Que sus acreedores le exijan sus pagos», dice el autor, «y que los ahorros de este impío se agoten», permitiendo que extraños disfruten de los productos de su trabajo. Por ejemplo, sus campos de cereales podrían ser cosechados por «extraños» que no los plantaron ni los cultivaron. Lo que le queda de vida, lo que ha logrado acumular, será saqueado mientras un ejército victorioso recoge el botín de su enemigo derrotado.

Versículo 12. En armonía con la oración imprecatoria, se hace el llamado a que no se le conceda compasión: **No tenga quien le haga misericordia, ni haya quien tenga compasión de sus huérfanos.** Una cosa es carecer de las necesidades de la vida, pero otra es carecer de una persona compasiva que muestre «misericordia». La advertencia de Dios fue que visitaría la maldad de las generaciones impías sobre los pecadores (Dt 5.9). En línea con el pensamiento del Antiguo Testamento, se hace la oración para que Dios haga lo que ha prometido.

Versículo 13. Los descendientes del impío han de ser tratados de la misma manera que él ha tratado a otros. La iniquidad de sus antepasados no ha de ser perdonada. **Su posteridad sea destruida; en la segunda generación sea borrado su nombre.** La maldición que se menciona va hacia adelante y hacia atrás: hacia adelante a las generaciones que seguirán y hacia atrás a la larga historia de su árbol genealógico. Estas generaciones, pasadas, presentes y futuras de su pueblo han de ser «destruidas» y no ser recordadas más.

**ACUÉRDATE DE SU MALDAD
(109.14–20)**

¹⁴Venga en memoria ante Jehová la maldad de sus padres,

Y el pecado de su madre no sea borrado.

¹⁵Estén siempre delante de Jehová,

Y él corte de la tierra su memoria,

¹⁶Por cuanto no se acordó de hacer misericordia,

Y persiguió al hombre afligido y menesteroso, Al quebrantado de corazón, para darle muerte.

¹⁷Amó la maldición, y esta le sobrevino;

Y no quiso la bendición, y ella se alejó de él.

¹⁸Se vistió de maldición como de su vestido,

Y entró como agua en sus entrañas,

Y como aceite en sus huesos.

¹⁹Séale como vestido con que se cubra,

Y en lugar de cinto con que se ciña siempre.

²⁰Sea este el pago de parte de Jehová a los que me calumnian,

Y a los que hablan mal contra mi alma.

Versículo 14. No se concederá perdón a sus antepasados ni a su madre. **Venga en memoria ante Jehová la maldad de sus padres, y el pecado de su madre no sea borrado.** Esta declaración bien podría ser la parte más rigurosa de la oración. Tal vez la súplica tenga como trasfondo la impenitencia no solo de este líder sino también de sus numerosos parientes que lo han apoyado.

Versículo 15. **Estén siempre delante de Jehová, y él corte de la tierra su memoria.** En paráfrasis, dice: «Que este pueblo esté continuamente ante los juicios de Dios. Que nunca salgan de su justa condenación del pecado». La petición solicita que sean juzgados tan completamente que nunca más sean recordados en la tierra.

Versículo 16. Su oponente ha de recibir la justa recompensa por lo que ha hecho. **Por cuanto no**

se acordó de hacer misericordia, y persiguió al hombre afligido y menesteroso, al quebrantado de corazón, para darle muerte. Había perseguido a otros, incluso hostigando al «afligido», al «menesteroso» y desalentados. La forma como los trató fue tan severa que algunos fueron condenados a muerte. De la misma manera, de acuerdo con la justicia recíproca de Dios, no se le debe mostrar bondad. Debe cosechar lo que ha sembrado.

Versículo 17. Quienquiera que sea el enemigo, parece haberse entregado a las maldiciones, hasta el punto de amarlas. **Amó la maldición, y esta le sobrevino; y no quiso la bendición, y ella se alejó de él.** Es experto en pronunciar juramentos violentos y obscenos sobre los demás. Es su práctica bien desarrollada. Se ha destacado en ella y la ha utilizado con frecuencia. La oración, en el espíritu de verdadera retribución, pide que lluevan sobre él maldiciones similares. Es terriblemente cruel, no muestra misericordia en sus ataques a los demás; y en consecuencia, no se le ha de mostrar misericordia.

Versículo 18. El presente versículo y el siguiente revelan cuán inmerso está este hombre en la maldad que lo motiva. Está tan involucrado con estas maldiciones que es como si se hubiera «vestido» con ellas. **Se vistió de maldición como de su vestido, y entró como agua en sus entrañas, y como aceite en sus huesos.** Está envuelto con ellas, por dentro y por fuera. Las maldiciones rodean su cuerpo como un «vestido», y salen de su interior como si fueran «agua» dentro de él, o «aceite» medicinal que ha descendido hasta los huesos de su cuerpo. Estas maldiciones son el corazón y la personalidad de este enemigo. Cuando las pronuncia, fluyen naturalmente de él. Además, es la fuente y la personificación de ellas.

Versículo 19. No sólo es apropiado que este hombre sea descrito en términos de lo que es, sino también en términos del juicio que le espera. Si no se arrepiente, se hundirá aún más en estas acusaciones malvadas. Se sentirán como en casa en él, y se aferrarán a él, haciéndose uno con él.

De acuerdo con el juicio de Dios sobre él, lo que ha estado dando volverá a él. **Séale como vestido con que se cubra, y en lugar de cinto con que se ciña siempre.** La prenda con la que este malvado ha envuelto a otros, por la naturaleza del caso, primero se la ha envuelto a sí mismo. En el tiempo que perduren, las maldiciones lo estrujarán más y más. Se convertirán en una prenda que lo cubra por completo, y como un cinto que se adhiere es-

trechamente a su cuerpo noche y día, sin apartarse nunca de él.

El peor juicio que puede sobrevenirle a un hombre malvado es que se una a su maldad. Un desastre de tal magnitud producirá resultados terribles: su familia será borrada de la historia, su existencia actual estará marcada por la tragedia y su futuro será devorado por los juicios de Dios.

Versículo 20. Habiendo expresado claramente que los impíos —los que son el tema principal de su oración— están bajo los juicios de Dios, el lamento imprecatorio concluye con una petición más: **Sea este el pago de parte de Jehová a los que me calumnian, y a los que hablan mal contra mi alma.** Las imprecaciones que se han pronunciado, el «este» de su petición, han descrito «el pago» (תַּעֲלָתַי, *paʿullath*), el salario o la recompensa que les espera a estos que lo «calumnian» (שָׂטָן, *śatan*, en forma participial). Inequívocamente, estos juicios vendrán de Jehová (יְהוָה, *YHWH*) cuando la oración sea respondida. Serán repartidos según Su divina justicia y misericordia, no según el prejuicio del autor. La postura del siervo de Dios es esperar sabia y obedientemente a que Dios traiga la venganza que Él ha prometido sobre aquellos que están hablando «mal contra» su «alma» (נֶפֶשׁ, *nepesh*) o vida.

TRATA CONMIGO CON MISERICORDIA (109.21–25)

²¹**Y tú, Jehová, Señor mío, favoréceme por amor de tu nombre;**

Líbrame, porque tu misericordia es buena.

²²**Porque yo estoy afligido y necesitado,
Y mi corazón está herido dentro de mí.**

²³**Me voy como la sombra cuando declina;
Soy sacudido como langosta.**

²⁴**Mis rodillas están debilitadas a causa del ayuno,**

Y mi carne desfallece por falta de gordura.

²⁵**Yo he sido para ellos objeto de oprobio;
Me miraban, y burlándose meneaban su cabeza.**

Versículo 21. El salmo pasa de centrarse en el enemigo a centrarse en las necesidades específicas de quien pronuncia la oración. **Y tú, Jehová, Señor mío, favoréceme por amor de tu nombre.** Se le pide a Dios que actúe por «amor» de Su propio nombre. La Reina-Valera ha insertado «favoréceme», dando por sentado que se entiende la idea.

El texto hebreo simplemente dice: «Haz conmigo por amor de tu nombre». Dios ha sido conocido como Aquel que responde a las necesidades de Su pueblo, y el salmista mantiene esta reputación ante Dios cuando pide ayuda. En la otra mitad del paralelismo sinónimo, Dios es representado como el Dios del amor de pacto. **Líbrame, porque tu misericordia es buena.** «Tu lealtad al pacto», suplica, «tiene la gran cualidad de la bondad [טוֹב, *tob*] en ella, y por esta razón no dudo en pedirte que me libres de esta terrible noche por la que estoy pasando».

Versículo 22. ¿Cuál es la esperanza del autor? Necesita que Dios le imparta misericordia. Dios es el Dios de toda misericordia, y su situación requiere la misericordia que sólo Dios puede mostrar. **Porque yo estoy afligido y necesitado, y mi corazón está herido dentro de mí.** Por todo lo que le ha sucedido, se ve a sí mismo como «afligido y necesitado». Su «corazón» está roto, aplastado y desmoralizado. Este corazón traspasado suyo lo ha hecho completamente dependiente de Dios. Él es, cree, un hombre profundamente herido, y confía en que Dios no ignorará a Su siervo maltratado y sangrante.

Versículo 23. Para ser ilustrativo al respecto, se lamenta, **me voy como la sombra cuando declina.** Al anochecer, la sombra «declina» y luego se desvanece. Cree que se está hundiendo sin posibilidad de levantarse. Silenciosamente, es decir, imperceptiblemente, una sombra se desliza hacia la oscuridad y luego ya no se le puede ver. Teme que a menos que sea rescatado, él también morirá silenciosamente.

Soy sacudido como langosta. Una «langosta» no representa una verdadera amenaza para nadie. Puede ser fácilmente derribada o aplastada. Es sacudida por el viento y tiene poco que decir al respecto. El autor es como una langosta que está siendo golpeada por las manos violentas de los hombres. Los pueblos de la tierra podrían no notar esta tragedia, pero él confía en que Dios la verá. Puede que sea como una langosta sin importancia desde el punto de vista de la tierra, pero a los ojos de Dios es Su siervo necesitado.

Versículo 24. El salmista ha orado y ayunado a menudo por el predicamento que lo está consumiendo: **Mis rodillas están debilitadas a causa del ayuno, y mi carne desfallece por falta de gordura.** Ha sido tan continuo, tan intenso, tan disciplinado en su súplica que su espíritu y su cuerpo están exhaustos a causa de ello. Su ayuno ha hecho que

su cuerpo se vuelva demacrado y huesudo. Se ha consumido bajo la presión de la agitación interior y la lucha espiritual. Sus solemnes súplicas han minado su fuerza física y han afectado su apariencia y espíritu.

Versículo 25. Además, se ha convertido en objeto de burla, ridículo y mofa. **Yo he sido para ellos objeto de oprobio.** La palabra hebrea חֶרְפָּה (*cherpah*) puede traducirse como «burla». El hombre de Dios se ha convertido en una moraleja, un proverbio de burla, un canto de reproche. La verdad es que, dice él, cuando **me miraban, [...] burlándose meneaban su cabeza.** Cuando su nombre surge en una conversación, las personas sacuden sus cabezas y sus lenguas confiesan que lo detestan. Lo ven como el epítome de la clase de persona que hay que evitar, un hazmerreír, una persona despreciable. Devastado por todo esto, clama por la intervención de Dios.

«SÁLVAME» (109.26–29)

²⁶**Ayúdame, Jehová Dios mío;
Sálvame conforme a tu misericordia.**

²⁷**Y entiendan que esta es tu mano;
Que tú, Jehová, has hecho esto.**

²⁸**Maldigan ellos, pero bendice tú;
Levántense, mas sean avergonzados, y regocíjese tu siervo.**

²⁹**Sean vestidos de ignominia los que me calumnian;
Sean cubiertos de confusión como con manto.**

Versículo 26. La súplica que hace el salmista se puede resumir en una palabra: «¡Socorro!». Todos los siervos angustiados generalmente se limitan a decir esta simple petición: **Ayúdame, Jehová Dios mío; sálvame conforme a tu misericordia.** La situación se ha vuelto desesperada. Dios tiene que tomarla en Sus manos y corregirla, o todo estará perdido. Nadie sino Dios puede manejar su situación.

La persona angustiada no tiene justicia propia para alegar. Es un hombre pecador y no tiene ninguna razón válida para que Dios, el Dios justo, obre en su favor. Puede anunciar que es inocente de la acusación que se le imputa y puede afirmar que ha orado por quienes lo han maltratado en lugar de tomar represalias contra ellos. Sin embargo, sabe que sus acciones no son una base adecuada para la petición que está haciendo. Su vida es demasiado débil, demasiado superficial y demasiado parcial

para ser digna de la gracia de Dios. Depende apropiadamente de la «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*) de Dios. Ningún ser humano puede hacer ningún otro tipo de apelación a Dios.

Versículo 27. Además, la gloria de Dios es lo más importante en la mente del autor. Sí, desea que Dios actúe; pero quiere que todos sepan que es Dios quien lo está salvando, y no sus propias manos. **Y entiendan que esta es tu mano; que tú, Jehová, has hecho esto.** «Asegúrate», dice, «de que cualquier liberación que se me conceda se entienda como las provisiones que has dado a Tu siervo. La respuesta que Tú des tiene que redundar en Tu honor».

Versículo 28. Cuando las respuestas de Dios y las de los hombres son paralelas, se ve un marcado contraste: **Maldigan ellos, pero bendice tú; levántense, mas sean avergonzados, y regocíjese tu siervo.** Su petición negativa/positiva dice: «Que los enemigos de la verdad me maldigan, pero tú bendíceme de tal manera que se avergüencen de lo que han hecho». Los hombres maldicen, devolviendo mal por mal; pero Dios bendice, dando bien por mal. Los hombres actúan vergonzosamente unos con otros; pero Dios trae esperanza, dignidad y alegría a Sus siervos. Si Dios lo bendice con las bendiciones que surgen de Su bondad, este siervo estará satisfecho y lleno del gozo que Dios da. Cuando estas bendiciones «se levantan» en su vida, sus enemigos se avergonzarán de lo que han hecho y caerán bajo sus castigos. El siervo de Dios se deleitará en la alegría de la gracia que se le ha concedido.

En los salmos, se le suele pedir a Dios sobre la base de Su gracia, Su nombre y Su integridad. Este autor suplica fervientemente a Dios basándose en Su gracia y Su nombre. No menciona Su integridad *per se*; sin embargo, parece estar implícita en «bendice tú».

Versículo 29. Anticipando la llegada del día de la liberación de Dios, su oración llega a una línea final de imprecación: **Sean vestidos de ignominia los que me calumnian; sean cubiertos de confusión como con manto.** El mal da como resultado la vergüenza, desgracia y tristeza del mundo. Es una ley de vida que quienes dispensan el mal eventualmente recibirán el mal y serán cubiertos con él. El mal, como un bumerán lanzado al aire, regresa para atormentar y descolorar a quien lo lanzó. Los acusadores de este salmista han tratado de revestirlo de derrota y vergüenza; y recíproca y apropiadamente, están destinados

a caer en la misma trampa que le han tendido. Su corazón y sus acciones, cree él, serán juzgados como irrepreensibles, mientras que sus enemigos «serán cubiertos» de la vergüenza y la desgracia que han diseñado para otros.

«YO ALABARÉ» (109.30, 31)

³⁰**Yo alabaré a Jehová en gran manera con mi boca,**

Y en medio de muchos le alabaré.

³¹**Porque él se pondrá a la diestra del pobre, Para librar su alma de los que le juzgan.**

Versículo 30. Se le debe alabar a Dios sin importar cuán deprimentes sean las circunstancias o cuán crueles sean los enemigos. Con noble resolución, el autor dice: **Yo alabaré a Jehová en gran manera con mi boca, y en medio de muchos le alabaré.** Se anticipa el rescate de Dios, y se hacen votos de alabarlo por las bendiciones que ha recibido. Estará en presencia de otros y confesará la ayuda que ha recibido en palabras y cantos, asegurándose de que su corazón y su boca estén involucrados en ello. A la vista de «muchos», se darán gracias. La acción de gracias pública y privada, la acción de gracias abundante y continua, serán parte de su vida.

Versículo 31. El siervo de Dios tiene una convicción suprema cerca de su corazón: cree que Dios **se pondrá a la diestra del pobre, para librar su alma de los que le juzgan.** Dios está con el pobre, a su «diestra». ¿Por qué está allí? Espera listo para defenderlo y salvarlo o «librarlo» de los que lo «juzgarían» (שָׁפַט, *shapat*) perversamente. La presencia de Dios le asegura al pobre que no será condenado a la destrucción, sino que será resucitado a la vida. La expresión «a la diestra» quiere decir que Dios está cerca y listo para la acción; es muy accesible para el que es vulnerable y necesita ayuda. El verdadero Dios, en «mano» y en corazón, tiende la mano al «pobre». El autor se coloca a sí mismo en esa clase y cree que puede depender de que Dios venga en su defensa y liberación.

APLICACIÓN

La tragedia de Judas

Salmo 109.8, «Sean sus días pocos; tome otro su oficio», nos lleva inmediatamente a un texto del Nuevo Testamento: «Jesús [...] se conmovió en espíritu, [...] y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar» (Jn 13.21).

La traición de Judas contra Jesús es, ciertamente, una de las narraciones más tristes de toda la historia escrita. ¿Qué la provocó? ¿Fue Judas un traidor desde el principio? ¿Trajo Jesús de manera deliberada a un ladrón y un engañador al círculo de Sus compañeros más cercanos?

La tragedia de Judas es tanto un misterio como un suceso común, ya que surgió de la concepción, el nacimiento y el crecimiento del mal en el corazón de un hombre.

El Hijo de Dios, que conoce los corazones de todas las personas, eligió a Judas y a otros once hombres para que se convirtieran en Sus apóstoles (Lc 6.14–17). Después de una noche de oración, seleccionó a estos hombres de entre Sus discípulos porque a Sus ojos poseían las cualidades que los apóstoles necesitarían. Jesús no pasó por alto un defecto de carácter o un corazón enfermo en Judas. Vio en él potencial y posibilidades y sabía lo que estaba haciendo cuando lo eligió. La mala acción de Judas, como todo mal humano, no estaba predestinada sino que vino como resultado de malas decisiones. Judas aceptó su puesto como embajador de Cristo con gozo, entusiasmo y un compromiso sincero. Nadie en el grupo apostólico dudó de su sinceridad ni cuestionó su capacidad. Realmente confiaron en él para que fuera el tesorero de su pequeño grupo (Jn 13.29).

¿Cómo descendió Judas de un talentoso y aspirante apóstol a un traidor astuto y engañoso, de un sincero devoto de Cristo a un hombre conspirador impulsado por el diablo? El texto de las Escrituras dice que lo hizo siguiendo un camino que al principio únicamente se apartó un poco de Cristo y luego se alejó cada vez más de Él. La partida se produjo gradualmente, con numerosas y pequeñas decisiones que lo llevaron al punto final de la traición. Hay señales de advertencia esparcidas a lo largo del camino que tomó Judas.

Un fracaso en controlar un deseo desmesurado. Permitió que el amor a las riquezas entrara en él; y, lenta pero persuasivamente, hizo su obra mortal. Abrió la puerta de su corazón a una pasión oscura, permitiendo que la aspiración maligna visitara con frecuencia los recintos de su alma. Finalmente, esta forma perversa de pensar encontró una morada permanente en su espíritu. Aparentemente, no se dio cuenta de que el amor al dinero lo estaba acercando al precipicio de la muerte, pese a que era uno de los apóstoles de Cristo.

Parece que al principio del ministerio de Jesús, Judas fue puesto a cargo de los fondos para el

grupo apostólico. Más adelante en el ministerio de Jesús, cuando María derramó un ungüento de mucho precio sobre los pies de Jesús, Judas efectivamente clamó: «¡Qué desperdicio! ¡Debería venderse y dar el dinero a los pobres!». Juan dijo de él: «Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella» (Jn 12.6). Su deseo de posesiones materiales creció; y finalmente, con manos de acero, tomó control de él. Cuando Judas tenía las monedas, todo estaba bien; pero cuando las monedas se apoderaron de Judas, siguió la devastación. La avaricia creció desde un pequeño rincón de su pensamiento hasta llenar el escenario de su mente.

Un fracaso en escuchar la verdad. Judas tuvo el privilegio de escuchar a Cristo enseñar, pero no dejó que Sus palabras entraran en él y lo moldearan. Las oyó, pero no las escuchó. «Entraron por un oído y salieron por el otro». Oyó a Jesús decir: «De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos» (Mt 19.23); «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lc 12.15); «Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?» (Mt 16.26a). Es muy probable que dijera «Amén» mientras Jesús predicaba, pero no permitió que Sus palabras erradicaran la infección materialista que se estaba abriendo camino a través de su espiritualidad. Pablo habló de aquellos que «siempre [estaban] aprendiendo, y nunca podían llegar al conocimiento de la verdad» (2ª Ti 3.7).

Al parecer, Judas fue advertido periódicamente durante todo el ministerio de Jesús, como lo ilustra Juan 6.64, 70, 71. Sin embargo, al final, cuando su pecado había progresado y estaba a punto de dominarlo, Jesús lo confrontó claramente con él. Judas había ido al Sanedrín y había llegado a un acuerdo con ellos para identificar a Jesús, tal vez el martes por la noche de la última semana de la vida de Jesús en la tierra (Mt 26.1–5, 14–16). Había tomado una decisión y estaba resuelto.

En la última cena, Jesús anunció que uno de ellos lo traicionaría (Mt 26.21; Jn 13.21). Cada uno de ellos preguntó: «¿Soy yo, Maestro?». Cuando Judas miró a Jesús y preguntó: «¿Soy yo?», Jesús dijo: «Tú lo has dicho» (Mt 26.25b). Debido a su corazón endurecido, Judas ignoró la advertencia. Apreciaba su siniestra ambición más que su relación con Cristo. Después de este intercambio, Satanás entró en el corazón de Judas. Es decir, el

diablo intensificó la tentación de Judas para que llevara a cabo lo que había planeado hacer. Lo obligó a seguir adelante con su deseo. Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto» (Jn 13.27). En ese momento, Jesús supo que la decisión ya había sido tomada en la mente de Judas y que la traición se llevaría a cabo en breve.

Cuando Judas, a la cabeza del grupo que lo arrestaba, se acercó a Jesús en la puerta del huerto, Jesús se acercó a ellos, se identificó y literalmente se entregó a ellos (Jn 18.7, 8). Hizo innecesario que Judas lo traicionara con un beso. Independientemente de lo que Jesús hizo, Judas eligió hacer lo que había acordado hacer. Bien puede ser que Jesús lo reprendió antes y después del beso de traición. Lucas dijo: «... y se acercó hasta Jesús para besarle. Entonces Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lc 22.47c, 48). Mateo registró que después del beso, Jesús le dijo: «Amigo, haz lo que viniste a hacer» (Mt 26.50a). De hecho, Judas hizo a un lado los reproches, las reprimendas y los gestos de gracia de nuestro Señor y siguió adelante con su intención de traicionarlo. Se abrió paso y rechazó todo lo que Jesús podía hacer para evitar que cometiera el terrible acto.

Un fracaso en aprovechar oportunidades maravillosas. ¿Cómo habría sido tener asociaciones diarias con Jesús, el Hijo de Dios? ¿Cómo se podía vivir en este tipo de comunión y no crecer a la semejanza de Cristo? Es difícil creer que se podía estar en esta relación y no estar a salvo de las artimañas del diablo por la poderosa influencia de la vida de Jesús. Sin embargo, Judas pasó a la historia como uno de los que logró desperdiciar este privilegio inusual que tenía. Más allá de estos doce, ninguna persona ha tenido jamás una vida así con Jesús. La situación de Judas simplemente no tiene paralelo. Sea como fuere, se apoderó de esta vida inestimable de apóstol que le fue dada y la desperdició. Pedro dijo de él: «... y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio [...] de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar» (Hch 1.17, 25b).

Un fracaso en comprender lo significativo. El acontecimiento más grande que jamás ocurriría en el mundo estaba teniendo lugar, pero Judas no podía verlo. Jesús les había dicho a Sus apóstoles que «[padecería] mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día» (Mt 16.21). Aunque este era el caso, Judas no comprendía lo que estaba sucediendo.

Judas pensaba en cómo sacar provecho de lo que estaba sucediendo. Estaba pensando en el arresto de Jesús como una forma de conseguir dinero. Tal vez creía que no podrían arrestar a Jesús ni condenarlo, y decidió utilizar este intento de arrestarlo para añadir recursos a sus bolsillos. Fue al Sanedrín y negoció con ellos (Mt 26.14–16). Judas solo vio monedas en lo que estaba sucediendo, no la sangre carmesí que fluía para la salvación del mundo. En lugar de la vida eterna, vio ganancias terrenales.

Un fracaso en la búsqueda del arrepentimiento. Cuando Judas se dio cuenta de que Jesús sería crucificado, devolvió el dinero a los principales sacerdotes (Mt 27.1–10). Ellos lo rechazaron, pero él lo arrojó al suelo y clamó: «Yo he pecado entregando sangre inocente». El corazón de Judas se rompió de remordimiento, pero no buscó el verdadero arrepentimiento. Si tan solo hubiera pensado en ello, habría recordado las enseñanzas de nuestro Señor acerca del arrepentimiento. Si hubiera recordado las palabras de nuestro Señor acerca del hijo pródigo (Lc 15.11–32), Sus palabras acerca de perdonar a un hermano setenta veces siete (Mt 18.21, 22), y Sus palabras acerca de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8.1–11), habría sabido que Jesús lo perdonaría. Sabía que Jesús ejemplificaba perfectamente las enseñanzas que estaba anunciando. Independientemente de esto, por alguna razón, Judas no aspiró a arrepentirse delante de Dios. Quizás pensó que no podría ser perdonado o que los demás apóstoles no lo recibirían de regreso.

Un fracaso en el control del dolor. Sin lugar a dudas, el dolor agonizante es una de las cargas más pe-

sadas de soportar, pero el corazón quebrantado no debe permitirle tener el control. Pedro se arrepintió (Mt 26.75), pero Judas se llenó de remordimientos (Mt 27.5). Pedro tenía tristeza según Dios, pero Judas tenía la tristeza de este mundo (2ª Co 7.10). La tristeza de Pedro volvió sus pies hacia Jesús, pero la tristeza de Judas puso una soga alrededor de su cuello. La tristeza de Pedro trajo arrepentimiento, pero la tristeza de Judas trajo muerte.

Si Judas hubiera elegido arrepentirse yendo a Jesús y presentando su culpa delante de Él, habría sido perdonado. Su historia habría sido la mayor historia de arrepentimiento registrada en la Biblia.

Al ceder a su dolor, Judas probablemente se dijo a sí mismo: «Sé dónde hay un árbol que tiene una rama que se extiende sobre un acantilado. Iré allí y arrojaré una soga sobre él y me ahorcaré. Debo terminar con mi miserable vida. ¿Quién ha tenido una vida más miserable que la mía?». Desde el pico más alto, descendió al cañón más bajo de la desesperación.

A medida que las pruebas de Jesús avanzaban hacia su conclusión, Judas se dirigió al árbol. Ató la soga alrededor del tronco. Con manos temblorosas, arrojó la cuerda sobre la rama y ató el extremo de la cuerda alrededor de su cuello. Tal vez, después de mirar hacia atrás una última vez en la dirección donde habían tenido lugar las pruebas, se volvió hacia el acantilado y miró hacia el suelo. Cerrando los ojos y respirando profundamente, saltó desde el borde al abismo oscuro. La cuerda se tensó alrededor de su cuello y Judas fue «a su propio lugar», al destino al que lo habían llevado sus decisiones.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).